

Sangre en el Sur

(el fascismo es uno solo)

Saúl Ibargoyen

TheWriteDeal

Sangre en el Sur
(el fascismo es uno solo)

Saúl Ibargoyen

Publicado por TheWriteDeal

Propiedad literaria © 2013 Saúl Ibargoyen

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada © TheWriteDeal

TheWriteDeal, New York, NY

DOI: 10.5889.530.016

www.thewritedeal.org

A Herminia Pucci, amiga interminable

A Albérico César Segovia, *in memoriam*

A Elba Esmoris y Edgar Paz, por supuesto

2006

¿Así que usted quiere que yo revuelva la caca con un palito? Es una mierda vieja, a quién le importa... capaz que ni olor le queda.

Antes sí que hedía... pero siempre están los que se hacen pendejos, se tapan la sucia nariz o se echan unos perfumazos para el disimulo.

¿Y la caquita que llevan adentro? Ésa sí que es especial pero no huele, es la mierdera de los buenos modales. Decía un filosofante gringo de Inglaterra, buena onda, hasta lord o algo así, alto creó, flaquerón y cantidad de pelo blanco, que la gente bien, la gente naice, es la más peor. Hipocritones, van a la misa o al psicólogo, y luego luego a los antros de lujo o al burdel de última moda. Y a toda hora pidiéndole al gobierno que reprima a los nacos, que los echen de la ciudad o hasta ahí nomás, no demasiado lejos, no sea que haya que usarlos para algo, hacerlos chambear a salario mínimo o para acarrearlos a votar, por ejemplo. Pero que no se vean, que no se acerquen, dicen, esos imbañables, porque son flojos genéticamente, porque son así y eso les gusta...

¿Que me estoy yendo de tema? ¡Y qué! Todo el palabrerío termina como papel quemado, o masticado por las polillas, y las palabras, que están llenas de aire y hasta de electricidad, se vuelan ¡y chau!

Está bien, si usted quiere, seguimos. Porque me dice que irá metido en un libro todo lo que yo le diga, junto con declaraciones de otros. Y no le cobro derechos de autor, porque será una obra de testimonio, de andar cazando verdades que todavía mucha gente niega... más bien creo en otros derechos... En verdad, le digo también que en veces uno necesita soltar mucho asunto que se fue amontonando en las entretelas de la memoria.

Recordar... es difícil, es peligroso... Porque es como respirar todo eso de nuevo, y uno con los ambos pulmones gastados, flemosos, chorreando cosas para los adentros...

Si a usted le parece lo mejorcito, podemos empezar por algo que se me vino ahorita hasta la superficie del cerebro: fue cuando yo viví aquellos años en la frontera. ¿Cuál? Pos, la uruguayana nortea, la pegada al Brasil, ¿cuál va a ser? Si con Argentina, por suerte, no tenemos frontera seca, los agujeros del estuario del Plata y del río de las Perdices nos protegen... Ah, sí, que no haga geografía... pero es que uno salió de ahí, de esos países alejados del centro, apartados de las sedes transnacionales donde se cocinan los grandes amasijos, los negociados de los energéticos, de las inversiones para el presunto desarrollo, de los arrozos transgénicos, del reparto del desempleo... Y esos países, le decía, están siempre marcados por la desigualdad social y tratando a veces bajo torpeza o error de conocerse más, de acercarse más entre ellos, que somos nosotros, sobre todo ahora, y sin la guía de Europa o la presión de los gringos del Norte.

Sigo mi relato, sí señor. Una noche de oscuridad canija, hasta un poco de lluvia caía sin ser vista, iba este esqueleto mío marchando suave por el costado de la Plaza de las Dos Naciones, o Plaza Internacional; iba del lado de acá, o sea, el acá de la memoria... aunque el acá físico ahora sea México y no Uruguay, el lado de allá es el Brasil. Mescolanza de fronteras es como lío de faldas: a saber lo que hay abajo...

Aclaro eso, simplemente, porque no es fácil de entender para la gente que no es fronteriza... De pronto, oí un par de chasquidos que salía de uno de los árboles que medio me ocultaban, pues yo iba cuidando de que alguno de los soplones del cuartel o de la delegación no me siguiera. Es que eran como perros de la calle, olfateaban todo, meaban todo, mordían todo. Y esa vez los que quisieron morder fueron los de enfrente, los milicos del lado brasileño, porque los dos balazos venían de allá, y no era la primera vez. Cáscaras del árbol sentí saltar y caer. En verdad, señor escuchante, cuando

llegan los momentos bravos, se me seca la adrenalina. Otros se orinan en los puros calzones, o peor. O salen escapados que ni estuvieran en una olimpiada. Yo, no. Ahí me quedé, quietito, sombra en la sombra mojada de la noche, diría un poeta. En la cara, el frescor también mojado del cuerpo del árbol.

Sí, por supuesto, eran tiempos de mucha represión, la dictadura en Uruguay vendría después. Aquello era la botana, los cacahuates y los primeros tragos. Digamos para que se ubique, a mitad de los sesenta. ¿Cómo dice? Ah, claro, los balazos los escupieron del lado brasileño, le repito; eran como los mensajeros que anunciaban el futuro. Porque en esa temporada de tantos males para muchos fronterizos, los uniformados de allá tenían bien agarrado el mango de la sartén, y toda la sartén. Su jodido golpetazo de Estado ya indicaba que a nosotros también nos darían de lo mismo... un plan de los gringos para el Cono Sur.

¿Que por qué dispararon, por qué a mí? Seguro que los que me seguían les pasaron los datos de la persecuta por sus guoqui-toqui, que los gringos le regalaban a la comandancia de los milicos nuestros. También armas largas, cortas, semi largas y semi cortas. Si hasta hubo un acto oficial de entrega, con discursos, banderas y canciones de guerra. “Ritual de cultura castrense”, “Solidaridad hemisférica”, “Defensa de la democracia contra el comunismo internacional”, “Freno a los apátridas”, “Defensa de nuestras instituciones, etcétera, dijo la prensa y cacarearon la radio y la televisión. Fíjese usted que en dicho acto se olvidaron de pasar el Himno Nacional... Le añado que la letra del himno la había escrito en la década de 1830 un funcionario que supo flotar en todas las aguas revueltas de la época, medio epigramático y medio zafado y hasta porno en sus intenciones metafóricas...

Volviendo a su pregunta, pos que si me cocinaban a tiros desde el otro lado, ¿a quién iban a culpar del lado de acá...? ¿Que de qué calibre eran las balas? ¿Cómo iba yo a enterarme? Apenas me desabracé del árbol, que sus cicatrices conserva todavía, seguro, me rajé bien de volada. Siempre fui buen

conocedor de cuantos recovecos, entradas o salidas imprevistas, huecos en las bardas, esquinas secretas o buenos cuates que ayudaban había en toda la ciudad... ¿El nombre de la ciudad? ¿Quién o qué lector abusado puede decir que no lo sabe? Rivamento, señor, Rivamento.

(Este tío ya me tiene con las pelotas béin cargadas. ¿Cómo no va a conocer el nombre de aquella pinche población de frontera? ¿Es que no se preparó previamente, es que no leyó mis relatos fronterizos, únicos en los que se apela al portuñol como lengua literaria? Bueno, únicos no, porque del lado brasileño están los de Walter Bueno con su Mar paraguayo, pero en mi país natal ningún otro hizo eso, solamente algunos utilizaron frases o modismos aislados, como ejemplos del habla de ciertos personajes u opiniones de autor... Y ahora, pregunto para lo mío solito: ¿Qué es este cuate? Me contesto en la oreja útil: Un periodista o un escritor -¿no son lo mismo?-, o un investigador politólogo, o un espía de la poli disfrazado de intelectualoso, o un psicólogo social o un agente de la ci-ai-ei o ¿¡quién o qué coños!?! ¿Pero quién? A ver si me lo chingo metiéndole variantes idiomáticas a mi contestadero...Hay que reconstruir la torre de Babel...)

Sí, como ve usted, pude escaparme con la cola adentro del rabo, como dijo un ignorante. El asunto era volarme de la frontera, y eso no podía ser algo demorado. Y se me ocurrió al tiro que, en vez de meterme hacia el sur a través de los campos llenos de vacas o plantaciones de melón y sandía, resultaría más novedoso -porque a uno le gusta, como una obsesión, ser original, ¿sabe?-, cruzar para el otro lado, allí mero donde habían nacido los balazos. Y es lo que hice. Pasé por arboledas apretadas, rodeé el edificio de aduanas, traspasé la avenida Internacional, encharcada y barrosa, porque la lluvia crecía y eso me ayudó cantidad... Los soldados de guardia estaban en sus cubiles, como enterrados hasta las cejas, tomando mate o jugando al truco o bebiendo su aguardiente, supuse. Cuando la noche se tocaba con la amanecida, llegué a la puerta de mi amiga Flora, la mulata más nalgona en muchos burdeles a la redonda. Allá les llaman quecos, y en la capital, quilombos. Se lo apunto también porque usted es bastante detallista... No sé cómo funcionan ahora, ya pasaron de esto algunos buenos añajes... ¿Por qué se extraña? Sí, una putona de burdel echándole la mano a un comunista de frontera. Mire, uno peleaba para que hubiera más libertad, más justicia, para que los medios de producción fueran de todo el pueblo. Flora, mi Ángela de la guarda, en cambio ella sí que era propietaria de sus medios de reproducción, según comentara aquel teatrero germano de lentes chiquitos y pelos cortados casi hasta la raíz...

¿Qué es lo que usted no entiende? Sí, la diferencia entre nosotros dos era ésa. Pero ella sabía que sus medios se gastaban con el tiempo: los tales medios de reproducción directamente humanos... no se reproducen: se chingan con el uso y el abuso.

¿Entendió o qué? ¿Ahora sí, ya anotó o guardó en la grabadora?

Bueno, sigo con mi bella crónica.

(Puto cabrón, machista... ¿Cómo una mina, por más reputa que fuera, no iba a arriesgarse por un camarada firme que, además, era fiel a sus colectivizadas nalgas? Hay que ser vanguardia en todo, la Flora tenía algo de eso, aunque a veces usara la retaguardia por razones profesionales. Bien que me ayudó, sí, quizá porque su papá había sido luchador sindical en Brasil, en los años de la represión que se expresaron en el antecedente prefascista del Estado Novo... Hoy, o sea, en aquel rememorado hoy de 1964, casi tres décadas después, el golpe de Estado militar-oligárquico que también produjo, claro, su temblor en la frontera. Pero este tipo preguntón, de eso, acredito que no sabe ni un corno. El Estado Novo fue una dictadura tremenda, la implantó Getúlio Vargas por 1937; era un abogado chaparrito, medio pelón, creo, y de lentes, oriundo del Estado de Rio Grande do Sul; “gaúcho” era, pues. Y simpatizante explícito del fascismo. ¿Sus medidas? Extinción de partidos políticos, gobierno a favor de las oligarquías rurales y la burguesía industrial, sometimiento de los sindicatos, censura total de los medios, fortalecimiento del aparato de represión policiaco/castrense, crecimiento del Estado autoritario como socio protector del gran capital, etc. Pero no hago historia, sino un poco de memoria. Getúlio, luego de ser presidente por segunda vez, bajo duras presiones, debió suicidarse en el 54, pero para qué ampliar estas recordaciones si me las pienso sólo para mí. Aunque algo de estas cosas de nuestro continente deben ser tomadas en cuenta a güevo, porque para mucha gente de la comunicación o de la mera opinión, que cree estar en onda, la historia empieza cuando se enciende la tele o se abre el periódico en las páginas de finanzas o de chismerío político o de espectáculos... Acá dejo el tema.)

Sí, me echó las dos manos la Flora. El burdel y los templos han sido refugio de los perseguidos, ¿sabe usted? Es una costumbre que viene de no sé cuándo, al menos de la Edad Media. Aunque ahorita uno ve en la tele que le encajan bombazos a las mezquitas, que roban las imágenes de las iglesias. Estamos en pleno cambalache guerrerrista, y los pinches gringos siempre a la cabeza del desmadre... ¿Que continúe con el relato de la Flora? ¿Para qué? Eso todavía me da tristeza, una tristeza del carajo. Porque luego de unos días escondido en su cuarto, fíjese que yo estaba debajo de su cama, y arriba ella cogiendo y cogiendo, tuve que largarme. Hasta me donó unos cuantos billetes, creo que trabajó extra, sí. Y me despidió como a un cliente favorito, con una cogida bien padre: “Pa que el señor no se olvide de la casa...”. Y no me olvidé, le aseguro. ¿Que por qué la tristeza...? Es jodido de contar, jodido de recordar... A la Flora la vendió la dueña del burdel, la denunció a los milicos, hija de su rechingada abuelita... ¿Cómo supe? Eso se lo relato luego, si me da voluntad... es bien triste... menos dolor que tristeza... O al revés, ya ni sé... En el cuartel a la mulata le hicieron de todo, que imaginación para el mal les sobraba y les sobra a los cabrones uniformados. Al final, como estaba impresentable hasta para mostrarla a la prensa como una subversiva, o una guerrillera, o una terrorista, la desaparecieron. Por eso, para mí, en cualquier sitio del mundo por donde yo camine, estará siempre la tumba de la mulata Flora, y siempre le echaré alguna florcita, o un pedazo de papel que lleve su nombre.

¿Sabe?, no debe haber olvido, no debemos olvidar. Aunque la tristeza y el dolor de a de veras nos mastiquen los forros del corazón...

(Se quedó bien silenciado el preguntador. Será porque me salió muy limpiita la respuesta, si hasta yo mismo no reconocí mi manera propia de hablar... ¿Es que el preguntar te cambia las mañas del responder? ¿O el responder hace distinto el modo de preguntar? Pero ya había decidido mezclarle las maneras del habla, así que se aguanta y chau. Aunque también hay maneras de mezclar los distintos silencios que caminan entre las palabras y los pensares. Y hay lo que se llama “el silencio mexicano”, que ese sí no tiene traducción posible...y menos todavía en labios de mujer.

Al fin y al cabo, yo ni sé por qué estoy aquí, lejos en tiempo y distancia de esto que voy contando, pero nadie puede acordarse de todo y nadie puede preguntar todo, ¡qué chingaos! A ver qué se le ocurre ahorita a este curioseador...)

Bueno, al final me rajé para el sur, cuando hubo una aflojada del lado uruguayo. El primer transporte fue un camión materialista cargado de pieles de puerco, fresquitas estaban, recién salidas del rastro. Entre ellas me metí. Por eso desde esa incidencia me parezco a los musulmanes o a los judíos: ni toco ni como carne de cerdo. Una jedentina del caray, no me la quité en muchas semanas, pero llegué al centro del país, traspasando el río Negro, el que fuera el río Hum de los indios. Y luego, de a poco, durmiendo en casas de camaradas o simplemente amigos, o gente recomendada, que las buenas personas no tienen marca fija de política o religión, logré acercarme a la capital. Y con las ventajas del verano, pues aumenta el movimiento en las calles, en las plazas, en los bares, en las playas, y las hormonas se ponen de punta con los calores, pocas ropas y mejores ánimos. Hay como una flojura en general, hasta los milicos se hacen los simpáticos. Claro, que con la dictadura las cosas se volverían como en la edad de fierro... fierro frío o fierro caliente, ¿no es lo mismo?

¿Que qué años serían, dice? ¿No se da cuenta? Los ocho o nueve antes del golpe de Estado del 73, el segundo golpe del siglo veinte: ¡qué civilizados éramos! Solamente dos golpes. En otros países, como éste, no hacía falta ese recurso, porque el autoritarismo corporativo funcionaba muy bien. Y con los gringos bien pegaditos... Ah, claro, si no, mire lo que fue pasando en Bolivia, Paraguay, Argentina, Centroamérica... Un chingo de asonadas, de madruguetes palaciegos, de golpecitos y golpazos... Todo para afirmar la democracia, para disolver los movimientos populares y las reivindicaciones de los trabajadores, para combatir a la subversión, a las guerrillas que se pusieron de moda a causa de la Revolución cubana. Si hasta se organizaron

guerrillas urbanas en países adonde no había más que una ciudad importante... Era como venderle hielo a los esquimales... El endiosamiento del método de acción directa... ¿Que por qué lo digo? ¿Que si es una crítica? Es más bien un comentario, en el sentido de que no se deben copiar las experiencias, así nomás, de oquis, a puro güevo. ¿Que si soy un teórico? No, no me chingue. Fui un militante comunista algo sectario, reconozco, primeramente demócrata idealista por contagio familiar, luego socialdemócrata por influencias amicales y laborales, pero sin ninguna pretensión personal de nada, ni siquiera de cuadro intermedio. Estaba más a gusto trabajando abajo, con la base, sólo por la justicia social, por la felicidad colectiva, por el respeto al trabajo y al salario... Le repito, nada de intereses puramente subjetivos o grupales. Como había algunos en aquellas épocas. Ahora, hoy mismo, allá, los hay pero creo que menos; son otras ondas, la coalición-movimiento de izquierda-centro está en el gobierno, la militancia debe ajustarse a esa situación: una militancia con y desde el gobierno, ¡quién lo diría! Pero para eso se lucha, para cambiar un país desde el gobierno y desde abajo... al mismo tiempo. De acuerdo con la coyuntura, que puede estirarse, quizá dentro de cinco o diez o quince años las cosas mejoren de modo sensible para el pueblo uruguayo. Hagamos changuitos... No es cuestión de mero voluntarismo... Y de consuno con los países del Continente que estén en eso también, buscando su expresión propia de democracia, con propuestas novedosas que debemos interpretar sin prejuicios, con formas no conocidas de participación popular urbana, campesina e indígena, bien incluyente en todas las áreas del quehacer nacional... Esto allá se plantea desde los años 50, por lo menos. Y su expresión más lograda es el Frente Amplio, insisto, no un partido sino una coalición y un movimiento, todo a la vez. Sin esa unidad nacional y popular, clasista, antioligárquica, antiimperialista, seguro que te chingan.

(Esto ya no me gusta. No sé cuánto voy a aguantar este interrogatorio.

Parece policía el preguntón. Cuando me pregunta así, en cortito, aparecen muchas imágenes, muchas angustias también. Recordar es casi como soñar, alguien lo habrá dicho ya. Nadie inventa nada, todo es nuevo y viejo a la vez. Se trata de ponerle a la sopa un poco de sal... pero a tu modo, y de la sal que te guste. Y entonces tendrás un sabor distinto. Diría un poeta que besar a la amada por la mañana es una cosa, y por la noche es otra. Sólo uno sabrá de esa diferencia... ¿Qué me pasa, coño, si hasta pienso como si fuera otro? Pero hay que seguir con el interrogatorio... no sé por qué. No se puede nada contra la necesidad, ni los putos dioses griegos, digo yo... Aunque lo que más me inquieta, reitérome, es la cauda incontenible de imágenes, angustias, estallidos de luz y de sombra, explosivas pulsiones, etc., que buscan con fuerza quedar representadas en este palabrerío.)

¿Qué hice allá en la capital, pregunta usted? Como en ciertas etapas la represión predictatorial no se extendía al parejo en todo el país, el partido funcionaba todavía públicamente; así pude incorporarme sin problema. Hasta me permití el lujo facial de dejar que el bigote fuera creciendo, y también una discreta piocha, y me cambié los lentes por otros de armazón más grande y cristales oscuros, color café. Uno, con cierta inocencia o pendejez hizo eso, porque el servicio de inteligencia ya nos tenía medio marcados a casi todos los que llevábamos una vida pública... y doble. Doble digo, señor, porque nos estábamos preparando para la clandestinidad. Me dieron orden de que hiciera vida a la vista de todo el mundo, en el periodismo y los asuntos culturales. ¿Por qué, pregunta? Porque la represión, ya le dije, si bien se iba haciendo cada día más pesada, más atenta, más vigilante, no era igual en todos lados. ¿Vio lo de la frontera? Allá, después se puso tremendo aquello. A dos o tres camaradas y a alguno que andaba de guerrillero, los cruzaron para el otro lado, los sumieron en el cuartel como a la Flora... y nunca más se supo nada... No, no exagero en lo que le digo. Si no me cree, dejemos este asunto... ¿Seguimos, pues, sí o no?

¿La guerrilla? En la frontera fue un fracaso, había un grupo de unos veinte o treinta, gente clasemediera hacia abajo y varios hacia arriba, que pensaron que como eran más instruidos y habían leído a Marcuse, a Althusser, a Garaudy, a Mao Ze Dung, a Aron, a Ho Chi Minh, al Che, se las sabían todas, y mucho más sabían que los ignorantes milicos fronterizos -además de que allá todo mundo se conocía, al menos de ojo-, por lo que las cosas irían bien rápido, el proceso revolucionario se aceleraría como escupida en plancha caliente... Hubo un poco de soberbia en ellos... Eran

profesionistas, maestros, funcionarios de la banca, hasta pequeños comerciantes... En fin, señor. Fíjese que ni un tiro dispararon, hubo delación y los agarraron creo que a todos. A mí quisieron meterme en ese lío... ¿Que por qué? Para involucrar al Partido Comunista con la guerrilla, por una parte, y por otra... pues... yo me había medio enredado de otro modo con una de las aspirantes a guerrilleras. Se creía que era Tania o algo así. Los milicos pensaron que, como en el lecho de plumas no hay secretos, yo tendría que saber mucho de la organización armada... que ni armas tenían, salvo alguna pistola o algún rifle calibre 22, esos que llaman matagatos y que apenas sirven para matar palomas de monte. Le digo más, si cuando estábamos en la acción amorosa, ella quería contarme algo de sus compañeros de armas, o me preguntaba de los míos, yo le cubría la boca, diciéndole: “Amor no es revolución, no te confundas... Los besos no matan, las balas sí...”

Oiga, prefiero parar aquí, déme un descansito. Es por aquello de las llagas en las telas del corazón...

(No se me ocurre cómo pararle a este preguntadero sobre la guerrilla... Capaz que si le echo una inventada el tipejo entra más en calma, o puede ser más peor: la lluvia trae lluvia, alguien dijo. ¿Para qué inundar terreno seco? Finalmente, si en alguna de aquellas coyunturas anduve metido fue por razones de puritita voluntad mía. ¿Acaso no di refugio en mi casa de la frontera a más de un perseguido que llegaba de Brasil, o hasta algún tupamaro que escapaba de los tiros de la capital? Era asunto de confiar, nada más. Ni los nombres me interesaban: en tales coyunturas de riesgo, siempre es mejor saber lo menos posible. También, cuando llegaba de la capital algún legislador o dirigente del Partido, ¿no me ocupaba yo de ser su edecán y su guía hacia los contactos políticos que solicitaba, hasta con sacerdotes católicos progresistas, pese a la vigilancia de la seguridad fronteriza? Eso fue, claro, antes de los balazos contra el árbol de la línea. En fin, pueden las musas mandar en mi bragueta todavía, como pudieron darle órdenes de adentro a

mis ganas de trago, eso sí, lo admito y chau. Pero en conciencia y compromiso de ciudadano, no. Uno es imperfecto hasta donde se puede... A seguir con el respondedero, pues. Ojalá esto aparezca en el libro prometido, según me asegura el tipo preguntón, junto con otras declarativas de ficción o testimonio...)

Bueno... sí, tal vez en ciertas oportunidades. Ese laburo de andar llevando y trayendo armas... era mucho muy arriesgado. Sí, le cuento sólo éstas:

Una, cuando hice un viaje, un regreso forzado a la frontera, yo no quería volver por mis problemáticas que había tenido. Resultó bien rapidón: llegar en el autobús de más noche y volver en la madrugada. Me colocaron un bigotazo encima del que iba creciendo y unas barbitas por arriba de la piocha, también una boina de vasco, de color azul, como las que usaban los futbolistas de antaño, porque una blanca como la del tano Porta o Severino Varela (le hablo de dos grandes, ¿sabe?, campeones de la copa América en el 42) hubiera sido todavía más ridículo... Al menos, así yo me sentía, como que todos me miraban. A más de que si uno se disfrazaba y no hay carnaval, según canta Gardel... pero en esa época nadie miraba a nadie, sólo hacia abajo como buscando monedas perdidas, cada ciudadano en sus asuntos, el miedo se paseaba por la calle, por el aire... Sólo los tiras miraban y remiraban y ojeaban o te hacían el trabajo del gato, cuando cuidaban durante noches y días una casa sospechosa... ¿Quiénes, me pregunta? ...los policías de particular, los tiras... Eran una plaga bíblica... Si me deja, sigo con lo del viajecito a Rivamento, ¿o no? Me habían dado una cédula de identidad con la foto de mi flaco rostro... de barba y bigotazo. Una falsificación bien lograda gracias al aporte de algún camarada o amigo metido en el aparato policiaco o en la secretaría del Interior, ¿quién lo sabrá? Porque le cuento que había una doble filtración, como la misma frontera: de un lado y del otro... Es decir, aunque no haga falta agregarlo: cada bando trataba de meterse en las filas del otro, del modo que fuera. Sí, claro, usted tiene razón: ellos eran más fuertes,

con recursos inagotables, con nuevas tecnologías gringas, y terminaron ganando esa vez... pienso que hasta ahorita ganan en muchos aspectos, porque el fascismo es uno solo: allá lo vencen, acá se recupera, allá lo debilitan, acá se fortalece, pero dejando siempre sus espinas envenenadas... Bueno, es una metáfora inventada por el teórico Arizmendi. O sea, los efectos del fascismo no son a corto plazo, son daños generalmente irreversibles en la economía y en la cultura, pero sobre todo en la cabeza y en el corazón de la gente. Porque ya la dictadura se olía como se huele el fascismo ahora en México; la dictadura, sí, se venía, y los daños producidos los pagaría el pueblo, al que ahora llaman en abstracto "gente"... ¿Las instituciones? Claro que se las chingaron para meter las suyas, pero no pudieron del todo, hablo sí, de Uruguay... Como en muchos lados, una cosa son "las" instituciones, y muy otra son "sus" instituciones, las de ellos, los dueños del poder... Si luego de cuatro gobiernos neoliberales, de esos que están muy de moda, o sea, los burgueses gordos y golosos de un lado y el jodido y flaco pueblo del otro, con una clase media muy afectada, los asuntos del país todavía no se arreglan hoy del todo con este gobierno de izquierdacentro, bastante más de izquierda que de centro... Bueno, lo expreso así porque es una coalición, no un partido en sentido estricto, y eso es lo bueno: amplitud y profundidad. Pero le repito: hay para años de más lucha y más paciencia.

Ah, sí, volviendo a mi llegada nocturna: tuve que salir de la terminal por un rato, para que no sospecharan los milicos guardianes, ¿y a dónde ir? Me solté hacia las calles del bajo mundo, como a unas tres cuadras de la línea. Pero siempre viene el señor Diablo a echarnos alguna tentación... Y sin darme cuenta de mí mismo, crucé como antes por la mera plaza principal, buscando el lugar de trabajo de mi amiga Flora... Para qué habré ido hasta ahí, ¡mierda! Allí estaba la puerta, con su farolito rojo quebrando la noche. Toqué con los golpecitos en la vieja clave, tres-dos, tres-dos. Surgió una cabeza amarilla, pilosa, la cara era joven y repleta de sueño y de bostezos. Pregunté por la Flora. Los ojos verdes se espantaron hasta donde podían

abrirse. La boca dijo, y le hago la traducción del portugués fronterizo:
“¿Quién sos vos? Es tarde, ya no se atiende...”

Yo insistí, agregué varios datos, de puro arriesgado, nomás. La boca, entre seca y mojada, entre temblando y lloriqueando, dijo: “Ta bien, la sacaron de aquí, derechito al cuartel, nunca más la vimos... Esta peluca amarilla es de la Flora. La uso como homenaje de recordación...” Pregunté: “¿Puedo pasar, puedo ir contigo?” La boca dijo: “Pasá sí, que hace frío afuera. Un rato, nada más... Pero no puedo ocuparme... No vayas a pensar que soy la Flora...” ¿Una mujer extraña, opina usted? ¡No, plis, señor mío! ¡Una soberana y alta hembra!, diría don Quijote. Fue una lección de gratis que me dio, una lección grande. El que no aprende así, no aprende más nada... Ah, ¿qué hubo luego luego? Volví a la terminal con el cuore hecho espuma, marqué el pasaje de regreso que ya tenía y, en el mero instante de ir subiendo, el chofer me entregó un paquete regular, que pesaba bastantito. Fíjese bien: fue el chofer. Yo esperaba que fuera alguien que anduviera por la terminal, o que arribara de golpe a conectarse conmigo. Ésa nos salió bien de verdad. Acomodé el paquete arriba, en el portamaletas, lejos de mi cabeza, me tomé unas pastillas para dormir y de paso contra la angustia. En el camino nos bajaron dos veces, revisión de bolsillos, pedido de documentos, preguntas con veneno, manoseos a las damas, etcétera. Pero no subieron al camión los milicos cabrones. ¿Por qué esa vuelta no? Seguro que iba también en el servicio de la madrugada una carga de fayuca, del lado brasileño... mucho portugués o portuñol se escuchó cuando esculcaron al pasaje. Uno de los que dijo -ordenó, más bien- que no se examinara el autobús, lo reconocí, era un capitán del ejército brasileño que estaba con ropas de civil. Solía parar en los bares de la línea, del lado uruguayo; allí se contactaba con mis compatriotas, tiras y oficiales enfundados en ropas de civil. Los que oímos, pues, su plática en aquel viaje nos hicimos bien boludos... Déjeme tomar un trago de café, déme un descanso lingüístico, así usted se echa unas humadas. Además, orinar es de humanos...

(¿Por qué seré tan barriga fría, tan lenguaraz? ¿A qué chingaos tanto atraer la sustancia personal entre el detallerío de los sucesos reales? A veces me sucede como que estoy inventando todito: al entrevistador y su oreja dispareja (porque no entienden puta de ciertos temas), al entrevistado para poner sus palabras en un libro, a las interacciones verbales, a los hablars silenciosos como éste. ¡Reputa que me parió! Este jijo al final logra que diga yo hasta lo que nunca había recordado, capaz que hasta lo que descubro o invento como pedazos de una tremenda verdad... Estuvo bien de bien esta orinada, el café es de grano, parece de Colombia o El Salvador... Ah, esos pueblos sufridos... Sigamos con esta fatalidad...)

¿Qué cuántas armas esa vez? Pocas, acredito que tres pistolas Beretta y un revólver Magnus 38, caño largo. ¿Cómo me enteré si yo no bajé con el paquete? Pienso que el chofer lo recogió, en acuerdo con el de la limpieza... yo qué sé... Eso me lo dijo luego un camarada que era mi enganche con las células ocultas del partido, y también con la dirección, que estaba más escondida todavía. O sea, me adelanto de nuevo, ya le hablo de los primeros tiempos de la dictadura... ¿Cómo funcionaba el Partido? Ahora puedo decírselo: bajo el principio de las pieles de cebolla: si quitas una, debe haber siempre otra debajo. Cuando se acaban, quiere decir que te jodiste. ¿Cuántas? Bueno... serían varias, porque sé bien de dos direcciones que cayeron, dijeron que tres... la primera con el mero secretario general y medio secretariado. Y todo después de años de entrenamiento, de tejer una red de casas de seguridad y de puntos de apoyo, muy sencilla pero difícil de penetrar; y todo se jodió porque a un pedazote de gran pelotudo, un pendejo con vista al océano, tuvo la inédita ocurrencia de escribirle, desde plena clande... ¿Que qué es eso? Clandestinidad, señor mío. Le decía: ... escribirle desde la mera clande a su linda noviecita un recado amoroso que le pescó la policía en un allanamiento casual, pues la moza estaba en casa de unas amigas, tomando mate dulce con bizcochos como buenas uruguayas. En su bolso se hallaba la muy tierna y dichosa cartita, no fue nada, hasta burla le hicieron los milicos a la destinataria, pues todo lo revisable era revisado; pero al dorso apareció, en letra muy menudita, casi ínfima, una breve lista de nombres de ciertos camaradas. Para no comentar demasiado aquel descuido trágico, que tanto le costó al Partido, prefiero acordarme ahora, por rara similitud, de la famosa carta del Caballero de la Triste Figura a la Dulcísima Dulcinea del Toboso. ¿Se acuerda? Capítulo XXV, tercera parte de la

primera parte, según la edición original. Pero esta vez hubo un Sancho Panza de mala leche que sabía leer y que, al añadirse al poco rato otro par de sucesos azarosos (¿existe o no existe el puto dios azar?) condujo a la caída de casi toda la primera dirección del partido, apresamiento acompañado de las correspondientes torturas bien aplicadas y medidas. Siempre me pregunté quiénes habrían cantado... aquí lo dejo. Pero la duda me la puso como pulga en la oreja un compañero que, por razones personales, al regresar enfermo y desalentado de un exilio diez años, cuestionó la firmeza ideológica y física de nuestros dirigentes. A saber...

Ah no, ¿que quiere usted un ejemplo especial de suplicio? Mire, no me agrada narrar esas cosas: ya hasta hay demasiada literatura, y el cine y la tele y las narrativas orales... Pero, le coloco sólo uno: una conocida mía, llamémosla Gabriela, fue capturada en una ratonera, o sea, una trampa que consistía en esperar al sospechoso en su propia casa o en casa de familiares o amigos. Era una chava guapa en verdad, estatura más que mediana, cuerpo firme y trabajado por el deporte y la vida sana. Luego del tratamiento habitual, o sea, plantones, vejámenes de superficie, golpizas generales, etc., no pudieron probarle su militancia política y sindical en el sector de la Salud pública. Entonces, a un oficial, un hijo de su putísima madre adiestrado en academias gringas de Panamá, se le ocurrió traer a uno de los perros utilizados para vigilancia, búsquedas y cateos especiales. “¡Desnuden a la detenida, muchachos, procedan, que tenemos carne pal gancho!” la voz del cerdo abusivo. “¡Así mismito, en bolas y en cuatro patas, como buena perra!” siguió la voz. Luego: “¿Ya trajeron al Bicho?” agregó la voz, medio ronca ya de la excitación. El Bicho era el perrazo que, de inicio no más, empezó a olfatear a la Gabriela por cuantas partes podía, y a lamerla también. La chava temblaba de asco, de los dolores acumulados, de la vergüenza interminable. Luego, la salivosa voz del oficial: “¡Subite, Bicho! ¡Trepate a la perrita puta!” Y el Bicho se trepó, desgarrando las pieles de la espalda a punta de pata, babeándose sobre la nuca, buscando furiosamente la posición para el encuentro, mientras a la Gabriela la sujetaban entre dos milicos... ¿Qué? ¿No

me lo cree? Así sucedió. La Gabriela quiso suicidarse un par de veces, todavía detenida, y luego de que fue puesta en libertad poco antes de las primeras elecciones post dictatoriales, hizo otros intentos. Por allá sé que anda, por el Sur, llena de cicatrices en las muñecas y en la espalda, siempre bajo vigilancia psiquiátrica y haciendo algunos trabajos para su mera subsistencia anímica, pues la familia siempre le echó la mano en todo. Pero el horror de aquella bestialización la coloca cada día en un sitio adonde nadie puede acompañarla... ¿Sigo con lo que veníamos diciendo?

Sí, cuando la época de la legalidad, también en el interior de la organización partidaria hubo problemas... Lo increíble es que hasta el cuidador de la puerta de la sede del partido estaba trabajando para la inteligencia policiaca. Y uno que lo saludaba a lo pendejo de “buenas tardes, camarada”, “buenos días, compañero”... O fue un traidor o ya era de la poli desde antes. Pero qué aguante tenía el cabronzuelo... Se pasaba a veces doce o catorce horas diarias en su puesto, hablaba poco, fumaba menos, y saludaba a cada uno por su mero apelativo. Así fue por años, y el día anterior al golpe de Estado... Sí, le hablo, señor, del 26 de junio del año 73... dio parte de enfermo y se sumió en la nada de la historia. Algunos dijeron bastante después, siempre bastante después, que era un agente doble o triple o cuádruple, y que ante una situación ya de dureza represiva y prefascista, fuera de los modelos que le habían enseñado en la policía tradicional, no supo qué hacer y que, por una extraña mezcla de doble o triple o cuádruple lealtad, hizo un confusión mental y al cruzar las calles de su barrio, en plena oscuridad invernal, lo aplastó una tanqueta que había salido del cuartel asentado en la avenida Burgues. O por ahí.

¿Que a usted no le interesan estos personajes? ¿Qué son menores? Son menores, hojas arrugaditas del gran árbol, pero son. Yo conocí muchos de éstos, ¡otra que menores! Uno sin importancia cualquiera te apretaba los huevos en un interrogatorio, otro te metía la picana eléctrica en el mero culo, otro más se tiraba con violencia a alguna de las detenidas, y así cada asunto

menor se juntaba con otros asuntos menores y el resultado era una tremenda bola de sufrideces. También puedo referirle el caso del soldadito que coleccionaba calzones de la gente en cana, de hombre o mujer, era lo mismo. ¿Que me fui de tema de nuevo? Clarito que yes, y bien a propósito. Es que hay cosas que duelen cuando uno las narra... ¿Cómo quiere usted que uno pueda vivir fuera de las palabras que uno mismamente usa? ¡No me joda! ¡Ni que fuéramos best-seller, señor! ¡Y ahora, como para cambiarla, me pregunta qué contradicciones había entre los miembros del aparato de seguridad del Estado! Está bien, le cuento sólo una. Sucedió que un sargento de no sé qué arma, un torturador que había realizado aprendizaje con asesoramiento gringo o brasileño, un día solicitó la baja. ¿Por hastío de aplicar la picana, el submarino, las golpizas? ¿Por sugerencia de alguien, pensemos en su mujer? ¿Por miedo a lo que pasaría después, porque la dictadura temblaba, debilitada por fuera y por dentro? Sí, fue a comienzos de los 80. Dicen que le dijo a su esposa: “Vieja, esto se acaba. Si sigo, puede haber revancha. Vos sabés que estoy enterado de muchas cosas... Mejor, pido la baja y chau...” Pero al poco rato de andar otra vez de civil, se dio cuenta de que lo vigilaban. El asedio se hizo muy notorio, como a propósito. Dicen que le dijo a su mujer: “Mirá, vieja, hay que tomarse los vientos... Estoy seguro de que los mandos quieren liquidarme. Ya te dije que sé muchas cosas de estos hijos de puta... y no perdonan... Porque el gobierno de facto se acaba...” Y el sargento retirado Pérez (José Hortensio), sí, el que estaba con el capitán González y el buenito de Azevedo, preparó todo en tiempo record. Luego, telefoneó a su mujer diciéndole que pasaría por ella el día jueves, para salir hacia el aeropuerto, pero la recogió el martes. Los milicos, sus ex compañeros de armas, fueron a buscarlos dos días después... ¿Cómo? Por supuesto, los teléfonos estaban intervenidos, él los engañó bien bonito. Marchó con su mujer a Finlandia o a Noruega, pero al cabo de los años no puede volver, porque lo esperan sus ex colegas para echárselo y porque el nuevo gobierno soltó la justicia contra los crímenes del pasado reciente. ¿Ella? Sí, ella lo dejó o se divorciaron, el asunto es que sí regresó a Uruguay con su hijo de ambos.

¡Eso sí que es un jodido exilio! Ya ve, hay destierros para todos los gustos...
Mire, déme un chance de otro recreo, unos minutos para un cafecito, de
mientras usted ordena papeles y grabadora. ¿Ta?

(Creo que me estoy poniendo bastante deslenguado. Esto me pasa desde antes, no soporto los vistazos por arribita de lo que debe verse desde abajo. Como si no hubiera clases sociales: o somos buenos o somos malos, y los buenos son ellos, chin... Y si son siempre los buenos, para qué van a su iglesia favorita... Entonces los yuppies de pelo engelatinado discursen en la tele sobre la clase política... ¡Qué ignorancia de segunda mano! ¡Es que la clase política no existe, cabrones! ¡O van a inventar también la clase deportiva, o la clase literaria, o la clase religiosa, o la clase pendeja! ¡Las que existen son las clases sociales! Se confunde a propósito clase social con profesión u oficio... Es nada más que un truco ideológico perverso, para indicar que todos los políticos son iguales... se olvidan que hay unos cuantos mucho peores... ¿O un diputado de origen obrero o de clase media baja es lo mismo que un senador miembro de la oligarquía? ¿Y la situación de fortuna, los ingresos, las propiedades, la calidad del consumo, los negociados, el sitio que se ocupa en la producción y distribución de bienes materiales y servicios? Eso se da en todas las democracias burguesas. Hasta periodistas independientes y honestos, que todavía los hay, y hasta políticos y profesores de izquierda, repiten “clase política” una y otra vez, ¡basta, por favor! Y cuando los yuppies politólogos entreveran a las capas medias con la burguesía o la pequeña burguesía... y para eso van a estudiar a las universidades yanquis y las inglesas y las bien naice de México. ¡No me jodan! Tienen suerte, porque el alto componente de pendejez, de distracción, de frivolidad, de conservadurismo y de ignorancia que hay en muchos lugares de este país, por encima y por debajo de las clases sociales, todavía les sirve de escudo, de colchón y de máscara... Puta, ya se me acabó el recreo... sólo faltó el sonido de las áureas campanas...)

¿Que qué hubo luego, que cómo se restituían las direcciones que iban cayendo? En verdad, cayeron solamente tres, ¿le dije?, y nunca la totalidad. Pero los integrantes de las mismas, o cuadros políticos seleccionados, estaban distribuidos de tal modo que las direcciones estaban mezcladas, eran multigeneracionales, muy parejas tanto en preparación teórica como en experiencia política, sindical, cultural y militar... ¿Se asombra por lo de militar? Es que había conectes con algunos sectores de las fuerzas armadas, algo en la policía. Con frecuencia algunos camaradas viajaban al exterior, a Buenos Aires, a Praga, a París, a Moscú, a México, a Cuba, a Angola. Vaya a saber con qué nombres y con qué caras, y con qué documentos... Es seguro, aunque no lo puedo comprobar, que esos viajeros llevaran cursos de adiestramiento especial, pero más bien de carácter defensivo; nada de terrorismo, pues eso contradecía la línea del Partido, es decir, la lucha de masas apoyada en las organizaciones políticas, sociales y sindicales con sentido nacional y unitario, más allá de que hubiera apoyado a la guerrilla cubana o simpatizado con Marulanda... En fin, le reafirmo que eso era durante la dictadura, once años y pico de tenebroso dominio de milicos fachos y ricachones cómplices, a más de los diversos servicios de inteligencia de los vecinos del Cono Sur.

Mire, en ocasiones parecía que no había represión, sobre todo luego de que derrotaran a la guerrilla, que bastante les costó al principio, más que nada en los años de la toma de la ciudad de Pando y de otras acciones que provocaron admiración clasemediera (porque en la clase media cunde con facilidad el culto romántico del héroe). Hablamos de los años sesenta... Pero el aparato de seguridad, con asesoría gringa y brasileña, y tal vez israelí, se

reorganizó y empezó a apretar. Hasta la asfixia. La tortura fue factor sustancial, la consigna era: “si no cantás hoy, cantarás mañana”. Y muchos, muchos cantaron. Lo bravo era cuando estaban apurados los cabrones; entonces moría alguna gente, en verdad, cualquiera podía morir. ¿Que qué opino? No juzgo a los que cantaron, información arrancada bajo tormento... sólo voy comentando. No cualquiera puede ser Julius Fucik o Caupolicán o Giordano Bruno. Ahorita le refiero la suerte, mala, de dos amistades mías: Nybia, de las juventudes comunistas, muerta por asfixia cuando le hicieron el submarino seco con una bolsa de plástico (“¡Mirá si no parece un pescado afuera del agua!” se rió un torturador hijueputa); y Friedman o Feldman, líder estudiantil asesinado en Buenos Aires, adonde se escondió un tiempo porque lo habían delatado: una noche, al abrir la puerta de su departamento, le dispararon de tan cerca que la camisa se incendió con los balazos (“¡Dejalo que se queme, comunista de mierda...!”).

Cuando dieron el golpe de Estado, con el mocho o momio presidente Bordaburro o Bordaberry a la cabeza y el conjunto de las fuerzas represivas y de seguridad, más el obvio apoyo de varios sectores fascistas y de ultraderecha colorados y blancos, la guerrilla ya no existía. La habían derrotado en el 72. Entre otros procedimientos, contra ella, la acción directa, hubo desde antes horribles bestialidades: suplicios medievales como el caballete, extracción brutal de uñas y dientes, violaciones no imaginadas, asesinatos que sorprendían a los guerrilleros con la comida en la boca, o en la cama durmiendo o cogiendo, o rindiéndose con los brazos arriba de la cabeza...

¿Que cómo fue esa guerra interna? La guerrilla condujo mal las cosas, luego de las primeras acciones muy brillantes (secuestros de ciertos personajes corruptos y de un cónsul extranjero, asesinato de un agente de la ci-ai-ei y de un comisario torturador a más de pederasta: hasta hubo una fuga masiva del penal ubicado en el barrio de Punta Carretas: espectacular, sí, como noticia dio la voltereta la mundo), pero el enemigo al sentirse

desestimado por el movimiento guerrillero, ya dije que se reorganizó, y hasta tratando de mezclarlo todo: comunistas, socialistas, ciudadanos progresistas, cristianos de izquierda, demócratas en general. Todos en el mismo saco. En fin, en vez de ser todos uruguayos, u orientales, terminamos siendo todos subversivos... ¿Por qué orientales? Es complicado, se lo explico otro día... Sin embargo, ese montón de pueblo, más que nada en la capital, ya configuraba las raíces de una coalición y un movimiento que, al cabo de treinta y algo de años... ¡pudo tener acceso al gobierno! Pero nada asegura que la historia tendrá a fuerza un final feliz... Los gringos hoy están más enloquecidos que nunca, aunque en la Patria Grande hay realizaciones que si se procesan bien y en forma solidaria, pueden pararles el carro, como decimos en el Sur. Si hasta se piensa en estos días en la formación de un organismo que incluya a las fuerzas armadas de los países sudamericanos con gobiernos de izquierda o progresistas, algo inédito sería... Una OTAN al revés... Ah, señor, ¿y qué si ya ganaron los demócratas? ¡Demócratas y republicanos, Elefantes y Asnos son las dos caretas del imperialismo, señor mío! O los dos collares del mismo perro rabioso... Lástima que siempre hay gobiernos colonizados que se agachan... pero los pueblos, nuestros pueblos de trabajadores, de obreros, de indios, de campesinos, de gente empobrecida de las ciudades; nuestros pueblos no aflojan, ya han dicho basta... ¿Que le pare con los mensajes políticos? Dígame, señor, ¿de qué cuernos estamos hablando? ¿De la sensibilidad de las bacterias? Mejor, otro recreo, ¿sí?

(Yo no entiendo qué mañas tiene este preguntón que me hace encabronar de golpe... Si es que va a poner estas mis declarativas en un libro, está bueno. Pero me saca de éstas mis ondas que estuvieron tan bien guardadas durante años, aquí, en tierra de exilios, migraciones, inmigraciones y emigraciones. Me acostumbré a callar, en parte por decepción errónea y en parte por decepción falsa, o si no a hablar de otros modos, maneras figuradas y recogidas de los libracos de retóricas y poéticas, a más de las ocurrencias que se pescan en la calle, en los tianguis, en el metro, ¡si hasta los comentaristas de fútbol son capaces de inventar un partido mientras uno está viendo otro! A callar, me decía, y no por miedo al Artículo 33, antes, o por no comprometer opinión luego de obtener la ciudadanía de este país. Es que hay tiempos de silencio, como el título de una novela. O como el Eclesiastés. Y paralelo a ese tiempo de silencio, hubo un tiempo de libros y de multiplicadas palabras dichas y escuchadas y a veces olvidadas. Hasta que los tiempos paralelos se tocaron, justo cuando este interrogador me solicita lo que aquí, no sé de que modo, se narra. “Un encuentro azaroso es aquel que simple y oscuramente esperábamos” dijo Muahmmed Ibn al-Mahad... En fin, y los grotescos discursos presidenciales, con o sin guión, complementados por los de sus balbuceantes voceadores más que voceros, son también fuente de aprendizaje... Tendrían que incluirlos en los programas de enseñanza primaria, al menos: “Vean, chavitos, así es que NO debemos hablar...” Culmino mi reflexión hacia mí: Eso sí, yo no hablo con erratas... Volvamos, pues, al palabraje: calavera no chilla, decimos en el Sur... ¿todavía?)

Ah, dice usted del golpe de Estado... El golpe estuvo preparado al menos desde el inicio de los sesenta, pero lo frenó en buena medida un grandioso paro general promovido por la central de trabajadores, más un rechazo político amplio y la negativa de la mayoría de los mandos militares. Esa mayoría era constitucionalista, claro, no golpista. Después, todo siguió por otros rumbos. Ya en los mismos sesenta empezó a vislumbrarse cierta actividad guerrillera urbana, mientras el movimiento sindical y social se afirmaba, más la acción de la izquierda tradicional, de raíces marxistas, que pretendía apoyarse en un análisis teórico actualizado de todo el proceso del país en el marco del continente, ya con la presencia de la Revolución cubana...

¿Que parezco un teórico, un investigador, que cambio mi vocabulario? (Uno es su discurso, que se forma con otros discursos; es que uno los asimila aun sin escucharlos...) No, pues, nada de tales cosas. Sucede que uno comienza a recordar lo asimilado en esos temas, si no, ¿de qué sirve lanzarse a la pelea social sin saber cuál es el posible objetivo estratégico, a largo plazo, digamos? Romper a pedradas las vitrinas de un banco, no baja los intereses ni las comisiones... Hay que matar a la serpiente adentro del huevo... o más, evitar que ponga huevos... Sí, el golpe de Estado. Ya le adelanté algo, pero hay que asentar que lo dieron con sostén de afuera... aunque, hay que reconocerlo, adentro había condiciones. Sin esas condiciones el golpe habría fracasado. Fue el plan Cóndor para el Cono Sur. Piense usted en Brasil, como le dije, en Argentina, en Chile, en Bolivia... Piense en Chile, con un Pinochet que dijo: “La tortura es necesaria para acabar con el comunismo”, y el ojete vaya si lo cumplió: 3,179 muertos comprobados, unos 30 mil

torturados y unos 800 mil exiliados... Los gringos usaban, y usan, los aparatos de seguridad locales para el laburo sucio. Cuando el golpe de la *ci-ai-ei* contra el gobierno de Arbenz, yo iba con alguna gente por el centro de la capital, Montevideo la coqueta, manifestando y llorando. Gritábamos: “¡Guatemala sí, yanquis no!” Nunca pude olvidar el entrevero de lágrimas cuando nos abrazamos unos tres o cuatro o cinco muchachos de ese entonces y levantamos la bandera uruguaya como si fuera la bandera de toda América Latina... Así como años después, con la dictadura bien clavada encima, repudiamos con diversas acciones (nuestra prensa, trabajadores, estudiantes, la izquierda movilizándose como se pudiera) el golpe en Chile, que ocurrió tres meses después que en Uruguay. ¿Por qué lo hicimos? Simplemente, nuestra educación política se basaba en la solidaridad. Y en ese caso, todo contra el fascismo. Hubo actos pequeños pero relevantes: a la calle Santiago de Chile, en Montevideo, una noche los muchachos de las juventudes comunistas le cambiaron el nombre con letreros hechos a mano: Salvador Allende. Y se jugaron la vida, no crea usted. ¿Los milicos? Bien que se emputaron, entonces hubo algunas redadas y aumentó mucho la vigilancia nocturna. Ah, ¿le cuento otra? En el país siempre se ha dado gran relevancia al día primero de mayo, es parte de la tradición sindical. Por lo tanto, hicimos -porque participé en ellas- dos o tres manifestaciones relámpago simultáneas en sitios distintos de la capital. Una fue de día, por el barrio de la Unión, populoso y combativo. Fue algo de riesgo, la verdad, nos rodearon enseguida con tanquetas y tropas abajo y helicópteros arriba.

Con un par de compañeros nos escapamos del encierro atravesando zoñas de terrenos baldíos; a otros los agarraron y los golpearon *in situ*. A lo bestia. Otra manifestación la realizamos en pleno centro, de nohecita, fue un éxito: no se esperaban ese alarde ¡a dos cuadras de la jefatura de policía! ¡Y no pudieron capturar a nadie! ¿Las consecuencias de eso? Más represión, siempre más y más represión. Pero la libertad es eso: sentirse libre, ser libre en la plena lucha, más acá y más allá de la libertad misma, ¿Que me emociono mucho todavía? Señor, ése es mi pedo. Usted en lo suyo, pregunte

y tome nota. También estos hechos son menores, pero sin ellos, no por míos, no habría Historia. Fíjese que la infinita combinación de granos de arena es la historia verdadera de cada desierto. Cuando uno ve tirado en la calle un papel con señales de excremento humano, ¿no trata de imaginar las nalgas que lo produjeron? Ésa es la historia, señor. Pida más café, que las neuronas se están fatigando...

(Yo no quiero entrarle mucho al tema del golpe de Estado. Se ha escrito y cotorreado tanto sobre quién lo dio, y sobre el papel del presidente Bordaberry, los partidos “tradicionales” -léase burgueses- y las Fuerzas Armadas, y cómo fue la respuesta popular, que me da una insondable hueva. Pero el tipo tiene que saber algo, se disfrazaba de pendejo y sigue con esa apariencia de intelectual impoluto, preguntitas por aquí, preguntitas por allá, ¡pero cómo me está haciendo soltar lo no pensado! En fin, no sé por qué putas acepté la entrevista, tal vez para probarme los cueros de adentro, para averiguar algo más de uno mismo y de otros, para olfatear qué suelo estoy pisando... Porque el suelo del exilio no deja de moverse, y a veces tiembla fuerte el cabrón. No me gusta mezclar los asuntos subjetivos con sucesos sociales, de los que este tipo tiene obsesión por conocer. A veces no se puede, ni modo: una cosa ayuda a explicar la otra. Si uno multiplica grande por pequeño, ¿qué da? ¿Y si grande por grande, no da grande? Coño, este señorito me está chingando las nervaduras con tantas inquisiciones... A seguir, ni modo.)

Sí, el golpe del 73; el primero del siglo veinte fue en 1933, lo dio el presidente Terra, del Partido Colorado, solamente con la policía y el cuerpo de bomberos... ¿Los milicos? Esa vez se quedaron en los cuarteles. En mi familia, cuando yo era chico, se discutía de eso a cada rato, por aquello de la rivalidad bipartidista entre blancos y colorados, normal en nuestra sociedad. Mi madre era colorada, conservadora, no de la línea socialdemócrata de don Pepe Batlle, y mi padre era blanco de los llamados independientes, o sea, los que no habían apoyado el golpe de Estado del 33. Pero jamás hablaron de que hubo tortura, esa práctica era impensable, se recordaba algún asesinato aislado y hasta un espectacular suicidio de un líder colorado progresista en pleno centro de la capital. Es que había gente que se suicidaba por sus ideas, ahora simplemente los suicidan... Luego vino un golpe “bueno”, en el 42, una especie de ajuste de las instituciones...

¿Qué? Sí, sí, vuelvo a la historia reciente... es que en política, de la nada no sale nada... ¿O usted es espontaneísta? El 73. Sucede, ¿o no lo sabe?, que la izquierda se había unido como un caso bien diferenciado en el continente, Chile fue lo más parecido con la Unidad Popular, eso yo lo vi cuando allá estuve en el 71... ¿No se lo conté? Le decía, la izquierda no en un gran partido, sino como una coalición algo enmarañada y al mismo tiempo un movimiento de masas, ¿ya le comenté?, que atrajo a mucha ciudadanía independiente, progresista, democrática. Cada uno puso lo suyo. Los de la guita... ¿Qué es? Bueno, los del dinero o la lana, se asustaron cantidad, y los gringos se pusieron nerviosos. Cuando la izquierda así conformada se presentó en las últimas elecciones previas a la dictadura, la derecha se lanzó contra ella usando la estructura represiva del Estado, los medios de

comunicación, los parapoliciales, los asesores gringos, los asesores brasileños, los montones de espías en la calle, en los partidos de fútbol, en los quilombos, en las escuelas, hasta había taxistas laburando para el gobierno. ¿La guerrilla? Hizo una tregua por las elecciones, se encogió para saltar luego luego. En fin, pasó de todo en aquellos días, que parecen tan lejanos... Milicos y funcionarios muertos, guerrilleros muertos, personas inocentes muertas, un peón rural estúpidamente asesinado por los tupamaros... De noche se escuchaban las balaceras, las explosiones por bombas de plástico, de esas que se deslizan por debajo de las puertas y se hacen reventar a distancia. Enseguida, después de un silencio duro como una roca negra, lo que estallaba era el ladrido y el aullido de los perros de media ciudad...

¿Que si todo fue en ese orden? No, no lo recuerdo. Recuerdo sí que a un camarada de lo mejor, se le murió su hijo de diecisiete añitos, un muchachito, un botija lindísimo, de un aneurisma, y justamente fue en una semana de enfrentamientos y balaceras no sólo en la capital. Ni sé cómo pudimos llegar al velatorio del muchacho, por el desmadre en las calles; cuando estábamos allí, unos cuantos familiares y amigos rodeando el cajón ya cerrado para siempre, entre humos y murmullos, cayeron los milicos derechito a levantar la tapa recién atornillada. Gritaban como briagos locos, que adentro escondíamos armas y mierderas de esas. Pero un capitán decente, que algunos había, vio tanta lágrima en los ojos rotos de mi amigo y de su esposa, que de un grito nomás contuvo a la horda verde y rajaron todos de volada... Ya ve, no puedo seguir una línea del tiempo: antes, ahorita, después. Le explico: una vez un ex presidente, al cabo de la dictadura, el doctor Sangronetti, perdón, Sanguinetti, dijo de la izquierda que tenía los ojos en la nuca. Yo mentalmente le dije “gracias”, porque según las culturas indias del altiplano en Sudamérica, el pasado es lo que tenemos adelante, pues ya lo conocemos. El futuro estás detrás, en la nuca, pues todavía no lo podemos ver. ¿Comprende usted, señor, cómo un hombre culto y de colmillo político puede volverse un ignorante, sólo por mero anticomunismo...? El

asunto es que el golpe lo dieron ya sabemos quiénes, y lo dieron por etapas. Supongo que no habían leído a Curzio Malaparte y su *Técnica del golpe de Estado*, pero las etapas fueron: Disolver el parlamento, prohibir los partidos y las formaciones de izquierda, dejar en estado latente a los partidos tradicionales o, mejor dicho, burgueses, prohibir la actividad sindical clasista e independiente, someter el sistema de enseñanza, controlar los medios, vigilar cada calle, cada rincón del país, y disparar si era necesario y si no lo era también, y mucha utilización del verbo prohibir: las reuniones no podían ser de más de una persona... había que pedir permiso a la policía para festejar un cumpleaños de quince o una boda... En joda se decía que también los casamientos debían ser de una sola persona consigo misma, como en una famosa película de ciencia ficción... Quién tiraría el arroz, me pregunto...

¿Que cómo fue la represión? Muy pesada, era parte esencial del programa fascista; era como una neblina que empapaba todo. Una fábrica de miedo, para que la gente se sumiera en la casa, para que desconfiara hasta de la propia sombra en el espejo. Eso nos llevaría a examinar el contenido ideológico de la violencia, porque la violencia autoritaria o dictatorial, cuando es interpretada como fenómeno superficial, o como categoría abstracta, no aparece como lo que en verdad fue o es: un instrumento esencial del poder fascista en el caso del Cono Sur, o como se está dando ahora aquí mismo. ¿Ya le mencioné Acteal, Aguas Blancas, Atenco, Oaxaca en estos días, y los desmanes, el estado de excepción, la violación de casas y cuerpos, los desaparecidos, los suplicados, los presos, los asesinados? Y los medios remachando el clavo de la mentira y la desinformación, otras formas de violencia bien estudiada y apoyada por la jerarquía católica, que desprecia la Constitución e invoca el nombre de Dios en vano... Vea no más, señor, la violencia de la Santa Inquisición: mucha tortura y muchas hogueras, o las crucifixiones múltiples de esclavos en la antigua Roma, y no es casual que en Roma el cristianismo se convirtió en catolicismo... crucificados que no eran hijos de Dios... En fin, retomo el discurso: más tarde, se habló de que la sociedad uruguaya y conosureña había quedado pintada de gris... ¡otra que de

gris! ¡Quedó teñida del color de la mierda más negra! ¿La guerrilla? ¿No le dije ya? Fue derrotada por lo menos un año antes del “gobierno de facto”... ¿Las elecciones del 71? Fueron las más fraudulentas, la mayor estafa electoral, sin duda, en nuestra historia, aunque el triunfo de la izquierda estaba aún muy lejano. En realidad, ganó el candidato del Partido Nacional... pero perdió. ¿Le suena eso? Durante la campaña del Frente Amplio hubo hasta algún asesinato, incontables agresiones desde el aparato estatal, propaganda del miedo, por ejemplo, “Si gana el Frente, ¡los niños uruguayos serán enviados a Siberia!” Y hubo cantidad de pendejos que se lo creyeron, como aquí aquello de que iban a despojar de sus preciosas propiedades a la clase media si ganaba el candidato de la izquierda este mismo año... ¿No ocurrió algo parecido en otros países de América Latina? En Perú, El Salvador, Colombia... Violencia ideológica se llama a eso. Aquella estafa en Uruguay de 1971 me lleva al desaseado fraude a la mexicana de 2006. En la forma, no del todo, ¡pero cómo se parecen en la sustancia! P parecido, muy parecido... porque las clases predominantes utilizan las formalidades y las instituciones democráticas sin creer en ellas. La hipocresía es también parte del mismo fraude... ¿Anécdotas? Sí, algunas... pero déme una chance de otro cafecito, ¡eh!

(¡Qué raro es este contestadero mío! Siento que entre los dientes se revuelven parlamentos no usados, como si uno fuera el actor del soneto de Shakespeare, aquel que “demudado y torpe” suelta frases que corresponden a otros personajes de un drama sin título, y al final habla por todos y por nadie... La verdad, es que ando medio perdido entre tanta palabra cabra desmandada, como escribió mi amigo el poeta Juancito Cunha. Qué pensaría el viejo Freud (¿por qué se pronunciará Froi?) sobre este asunto... Uno se lanza a mover la que no tiene huesos, como si remara en un torrente de muchas aguas distintas, no sólo de la impaciente saliva propia, y van creciendo las

frases, las mescolanzas de la memoria. Sin embargo, hay algo que nos defiende, y eso es un desorden, un cierto desmadre, un poco de caos. Que este señorón tan bien compuesto, tan educado aunque algo agresivo, tan de traje de finas telas y lentes al aire, tan pelambarrera de yuppie y zapatos de piel de bicho inédito, tan insistente, con esta defensa que dispongo, no me va a joder del todo. Bueno, otra vez al mentidero verdadero... ¿Qué es la verdad, preguntó Pilatos?, y el Chucho no dijo nada.)

Sí, el golpe de Estado... Hubo una respuesta, una enorme huelga general con la clase obrera como médula, a la que se agregaron sectores de las clases medias bajas o medias medias, junto con gente de la pequeña burguesía. Fue algo extraordinario, aunque duró sólo dos semanas... Era el golpe de Estado del gran capital (que ahora están nombrando otra vez, ¡menos mal!, como oligarquía), en acuerdo con la cúpula política de los conservadores y fascistoides y, claro, con las fuerzas armadas. A la cabeza, bien visible, el propio presidente Bordaburro, o Bordaberry, católico mocho además, ya dije, y que por cierto en estos momentos, por valiente y justa orden judicial, ha recibido asilo pero en la cárcel: veremos si la lenta justicia finalmente llega, porque todavía anda suelto un chingadal de torturadores, ladrones, abusivos y corruptos, con o sin uniforme, que floreció con la dictadura. Luego se acentuaría el contenido fascista del golpe, para acercarse a la famosa definición del revolucionario búlgaro Jorge Dimitrov... Al contrario de Chile, con el bestial Pinocho como símbolo permanente del fascismo y como gorila emblemático, en Uruguay hubo cambios de presidentes según los aires político-sociales y el equilibrio de fuerzas del momento; pasaron tres “mandatarios” más, el último un mediocre general, en función de ligeros toques dentro del golpe. ¿Para qué gastar saliva y tinta en mencionarlos? Tristes fantoches y enriquecidas mascaritas del poder oligárquico real y de los mandatos imperiales, como de otro modo los Migueles, Carlos, Ernestos, Vicentes y Felipes mexicanos... aunque sepan hacer daño por cuenta propia. Iniciativa para el mal, les sobra...

Ah, ¿me permite una veloz referencia a Pinochet, el dictador por antonomasia y ejecutor esencial del plan Cóndor de los gringos para el Cono

Sur? ¿Vio usted, oh ironía, que acaba de morir sin castigo judicial definitivo, despreciado por media humanidad, precisamente el día mundial dedicado a los derechos humanos? Sí, esos derechos que él y su aparato represivo fascista de mano larga se ocuparon en destruir hasta todo fondo imaginable, para desgracia histórica del pueblo de Chile y beneficio de una oligarquía insolente y falsamente aristocrática. Pero vea también, y esto hace pensar en serio, el apoyo social, político y castrense que tuvo y aún como cadáver tiene esta horrorosa figura de nuestra Historia, crecida con el apoyo de más de un imperio. Es que el fascismo chileno contó con apoyo de masas, que no fue el caso de Uruguay... Además, hubo una mezcla postdictadura de debilidades y/o complicidades de gobiernos burgueses y “socialistas” (Patricio Aylwin, Ricardo Lagos...) y de presiones externas e internas para no condenar definitivamente a Pinochet y, sobre todo, para inaugurar, luego de la repulsiva dictadura, nada menos que la experiencia neoliberal en nuestro continente... Toda esa mierda elaborada a partir de los muchachos de Chicago, en la era Reagan-Tatcher-Juan Pablo II... ¡Qué santísima trinidad! ¿No dijo acaso Milton Friedman que la dictadura chilena fue “un periodo de transición, un bache en el camino”? ¿Ya hablamos de eso, o no? ¡Claro, señor! No lo olvide: privatizaciones de la pensiones de lo trabajadores, liberalización de servicios, desmantelamiento del Estado, pobreza 45% a 50%, fortalecimiento de las fuerzas armadas, desempleo, bajos salarios, mediocridad educativa, discriminación racial y social a los mapuches, entrega de la madera, la pesca y el cobre a las transnacionales, exportaciones a huevo, más el enriquecimiento oligárquico: ¡he aquí el “milagro económico chileno”! ¡Qué bueno que usted mismo lo diga: el neoliberalismo mezclado con las espinas envenenadas del fascismo!

Sí, vuelvo a lo anterior, claro: en las fuerzas armadas había miembros o grupos no golpistas, igual que en la policía. A no pocos de sus miembros les dieron lo suyo, los castigaron, por no acompañar la decisión de los mandos o por negarse a torturar. A ellos también los torturaron, algunos pudieron marchar al exilio, unos pocos llegarían a México... Lo chistoso es que a esa

brutal maniobra antidemocrática, que convirtió a Uruguay en “una de las cámaras de tortura de América Latina”, según un senador gringo de la onda Carter, ciertos comentaristas o comunicadores, igual que unos tales doctos en Historia Patria y determinados políticos burgueses, la llamaron de mera “suspensión de garantías constitucionales” o “gobierno de facto”. Los mismos que por aquellos días quisieron quitar los fueros a un líder blanco, radical, algo bocón sí, pero muy luchador por la democracia, porque argumentaban malamente que estaba vinculado con la guerrilla... También aparecieron series de palabrejas, como esos neologismos que inventan los derechistas o los comentaristas de fútbol, que se usaron para denostar al enemigo de clase o al simple opositor: apátridos, tupacomunistas, tupabocas, subversivos, castricomunistas, comeniños, bocamaros, tupacastrisociacomunoides, etcétera. Lo cierto es que, siguiendo la estructura represiva que ya le comenté, señor, el aparato militar se fue extendiendo por las redes institucionales y aun las sociales. Bordaberry quiso, en su momento, que el ejército asumiera las funciones públicas. Fue como la peste de Albert Camus... Una especie de enfermedad que no se cura así como así... Me acuerdo que en la secretaría de Educación y Cultura instalaron a un coronel con menos experiencia en ese ramo que una lombriz en cuestiones de informática. Él le había dado el visto bueno a una revista literaria que tratamos de sacar con un grupo de amigos de diversas tendencias democráticas o de izquierda, hasta católicos buena onda. Juntamos unos dineros, reunimos el material literario y gráfico, pasamos todo por una criba minuciosa, casi por microscopio ideológicoelectrónico: nada debían encontrar los milicos enciclopédicos que les resultara rechazable, ni media coma. Citaron al director de la revista a un sombrío departamento policiaco, justamente el papá de aquel jovencito del velatorio profanado. Le dijeron: “Nada hay de contenido que se deba quitar. Trabajaron bien, hijos de puta... Pero la revista... ¿cómo le pusieron?”. Contestó nuestro amigo: “Palabra.” Añadieron: “Poco nombre... qué imaginación...” Sudaba bilis negra nuestro amigo: “Poco pero alcanza... les recuerdo que el coronel ministro de cultura

la autorizó...” Los interrogadores se calentaron de pronto: “¡Ese maricón no sabe un pito de letras! ¡La jodida revista no sale y sanseacabó!” Nuestro compañero, quieto, temblando para adentro. Terminaron: “¡Y no te averiguamos lo del origen de la guita! ¡No sea que te la estén mandando de Moscú o de Pekín!”

Finalmente, al fallido director le regresaron las pruebas de imprenta y se fue a la casa a darse un baño caliente, a tomarse unas grasas y a quedarse encerrado unos días. Luego le entregó la papelería a alguien, no sé a quién, que se ocupó de esconderla tan discretamente, en calidad de testimonio futuro, que hasta ahora no apareció... ¿Los nombres de los escritores y artistas plásticos? Qué le puedo decir: me acuerdo y no me acuerdo. En verdad, la revista fue prohibida por los antecedentes de alguna gente que participaba en el proyecto, no por los contenidos. Eso se llama “muerte cívica”... Si no te permiten ser lo que eres, dejas de ser... Ah, señor, otro café, plis...

(¿Le digo los nombres o no se los digo? Al cabo de tantos años, ¿importa o no importa? Se murieron doña Clara, la poeta y novelista, su esposo don Alberto, el historiador, ensayista y crítico, el doctor don Tomás, crítico literario y ex legislador: católicos progresistas todos; se murieron el doctor Juan Carlos, poeta de culto para algunos y notable cuate, don Manolo un extraordinarísimo y extrañísimo artista plástico, don Leónidas un poeta que no acabó su carrera de arquitecto, don Julio narrador y verboso en varias lenguas, y el reamigazo don Alfredo, novelista de primera, aunque él ya se había escapado a Buenos Aires, de donde saldría hacia Cuba, y don Felipe poeta de las dos orillas... ¿Cuántos...? Andan por allá todavía, don Hugo cantor, guitarrista, narrador y poeta, don Ariel narrador y humorista sin darse cuenta, pero ya no están el gallego Manolo, también escritor de dos orillas, ni Jorge el teatrista y orfebre, y otros que el dolor colectivo no me deja recordar, y también otros, de esos que no merecen ni una mención por acomodaticios, cagones, perestroikos, acomodaticios y vanguardistas a destiempo. Entonces, me guardo el nombradero. ¿Por qué uno debe recordar por todos? Al menos con este método. Porque también sirven las misturas de voces disímiles, versos pasajeros, canciones imborrables, escritos con erratas, sudor sin testigos, fotografías estropeadas, ropas con sangre, fragmentos de periódicos, grabaciones inaudibles, zapatos con barro, tripas de pueblo gimiendo a deshora, viejas banderas... Bueno, continuemos, que las calabazas se ponen de acuerdo entre ellas mientras la carreta camina...)

¿Antecedentes? ¡Pero si usted dijo, mi señor, que no le hiciera tanta historia! Ya le mencioné el golpe del año 33, y el golpe “bueno” del 42, y el alzamiento del 35, ¿ése no?, porque ahí se reprimió hasta con aviones, y el apoyo del pueblo uruguayo a la República española, y las tandas de gallegos y otras tribus que se volcaron en el río de la Plata... Conocí a un galaico, Leonardo o “Lolo”, que lo habían enganchado en el ejército invasor franquista: era comunista y no pudo zafar de la leva. Le enseñaron lo que él apenas sabía: disparar con un rifle de aquellos tiempos y hasta lanzar bombas de mano. Pero cuando marchó al frente, a pelear contra los “rojillos”, o sea, contra los suyos, apuntaba siempre para otro lado o arrojaba las bombas o granadas sin quitarles el seguro. Luego, los republicanos las recogían y se las tiraban a los franquistas... sin seguro. Un sargento, de esos más gallegos que él, vio lo que el “Lolo” hacía, y en medio de una humeante escaramuza le disparó por la espalda. El “Lolo”, tocado por la bala del pistolón sargentero, giró de puro dolor o por un efecto de contrainercia, y sin entender ni pío, hizo funcionar el gatillo por la inteligencia o por la intuición de su índice izquierdo (zurdo era en todo) y la bala de punta de acero le despojó de un ojo al sargento y salió por la nuca dejando atrás un buraco como una radiografía sangrienta. Al menos, así me lo contó el “Lolo”, quien luego del combate y de una dolorosa recuperación fue dado de alta porque la bala nunca se salió de la nalga siniestra, y lo ubicaron en la cocina a pelar toneladas de papas hasta la caída de la República... También me contó lo que hacían los marroquíes del enano Franco y sus camisas pardas con las mujeres de toda generación al grito de: “¡Bragueta libre!” Y los asesinatos en plena calle, y las mazmorras llenas de mierda y de coágulos y de trozos de ciudadanos desparramados como basura. En fin, le digo, señor,

que el “Lolo” lloraba al contarme esto: fueron las primeras lecciones sobre represión que me daban, en mi niñez, un testigo y un participante en una sola persona. Lo que ahora sería un “narrador intradieético”, como suele escucharse en los congresos literarios. ¿Y el “Lolo”? Peló la última papa de su vida y se coló en un barco de carga, creo que en Vigo, y pudo arribar al Cono Sur. Murió antes del golpe del 73, murmurando: “República... Lenin... República... Lenin...” Entre sus chistes siempre repetía uno: “Cada vez que voy a cagar, me duele la jodida bala...”

(No sé por qué le ensarté al señorito la hazañosa vida del “Lolo”. Más tarde, supe de otras similares existencias, pienso que con su agregado de fantasía personal y colectiva. En la frontera norteña de que le hablé al entrevistador, vivió durante unos cuantos años un rojo/republicano de Asturias, don Antonio. Era pintor de carteles, bonita letra le salía del grueso pincel, pero sólo podía pintar en rojo y negro. Los otros colores los dejaba a cargo de un ayudante, su coterráneo Cardenio, que además daba clases de pintura al óleo en secundaria. Cardenio era el soberano de la simpatía y el príncipe de la tristeza. Muchísimo más joven que su jefe -se comentaban lazos de sangre-, había arribado a aquellas fronteras cuando aún ni gateaba, y para él España era un montón de imágenes con que don Antonio y otros compatriotas de Valencia o Galicia o Sevilla le rellenaban la cabeza. Me lo comento para mí mismo, y no se lo digo al señor de las preguntitas, porque acredito que ni sospecha que una persona puede respirar en cualquier sitio, aun en una patria imaginaria que suele valer más que una verdadera. Así era Cardenio, subiendo y bajando de ánimo cada tris, o sea el tiempo que demora un conejo en agitar el rabo tres veces. Y así morirá, supongo, pues no da, como dicen en la frontera, vivir con un pie en lo que se conoce pero no se ve, y con otro en lo que sólo se imagina pero se vive con más fuerza... Cardenio tampoco aprendió eso cuando le tocó la represión que estuve comentando hace rato: los balazos contra el corazón del árbol, la mulata Flora, aquellos desmadres y no sólo sobre la plaza de las Dos Naciones... A don Antonio, que también por prudencia tuvo que salirse un rato de aquellas zonas ardientes, lo encontré una tarde en la capital, en el Estadio Centenario, a la salida de un partido de fútbol dominguero. Estaba masticando a vuela colmillo un chorizo al pan -o choripán- con chimichurri y bebía a buchitos de

un vaso de plástico un vino sólo para tripas aguerridas. Nos hicimos unas señas a golpe de cejas, ni media palabra hubo entre los dos. Yo pedí otro choripán y un refresco sin gas. Manducamos, bebimos, él eructó en indicación de que se iba, porque en coyunturas así, cuando la tira andaba cerca, teníamos hasta un lenguaje de eructos para entendernos. Ahí me quedé uno o dos minutos lentos y veloces a la vez, para ver si alguien lo seguía. Pero no. Vi, ni sé cómo con esta añeja miopía, que la servilleta usada por don Antonio, doblada como flecha y no vuelta una pelotita grasosa, había ocupado el flaco espacio de concreto entre mis dos ambos zapatos polvosos. Pisé la flecha corrugada, y como quien se revisa las agujetas, la tomé con dos dedos diestros; se abrió lo suficiente y pude leer: “el gordo de bufanda,/ mucho te cuida./ detrás de ti anda/ pégate la huida”. No hubo tiempo de contarle las sílabas a la copla, así que me puse verticalito, y sin eructar ni nada, me tomé los vientos, como decimos en el Sur. Al gordo bufandero aquel lo vería bien sí, tiempos más después, en otra región de esta especie de crónica... Pero este relato del gordo es para mí, nada más... Ah, si este señor mío ya recommenzó con sus inquisiciones...)

¿Que por qué le menciono a un tal Cardenio, persona secundaria en mis responderes? Pues... a él le correspondió una ración del pastel, en época de “las moscas de fuego”; eso recién me lo narró él mismo en unos de mis regresos a la frontera, por el tiempo de las primeras elecciones post dictadura. Al rato posterior de la ofensiva contra los simpatizantes de la izquierda, previo golpe de Estado, los milicos creyeron que toda actividad subversiva había sido disuelta. Aflojaron la vigilancia nocturna, mandaron de vuelta a la capital a los veinte o treinta asesores en interrogatorios y suplicios, llamados también “apremios legales para obtener información que favorezca la seguridad del Estado”. Yo andaba por el Sur, así que apenas si pescaba algún susurro entre tanto enemigo rumor. Sólo teníamos la “radio bamba” para el intercambio de noticias. ¿Los teléfonos dice usted? Era riesgoso, porque muchos estaban intervenidos... como aquí también. De boca a oreja, en cadena restringida y en una sola frecuencia: la discreción. Sí, a Cardenio alguien lo denunció, más bien por asunto de faldas alzadas o de alboroto de sábanas, y de cabeza al tambo. Ya con los primeros plantones y el submarino inicial en una tina de aguas servidas, los milicos entendieron que el galleguito o asturianito era, en verdad, más fronterizo que ciudadano extranjero, ¡que de eso querían acusarlo: de extranjero!, ¿no le suena a Oaxaca o Atenco?, y que la política no era un asunto que lo distrajera de su vocación pictórica y femenil. Lo soltaron bajo horrendas amenazas, pero él se aguantó ahí, en la zona, laburando de los dos lados y cuidado por los servicios mancomunados de dos naciones. Cardenio me comentó también que a causa del submarino en aguas sucias, espumosas de orina y excremento de sus propios captores, se le fijó en los bronquios una infección no grave pero incurable... Pues sí, señor. No importaba mucho la nacionalidad de la gente, ni la edad, ni el

género. Decía un capitán de infantería que “la repre es muy democrática: a todos parejo... y a algunos más parejo todavía...” ¿Y los soldados, me pregunta, eh? El que se negaba a dar palo, palo con él...

¿Qué hacía yo en la capital? Como militante de la coalición de izquierda que hoy gobierna en Uruguay ¡chale, qué parajoda!: uno ayudó a fundar la coalición y radica en otro país... tal vez porque la patria de verdad uno la lleva consigo a todas partes... Como militante, le decía, y además miembro del Partido Comunista desde el 68, ¿qué año, no?, y sin ser un profesional de la política, me ubicaron en el aparato clandestino. Fue una vida un tanto esquizoide, según uno de mis psicoanalistas favoritos.

Vida social abierta, apariciones en los pocos eventos culturales de esa época, publicación de algún libro... No mucho, pero en cada cosa de esas siempre se olfateaba el riesgo. Había soplones, hasta tiras disfrazados de intelectuales o estudiantes de Humanidades que se dormían como gallinas al atardecer mientras alguien, hasta yo, parloteaba sobre la resonancia del psicoanálisis, los sueños y el azar en las iniciales etapas del surrealismo... Las reuniones políticas y ultra secretas las hacíamos en una casa próxima al Hospital Militar. Pasaban tantos soldados y tiras y chivatos por la cuadra, que cuando nos cruzábamos en la banqueta o el súper a veces nos saludaban y todo como buenos vecinos... ¿Anécdotas? Una sola. Sucedió que estábamos de junta, sin papeles, sin fumar, casi hablándonos por señas, preparando una cierta acción, cuando tocaron la puerta y hubo un congelamiento súbito de testículos y vaginas. Porque éramos cinco los reunidos: tres compañeros y dos compañeritas. Entonces Pérez, un obrero textil muy abusado y rápido, simple y velozmente destapó la botella de caña añeja, que para esa misión estaba ahí, sobre la mesa, y nos sirvió a todos en los vasos ya dispuestos. Sacaron otros sus cigarrillos y a echar humadas y tosidos. Yo mismo entreabrí, simulando demora por problemas con la cerradura, preguntando “qué desean, señores”. “Qué te importa, puto. ¿Quién vive aquí?” Y la puerta fue empujada y yo con la puerta.

Mariflor, estudiante de humanidades, de agradable ver, contestó al tiro: “Yo... y mi prima Lucía, ¿por qué? Acá estamos con unos amigos...” “Che, somos nosotros los que preguntamos... ¿haciendo qué?” “Los invité a tomar algo, nada más” “¿Nada más?” “Nada más...” Habían entrado dos milicos de particular, los soldados, ¿cuántos?, tenían orden de esperar afuera: se les oía resoplar de pura impaciencia. “¿No sabés que hay que pedir autorización?” “La verdad, ni se me ocurrió, estoy aquí desde hace años... A ustedes los veo todos los días por el barrio...” “¿Y qué ves?” “Mucho movimiento, camionetas, ambulancias, agentes de a pie, personas conocidas, gente que va a hacer los mandados... Lo que ve todo el mundo.” De cualquier modo, echaron una revisada de rutina, ya sin mucha fe represiva. Manosearon algunos libros, ojearon abajo de las dos camas, abrieron un closet (¿armas, documentos?) y el refrigerador (¿comida, refrescos?), cada tira se vació de un experto trago el vaso más próximo, se retiraron llevándose de arrastre a los soldados. “Hijos de sus putas madres, siempre se apropian de algo...” Los vasos restantes fueron vaciados por nosotros a gran velocidad, hasta hubo una segunda vuelta. Mariflor no permitió, ni lavándolos, que alguien bebiera en los vasos profanados por los tiras: los sepultó enteritos en el tacho de los desperdicios, entre cáscaras de fruta y fideos fosilizados. ¿Que qué acción estábamos preparando? Eso es secreto de Estado... Igualmente, nos quedamos unos momentos más, hasta acabar la botella, ya en el puritito silencio. Le añado, señor, que en ese departamento fue que me agarraron en el verano del 76... ¿Descansamos un poco?

(Pienso que esta entrevista se complica de a poco en poco. De tanto elaborar las respuestas, uno termina por quitarles naturalidad, a más de que no encuentro el tono de voz que corresponda. ¡Chingaos! He tenido casi siempre facilidad para las verbalizaciones de aire, las de tinta son otra cosa. Si alguien lee lo que aquí estamos elaborando entre preguntas engañosas y contestaciones desconfiadas, podrá entender el porqué de los cambios de vocabulario. Si esto fuera un libro, o parte real del libro que el entrevistador dice estar preparando, el presunto lector podría regresar a las páginas primeras para comprender las diferencias de léxico y combinaciones verbales. Pero, de ser un libro todavía más real, es decir, el libro que subyace todas la escrituras hechas en el mundo desde la antigua Sumeria, y aún antes, hasta hoy, también el mismo lector estudiaría la opción de adjudicar el escrito... ¿a quién? ¿Quién pregunta, quién riposta, quién redacta, quién interpreta, quién lee, quién miente o sueña? Sí, ¿quién? El asunto es que si se reinicia ahorita el peloteo verbal, me agarrará en curva. Entonces... debo aceptar para acercarme a mi destino, diría el ciego de Buenos Aires; hay que dejarse caer en medio de la batalla y tratar de enterarnos o adivinar qué guerra está incluida en ese combate... Avanti, compagni, con tutti e bandiera rossa...)

¿Cuánto tiempo estuve en la clandestinidad? En la capital, como tres años, y siempre en el doble rol de persona literaria y persona apócrifa, o sea, escondida, no falsa... Fue un tiempo en el que se mezclaban el miedo y la alegría, la inseguridad existencial y la certeza ideológica, los insomnios del terror y la claridad del buen camino. De algún modo más bien intuitivo, uno sentía que la participación personal, aunque muy poco relevante, se integraba al quehacer colectivo; como quien prepara la sopa y es asimismo parte de la sopa. Tuve una nítida conciencia, por vez primera, de mi historicidad. “Soy un ser humano histórico, un poeta histórico, un ciudadano histórico, un comunista histórico... Nunca seré un héroe, ¿para qué?, eso me vale. Estoy metido entre mi gente, respirando entre mi gente, que es una mínima parte de la gente total...” Era casi un estado de misticismo consciente: el desierto no es posible sin sus imperceptibles granos de arena, sin las sombras que hasta el sol deja caer cada tanto... Claro, que a veces uno se sentía como en las viejas películas de Gary Cooper: solo contra todos los indios...

¿Cómo que no me entiende? Uno habla así, transfigurando las frases, las ideas. Le cuento: hubo ocasiones en que mis contactos se disolvían en la clandestinidad profunda, o se pasaban a Buenos Aires, o se iban a provincia, a sitios menos ominosos, o cruzaban la frontera entrando en el peligroso Brasil. No, claro que no, otra gente de otras ideas hacía lo suyo, como aquel ingeniero y escritor que transportaba gente en su pequeña avioneta, a Porto Alegre, Santa Catarina o Asunción. Sí, teníamos un código para cada uno de los enlaces, de modo que la interrupción o la ruptura del código significaba sólo tres posibilidades: camarada preso, camarada asesinado, camarada

desaparecido. ¿Mis tareas concretas? Le digo algunas: conseguir casas de seguridad para los miembros de la dirección que las necesitaran... y casi siempre había esa necesidad. Era un tema muy delicado, por supuesto. Ah, ayudar a recopilar información, oral o escrita o con base en distintos documentos; redactar en ciertos códigos mensajes internos rigurosamente confidenciales; enviar mensajes a los conectes en el exterior; a veces preparar las consignas del momento en textos breves para las imprentas del Partido, de donde saldrían misteriosamente pequeños volantes que manos invisibles repartirían... Sí, algo le dije de la caída de la primera dirección: ahí estaban quizá los más conspicuos dirigentes, algunos de los más veteranos, los teóricos, los experientes, los que habían pasado mal en la etapa de la “guerra fría”... y aun antes. De las otras direcciones, yo poquísimo o menos que nada sabía. Saber lo justo, sólo: más seguridad para todos. En realidad, se mezclaban las generaciones de dirigentes. Se cocinaba la línea a seguir, con suspensión obvia de la llamada democracia interna en cuanto a modalidad de funcionamiento. Se instauraba una especie de duro verticalismo, ni modo. (En verdad, en el Partido predominó casi siempre el verticalismo, en otras modalidades, aun en tiempos de vida política abierta...) Esa línea de acción bajaba a la estructura del Partido, no me pregunte cómo, pero bajaba. Ya no se podía discutir para que la posición de las bases llegara a la dirección, en un intercambio arriba-abajo-arriba que tuvo algunas instancias prácticas y teóricas muy altas, pese a mi observación anterior. El de arriba es el de arriba... Estábamos en alerta roja, y eso duraría una década... Como Prometeo sí, resistiendo y acumulando fuerzas, aunque la pinche águila nos morfara... comiera el hígado... Por momentos se hicieron las cosas en general bien, pero resultaba una experiencia nueva. Hubo errores organizativos, lo que le costó el cargo a un importante dirigente; hasta se subestimó en cierta medida la capacidad represiva de los milicos y su aparato visible e imperceptible. Hubo momentos también en que aquello parecía un juego de sombras: ellos eran la sombra nuestra y en parte nosotros la de ellos. Se sospechaba de mutuas filtraciones de información, surgían meros chismes,

¿de dónde?, aparecían personas poco conocidas, ¿de provincia en la capital o viceversa?... Hubo disfraces de todo tipo. Uno mismo empezó a ser otro, a ponerse otro rostro, a tejer otra expresión, a caminar distinto, a desconocerse... Además, la dictadura enfermó el tejido familiar, social, cultural, ideológico... Se metió en el sistema de enseñanza... Mire, señor, que las señoras esposas de los mandos militares se convirtieron en profesoras sustitutas de los maestros expulsados de sus cargos o detenidos o huidos del país. Esas viejas hacían un curso rápido y a dar clases, a dominar las cabezas de los niños y jóvenes, a corromperles la sensibilidad, a convertirlos en ignorantes y, de ser posible, en futuros fascistas... Otras formas de la violencia, porque en definitiva la violencia sustituye a la ley, es la ley. Sí, le digo, hicieron cursos muy rápidos... y tan rápidos que a esas dizque maestras les llamaban las “sietemesinas”. El humor como arma ideológica... ¿Un descansito, no?

(¡Es increíble cómo uno se va poniendo bocón, aunque a nadie se perjudique! ¿Por qué tuve que hablar de las estructuras clandestinas, de los niveles de actividad, si al fin de cuentas no estoy confesando nada? Creo que más bien lo que hago ahorita es un recuento para mí mismo, un aseguramiento de la memoria, una confirmación de lo que uno ha sido para tenerse fe en medio de un mundo de vaciedad globalizada, de traiciones y deserciones. Pero este tipo, con su pinta de yuppie de las letras, ¿qué va a entender de esto! Ni yo lo comprendo de raíz... o hasta la raíz. Y fue increíble también cómo mucha gente se dio vuelta como un escarpín: algún jefe guerrillero y unos cuantos de menos güevos, no aguantaron la tortura y cantaron su repertorio completo. Hubo uno que hasta se puso a trabajar para el servicio de inteligencia; se dijo que en algún momento le hicieron la cirugía estética y lo sacaron del país junto con su esposa, en pago por los favores recibidos. Otros, en cambio, se mantuvieron en el molde. Muy refeo la pasaron: además de las heridas de bala, al cabo de enfrentamientos y persecutas, les encajaron cualquier tipo de suplicios. Desde el submarino hasta el caballete, desde la picana eléctrica hasta la arrancada de uñas, desde reventarles los oídos hasta meterles un palo en el culo, desde hundirlos en un pozo hasta colgarlos como reses en el matadero. Y años de cárcel y traslados de un encierro a otro, como en el juego de la mosqueta: "Por aquí, por allá, ¿dónde está?" Imposible localizarlos. Hubo muertes en prisión, cementerios clandestinos o simples enterraderos que recién están apareciendo, ciudadanos cadaverizados que son reconocidos y recuperan su nombre, no la vida, y hubo óbitos después de la dictadura, por temas de mala salud, como un eco jodido e implacable de los sufrimientos y las angustias pasadas, hubo suicidios como el de mi amiga Anibia en Montevideo, o el de otra amiga, María Ángela, en su

destierro en La Habana... Oscuros triunfos del fascismo: cada uno resiste como puede, sólo eso... Así ocurrió también con los que volvían del exilio: al poco rato, un infarto por haber tenido el corazón tan apretado durante años. La felicidad del regreso puede ser un veneno rápido... Asimismo, no muchos años después, ya bajo una "recuperación democrática" limitada, otros militantes de la izquierda, líderes del estudiantado y hasta ciertos dirigentes comunistas, tal vez siguiendo su auténtica vocación, se convertirían en señores empresarios, como se les dice ahora a los explotadores capitalistas. En fin, a nosotros los comunistas también nos correspondieron gruesas rebanadas del pastel represivo, ¿habrá quedado claro eso para este tipo? Pero ahorita se lo narro más en directo al señor preguntón.)

¿Y nosotros, los comunistas? Tomando ejemplo de la derrota de la guerrilla, más una buena formación ideológica, pensamos que podíamos soportar cualquier cosa. Pero no siempre fue así. Camaradas hubo que no dijeron ni pío, como aquel obrero del Cerro, una zona de frigoríficos, que fue colgado con los brazos a la espalda y atado con alambre no muy grueso, Nuri Yic sus extraños apelativos. Luego de muchas horas o días o siglos, lo bajaron de golpe, le aflojaron súbitamente los alambres y se murió de a poco gritando de dolor y furia a medida que la sangre encontraba sellados los caminos habituales o se desplazaba por rumbos equivocados y reventaba arterias y venas.

Su propia sangre lo mató, como a otros la alegría-angustia del regreso. Y camaradas hubo que declararon lo que debían decir, o sea, lo acordado, a medias verdades o a medias mentiras. Se cagaban de parado en los plantones; al tercer o cuarto día, empezaban a alucinar, algunos creían que volaban sólo porque las baldosas disparejas eran sentidas a pie desnudo como altísimos acantilados, y el ruido de una tenue lluvia en los patios del encierro se convertía en una tempestad sin límite... Ah, sí: esto, me lo contaron. O no... Como el caso del ingeniero José Luis, ¿ya lo mencioné?, tipo inteligente cantidad, varios idiomas, matemático distinguido; él cayó con una de las direcciones del Partido. Cuando andaba clandestino, usaba un zapato con tacón más alto para simular una renquera y le habían colocado dientes postizos por encima de los naturales: un rostro de sonrisa algo grotesca, el pelo teñido de café claro y una gorra azul para tapar las orejas. Solía dormir en mi casa, yo mismo le preparaba su comida, pues llevaba cierta dieta. Sí, lo castigaron duramente, y como parecía mudo salvo cuando gritaba de purito

sufrimiento, uno de sus interrogadores, cansado de trabajarlo, le dio un empujón haciéndolo caer desarticuladamente por una escalera como de veinte escalones. Oh ironía, se quebró una pierna, feamente, y quedó rengo de verdad... Lo que es muy cierto, señor, créame, es que uno termina por no darse cuenta si vivió la coyuntura o se la contaron o el que hizo la narración la recibió de otro camarada cualquiera o como una vez que alguien me contó mi propia historia que yo le había contado... como si fuera la de él. El recuerdo colectivo, compartido, polifónico, claro, siempre duele menos...

¿El Parlamento? Fue hecho pedacitos por el “Gobierno o Estado de facto”. Creo que ya le dije. Antes, no mucho antes, pudo funcionar en relación de alguna manera con los ritmos del proceso político y social. Hasta el uso sistemático de la tortura y diversas modalidades represivas fueron motivo de denuncia y discusión en las cámaras, o sea, durante parte del proceso predictadura. Sí, por supuesto, señor... No todo se hizo en dos patadas... aunque sí, a las patadas. Los presidentes elegidos en el 66 y en el 71 fueron apretando en todo: congelación de salarios, no de precios; restricciones a la prensa; presión sobre la central única de trabajadores; montaje de las redes parapoliciacas y paramilitares; conexión con la inteligencia de los países vecinos; asesoramiento de las agencias gringas: la *ci-ai-ei* llegó a tener una oficina montada en el edificio de la jefatura de policía... eso lo cuenta un agente cubano infiltrado en la CIA, lea usted su testimonio: *Pasaporte 13333*. Agrego que yo conocí a su esposa en La Habana, en el 80; ella me narró el estado psíquico de su marido luego de años de doble papel: “Fue retirado del servicio con todos los honores. Como un héroe, pero en parte al costo de su salud.” Imagine usted, señor, si es que puede, a ese cubano a la salida de la jefatura de policía en Montevideo, ya montándose en su carro, cuando uno de los agentes gringos le dice, muy feliz: “¡Ayer matamos al Che Guevara!” ¿Se lo imagina usted? Creo que no... En fin volvamos a lo nuestro. En verdad, al ver que crecía y se organizaba el movimiento obrero, popular y aun clasemediero, a los sectores de la derecha y a los conservadores les tembló el forro del culo. Además, la guerrilla había

empezado en los 60 con acciones sorprendidas e inéditas que por su espectacularidad los medios masivos difundieron por el mundo. Y estaban el gobierno de Allende y el MIR -con su mal ejemplo- según los oligarcas; estaba Cuba; estaban los altos mandos fascistas y la embajada de Estados Unidos. Como dijera Nicolás Guillén: “Todo mezclao...” Pero esto de la guerrilla es algo muy sabido y hasta aburrido y triste de contar, ¿no? Recuerde que hasta se fue generando una literatura hagiográfica con relación a la guerrilla, una especie de exaltación del mito romántico del héroe, encarnado específicamente, claro está, en la figura del Che Guevara... Eso dura hasta hoy. Como si las colectividades, insisto, necesitaran de los héroes para asentarse en la Historia. Ah sí, una literatura casi toda de baja o discutible calidad. Tan pobre como el poema de Borges a la Revolución rusa... Porque no todos veían al Che como un dirigente político de la Revolución cubana... Era el héroe por sí mismo; el héroe por antonomasia. ¡Claro! Buena observación... Recuerdo, con relación a Fidel Castro, enfermo ahorita y con sus ochenta recién celebrados, que muchos intelectuales de la clase media, instruidos, informados, cultos, de ideas avanzadas, etcétera, lloriqueaban de decepción cuando el barbudo se autodefinió “como marxista leninista hasta el último día de mi vida”. No era una bravata tropical: era una postura de principios que encauzó el proceso de la Isla en un sentido nuevo. Socialismo a la cubana, con todo y bloqueo gringo y errores y riesgos y logros y avances y retrocesos. Yo mismo le escucharía decir a Fidel, cuando mi primer viaje a Cuba, a mitad de los setenta, y en una reunión de petit comité, que “en lo fundamental, la Revolución nunca se equivoca”. Si hasta tengo una fotocopia de la foto aparecida en la revista argentina *Crisis*, número 16, en la que estamos con el Comandante... Más allá de lo que se piense luego de más de cuatro décadas, la Revolución está ahí. Y usted y yo acá, hablando de ella. Sí, ya lo sé: me fui por otras ramas. Descansito, pues... ¿Cómo? De acuerdo, hubo muchos escritores, artistas e intelectuales que en un momento inicial, cuando predominaba lo heroico visible y la imagen de los barbudos, apoyaron a Cuba y su proceso de revolución agraria y

antimperialista. Después, se dieron vuelta como un calcetín. ¿Recordamos nombres? No, para qué. Algunos son *best-seller* y candidatos presidenciales fracasados que venden sus libros y hasta sus ocurrentes frases junto con lo que resta de sus almas... Es cierto, es una idea vulgar pero también me salió del alma... ¿Descansito, señor?

(¡Coño, mi socio!, diría mi compañero Ale, el mulato más briago que mis ojos percibieron. Se ponía cada nota del caray... y yo con él, “en el malecón/ ron tras ron...”. Es raro cómo a uno se le pegan las voces, se oyen de pronto como clarinadas, como estampidos de ronquera, como susurro de musa desnudándose... según la circunstancia. ¡Coño!, pues, repito lo que oigo, parlando a lo habanero o sea con una papa chica en la boca. En Santiago utilizan una papa mucho más grande... Y el compañero Luis, el nacido en Camagüey, el hombre que hablaba más rápido en toda la Isla. Fuimos amigos cantidá, y eso que yo nunca pude captar bien todo lo que me dijo durante años. Había que escuchar a toda velocidad, y eso, ¿quién puede? Pues estos dos compañeros me habían narrado sus avatares cuando la dictadura de Batista. Ale venía de un bravo barrio habanero, adonde cundían los espiritistas, y la magia de Eleguá y Oxum se mezclaba con la miseria. No sé cómo hizo la primaria, como logró entrarle a los libros. Lo cierto de verdad es que cuando la campaña alfabetizadora, él andaba por la sierra, un chavo que ahí aprendió más de la vida que lo que podía enseñar de conjugaciones y sintaxis. Su padre, me narró una vez entre ron y ron y ron, además de ser mulato oscuro, era comunista del viejo partido. “Sólo judío pobre le faltó ser”, se reía Ale. “Y eso, ¿qué tan malo era?”, yo lo provocaba. “¡Asere, no digas así! ¡Cuántas veces crees tú, intelectualoide blanco y educado, que a mi viejo lo zambulleron en la cárcel! Por militante del sindicato del puerto, con Aracelio Iglesias...” “¿Y cómo lo trataron?”, mi ingenua pregunta. “¡Hasta lo colgaron de las patas, le metían agua servida por el culo, con un tubo grueso, le explotaron un testículo! Sobre eso, él dijo muy serio: ‘Soy rengo hasta para templar, Alecito...’” Por los días del cuento que con tantas voces se juntaría más luego, el mulato profesor universitario iba cada tarde a casa de su viejo

a bañarlo y a echarle una sabrosa afeitada. Yo eso lo vi, lo sigo viendo a toda luz, y era mucha la luz de La Habana... Oye, declarante, esta historia no le va entrar al entrevistador por ninguna oreja, no quedará en ninguna grabadora... Al rato vuelvo contigo, Luis, no pienses que me olvidé, es que uno anda medio entretenido, y yo con dos muertitos queridos al mismo tiempo en verdad que no puedo. ¿Ta?)

Volviendo al Sur, ¿quiere usted saber de los dirigentes de la coalición? Sólo con uno, el más emblemático, supongo que alcanza... Sí, durante, la dictadura. Es el general Seregni, que lleva el mismo nombre, ¡oh diosa casualidad! de uno de los estudiantes asesinados en el 68: Líber... Líber Arce, liberarse. Jugamos mucho con esa combinación por aquellos años sesenta, como si fuera una especie de adelanto por magia verbal de las edades de oro que nos esperaban a la vuelta de la Historia... Pero estábamos en plena edad de hierro, que hasta el Quijote recordó, ¿recuerda usted?, adelantándose, por gracia de la pluma de don Miguel o del Cide Hamete Berenjena. Bueno... ¿qué quiere usted, señor? Uno es literato o escriba, la naturaleza se impone. Sí, al general lo metieron en cana domiciliaria cuando el golpe, y luego se comió como nueve añitos en la jefatura de policía, en Montevideo, o Monte Sexto o Montevideú. Desde ahí se conectaba con el mundo local, enviaba mensajes, opinaba, tuvo peso todavía en el conjunto de la coalición, pese a la cárcel y a la clandestinidad general. En verdad le digo, es de admirar las mañas de los presos políticos para buscar rumbos de conexión. Dicen que un par de altos camaradas intercambiaba recados, desde las asfixiantes celdas, en mínimos papeles que eran asegurados al lomo de unas domesticadas cucarachas que transitaban por debajo de las puertas... ¿Exageración? ¿Sabe usted cuándo ocurren los milagros? ¿No? Pues cuando las cosas están más jodidas.

Al General le hicieron de todo: dado de baja del ejército, incomunicado de a ratos, colgadas y descolgadas súbitas, ablandamientos diversos, mala alimentación, dos salidas diarias al baño para aliviarse, una ducha fría cada tanto... ¡y estaba en situación de privilegio! Sobre el final de la dictadura,

parece que las condiciones fueron mejorando. En las elecciones del 85 no pudo candidatarse a la presidencia, como muchos militantes de la izquierda a diversos cargos, porque los milicos lo prohibieron. Uno podía elegir pero no ser elegido. Así y todo, el Frente Amplio -coalición y movimiento- logró como un treinta por ciento de los votos. Fue como la resurrección del héroe colectivo: el pueblo, y el anuncio de los avances realmente democráticos, no sólo electorales, hasta hoy, que estamos... sí, dije “estamos” en el gobierno, con mayoría en el parlamento y mucho apoyo en provincia. Porque la lucha es cruel y es mucha, como dice el tango. Además, no acaba nunca. Mire, a veces los demócratas, los progresistas, los avanzados, los de izquierda, se duermen o se descuidan. Los de la derecha, los fascistas y hasta sus aliados conservadores son como perro de guardia, descansan con un ojo abierto, o los dos. Y, por supuesto, no perdonan. Como le dije a un amigo, distinguido poeta y ensayista mexicano: “¡No mames, el capitalismo es implacable!” Él sabía por qué le había encajado esa frase, así que algo se encabronó y se vistió de silencio.

¿Cómo? Sí, es cierto, hay mucha gente bien pendeja que cree que las sabe todas. La soberbia del intelectual octaviopaziano que asume el papel de “buena conciencia” de la sociedad... cuando de la sociedad profunda, la real, no conoce ni pío. Sólo juzga desde una visión de clase alta a la que, en general, ni siquiera pertenece; una visión apretada, estrecha y embarrada como calzón de gorda... Están ideológicamente colonizados y, por lo tanto, adornan y reproducen una ideología que toman como propia. Y se vuelven “filósofos” o “pensadores”, y hasta andan por la tele diciéndonos cómo somos, qué necesitamos, qué debemos hacer, qué debemos consumir, qué debemos pensar... ¡Los líderes de la autoayuda política! ¡Que no chingueishon! Baratos de pensamiento y tal vez no baratos de sueldo. Pero putas rebaratas, al fin... ¿Que me pongo demasiado duro, demasiado estricto? Fíjese no más cómo les pintan los labios y alrededor de los ojos, los empolvan, los peinan, los lanzan al escenario, y si uno al verlos se pone algo exigente, comprende que son los mascarones del poder, los payasos de los

medios, los títeres parlantes de los que mandan, los dadores de mensajes que ni ellos creen... ¿O sí? En el fondo y en el frente, su frivolidad es inmedible, como es enciclopédica la ignorancia de presidentes, secretarios, voceros oficiales, últimas damas... ¿Que por qué enciclopédica? Porque lo ignoran todo, sólo por eso.

Ah, el General... Fue hombre firme de vocación, y su vocación era servir. ¿A quién, me pregunta? A la patria, y como dice la canción, “la patria es el pueblo”... De ahí el odio de sus colegas de armas derechistas, sobre todo los que habían estudiado en gringolandia, en ciertas academias seductoras de cerebros castrenses. Esos oficiales terminaron sabiendo bastante de contrainsurgencia, de contraguerrilla, de preparar golpes de Estado, de contraespionaje y espionaje, de propaganda psicológicamente asistida, de manuales del buen torturador... Y la práctica la hacían en sus propios países y contra su propia gente, mejor dicho, sus connacionales por mera causa y casualidad de nacimiento...

¿Por qué tiene sus dudas, dígame? Hay sobrada literatura sobre el tema, testimonios de adentro, documentación irrefutable, confesiones de milicos arrepentidos... En fin, el General murió en el 2004: no alcanzó a festejar el triunfo de la coalición de izquierda, pero nadie se olvidó de él ese día. Nadie de los nuestros olvidará, nada nunca será olvidado... ¿La base ideológica de la guerrilla? ¿Y a mí por qué? Nunca estuve de acuerdo con esa forzada aunque inteligente copia de los movimientos de acción directa en el continente... Los respeté porque, al fin de cuentas, se jugaban la vida... Al principio hubo algún documento interesante, pero con propuestas programáticas irrealizables. Le memorizo: “La única vía para la liberación nacional y la revolución socialista será la lucha armada... (ésta) no sólo es posible en el Uruguay, sino imprescindible: única forma de hacer la revolución.” En fin, la teoría del foco militar, y de ahí al foco político, etcétera. Pregúntele al inspirador Regis Debray cómo le fue en Bolivia... en rigor, prefirió volver al vino y al queso de Francia que andar hambriento en la sierra. ¿Y después?

La derrota de los tupamaros en el 72 y múltiples sucesos posteriores, complicados de explicarle aquí -elecciones, golpe fascista, “encierro, entierro, destierro” según resumiera Carlos Quijano-, condujeron a los sobrevivientes del movimiento, los que permanecieron en el país y los que regresaron del exilio, a diseñar una estrategia al recuperarse formalmente la democracia. Las trescientas bajas que tuvieron (caídos en enfrentamientos con el aparato represivo, desaparecidos, asesinados bajo tortura, desertores, a más de los exiliados), los habían diezmado, aparte del desánimo, el raje general y las delaciones... En el 85 hubo amnistía y los que aún estaban en las cárceles quedaron en libertad (curiosamente, ¿sabe?, había un penal en provincia al que se daba ese apelativo, cerca del pueblo de ese mismo nombre, o sea, estar en Libertad, cuando la dictadura, significaba estar preso...). ¿No estaba informado de tal asunto? Bueno, los tupamaros debieron definir una nueva estrategia: ante el triunfo, relativo sí, de la lucha de masas combinada con la vía electoral y con base en ciertos acuerdos políticos previos entre partidos y militares, no les quedaba de otra. Y aceptaron ingresar a la coalición Frente Amplio, y ya en el 94 tuvieron su primer diputado. Sí, como dice usted: fue un cambio de negro a blanco, sin matices, según funciona el pensamiento de la ultraizquierda. Y cuando se pasan de ultras... terminan saliéndose del mapa de la historia. Antes, bala por bala, hoy voto por voto... Ah, claro, hablo de Uruguay... En realidad, el planteamiento de Raúl Sendic, inteligente y corajudo fundador de los tupamaros, fallecido en París en el 89, apuntaba a una coalición mayor que el Frente Amplio, un Frente Grande, idea que estaba en los gérmenes de la coalición misma, a partir de las propuestas del Partido Comunista de los 50. ¿Conoce la táctica-estratégica de los tres círculos: unidad política, unidad sindical, unidad social? Pero, asimismo, incrustada raigalmente en los estremecimientos expansivos y avanzados del continente: Unidad latinoamericana que los viejos y nuevos conductores siempre soñaron y trataron de lograr. Le hablo a usted, y de cada uno con su modo de hacer las cosas, de José Artigas, de Bolívar, de Juárez, de Caupolicán, de Martí, de Tiradentes, de Prestes, de Mariátegui, de San

Martín, de O'Higgins, de Solano López, de Sucre, de Gaitán, de Santa Cruz, de Sandino, de Tupac Amaru, de los Comuneros del Paraguay, de Zapata, de los negros de Palmares, de Villa, de Mármol, de Morelos, de Jerónimo, de Farabundo, de Fidel, del Che, de Leona Vicario, de Tania, de no pocas damas... y de tantos otros que suman y entretajan las necesidades, las exigencias, los sufrimientos, las ensoñaciones y las banderas sudorosas y ensangrentadas de nuestros pueblos inmortales... Finalmente, ¿qué significa un líder, un conductor, sin las profundas masas populares que lo sostengan? ¿Que le parece un discurso de barricada? Pos sí, parece, ¿y qué? Un descansito, señor, que ya casi le estoy trabajando extra...

(Sí, aquí regreso, compañero Luis, ¿pensabas que ya no te memorizaría en estas platicaderas que no sé por qué les doy continuidad? Pero esto es entre tú y yo, socio. Rememoro ahorita, a dos años casi de tu muerte por cáncer, aquella vez que visitaste la ciudad de México, en años del exilio. Salimos de caminata un sábado por la noche, apenas nos echamos dos o tres cervezas en alguna cantina del centro. Tu objetivo era comprar un par de zapatos de cierto modelo o forma o qué sé yo. Al cabo de vueltas y revueltas por promiscuas zapaterías, encontraste el objeto pedestre del deseo. “Éstos están buenos, mi socio” dijiste, luego de probarlos cuidadosamente y aun de pie sobre el fatigado tapete, ante la mirada casi destruida de la paciente vendedora.

Y compraste otro par igual, de la misma color: café claro. “Oye, ¿por qué dos?” inquirió mi voz debilitada por una charla de incontables horas. “Un par es para mí, el otro es para un amigo medio hermano... calzamos igual” respondiste, mientras iniciabas el ritual del pago. Pensé en tu historia de elevadorista de hotel habanero de escasas estrellas, en los cincuenta; de tus lecturas entre piso y piso, entre un subir y bajar interminable; de tus insaciables estudios de idiomas y de letras; de tu militancia de poeta humanista y comunista “términos que no se oponen, se complementan, chico”;

de tus viajes y aventuras innumerables; de tus libros de ensayo, de poesía, sobre todo el titulado Como quien vuelve de un largo viaje (¡oh Gilgamesh!); de las actividades compartidas en tantos lugares y foros y talleres literarios en Uruguay, en Cuba, en México, en Argentina... Pensé en unas reuniones informales en Montevideo, en las que tuve que fungir de traductor de tu parla super veloz y de asombrosa coherencia. Pero no pensé que hoy pensaría esto, sometido a tu ausencia, “llagado de las telas del corazón”, negando a mi acucioso interrogador lo meramente pensado entre tú y yo, lo sabido y tejido nada más entre tú y yo, como una memoria de veros socios, de verdaderos camaradas de “una sola polémica, de una sola revolución, de una sola patria sin tamaño”, como tú y yo nos enseñamos. ¡Salve, compañero Luis, guardaremos tus días!)

Sí, es jodido para mí recordarle a usted cómo me detuvieron. Pasaron años de años, recién ahorita saco al aire esa historia menor, una de tantas en esos tiempos. Cuesta arrancarle a la memoria profunda los detalles de este asunto, si hasta me da pena ajena... La represión estaba fuerte, estaría peor, sí, pero en los días a que me refiero uno sentía que el anillo de hierro se comprimía. Como que a uno lo vigilaban los mil y un ojos del Gran Hermano. En cierta ocasión, con mi ex segunda esposa íbamos en un autobús hacia nuestro departamento, y mi voz susurrada le dijo: “No bajamos en la próxima... mejor, bajate vos sola, yo sigo...” “¿Por qué...?” “Porque aquel tipo que está sentado justo a la derecha, ¿lo ves?, nos viene cuidando desde que subimos en el centro...” “¡Estás loquito! Para vos, todos son tiras...” “Éste huele a milico de la inteligencia, hasta la forma de mirar...” “Imaginación de poeta, la tuya...” “¡Pucha digo! ¡Bajate de una vez, que estamos en la parada del Hospital Militar...!” “¿Y vos?” “Yo sigo unas cuadras más y luego voy a la casa...” Le cuento, señor, que el tipo sospechoso de tira descendió detrás de mi ex mujer, mezclado con otros pasajeros, y en su lugar se trepó el gordo de la bufanda, ¿se lo mencioné ya? Creo que sí. Estaban haciendo el relevo. Era clarito que algo habían detectado, los cabrones. Abandoné el autobús más adelante, ya dentro del barrio de la Unión, y regresé de a pie, con la insana intención de que el gordo de la bufanda se cansara de la caminata. Le saqué varias cuadras al hijueputa y así lo perdí por el momento. Para ahorrar hálito y humedad de boca, a más de que es feo de recordar, paso a referirle que a veces nos visitaba una parienta de mi ex cónyuge; iba con su marido y el bebé de ambos. Luego empezó a ir sola, y muy como de casualidad se encontraba en mi casa con un poeta y músico que yo conocía más o menos del ambiente literario. Llegaba ella y al

rato caía él, o al revés. Mi ex estaba en el asunto, a pedido de su prima o media prima, pues ella -me enteré después, claro- andaba mal con el marido desde que éste había entrado a laburar en la policía. En fin, era una época en que todos los caminos conducían a la dictadura... El músico-poeta me confesó una tarde en que quedamos solos unos minutos (ambas damas habían ido a comprar bizcochos para acompañar el mate o el té), que estaba perdido por mi parienta política, que el marido era un tipo inculto sin proyecto de vida y que se había metido en la cana porque las neuronas no le daban para mucho más. Bueno... el viento de aquellas épocas se los llevaría a todos de mi existencia, tal vez hasta de la propia. El romance no podía funcionar en aquellas condiciones; supongo que cuando fue interrumpido precisamente a causa de mi detención, ¡oh azaroso destino!, ella lloró mucho y el músico compuso alguna canción de las bien tristes. Resumen: sucede que uno de mis camaradas fue apresado en una redada nocturna. Al esculcarlo con exigencia, los milicos le encontraron una lista manuscrita en papel envejecido: nombres y apellidos, nada más, de escritores y artistas; lista que en realidad correspondía a los gremios o asociaciones de la cultura, pero no contenía ninguna información política. Luego de una golpiza que el detenido aguantó como pudo, uno de los tiras comenzó a gritar los nombres apuntados con letra dispareja y a birrome por si a alguno de sus colegas le sonaban conocidos. En ese momento justito, ¡oh dios azar!, entra en el local de la comisaría el esposo de la medio prima de mi ex segunda esposa. Iba a incorporarse a la guardia o a entregar información, yo qué sé. Y el putazo escucha mi nombre completito. “¡Yo lo conozco a ése! ¡Sé dónde vive, es comunista, lo conocí en la frontera, algo habrá hecho que se vino para acá! ¡Es escritor de versos! ¡Está casado con una prima de mi mujer!” así soltó su perorata delatora. Alguien me lo dijo o yo lo soñé, no importa: toda verdad es sueño. O al vesre...

¿Que cómo me agarraron? Estábamos terminando de comer, eran como las dos o tres de la tarde, una tarde caliente de enero, moscos ardían en el aire. Golpearon a la puerta, varios toques fuertes, arrítmicos, impacientes;

hubo un eco que se estiró por el largo pasillo al que daban otras puertas. Los vecinos de junto nos contaron, pero muchísimo después, que ellos los vieron llegar a los tiras, mejor dicho, los oyeron llegar: “Eran como ocho patas machacando la baldosas... los jinetes del Apocalipsis...” porque eran muy religiosos, no católicos pero sí de una de esas creencias seudo cristianas armagedónicas, bien propias para aquellos momentos. “Perdón, no pudimos avisarles...” “Está bueno, de todos modos no había cómo zafarse...” Mi ex y yo ingerimos el último bocado de carne guisada con arroz, que me quedaba siempre a punto, les abrí para que invadieran el departamento y con mi ex nos preparamos mentalmente para aquel encuentro de dos mundos. Los tiras se dedicaron durante una hora a revisar y violar nuestro ámbito personal en busca de armas nucleares o de exterminio masivo, tal fue su afán inquisidor desarrollado con minucia. Incautaron unos 300 libros y revistas, algunas ropas poco usadas, un dinerito indefenso sobre el buró, un par de artesanías de barro negro de Lota, un íreme cubano, dos cucharas, dos tenedores y dos cucharitas de vera plata heredadas de mi tía Luz... Ah, esa tía, mi madrina. Justamente esa mañana había ido yo a visitarla por vez última al hogar de ancianos adonde fallecería en estado de inocencia tres años después, con sus noventa y cuatro límpidamente cumplidos... Está bien, no me detendré en esos datos, señor. Es que uno tiene hasta derecho de recordar según el propio corazón, ¿o no? Descansemos ahora, plis.

(¡Ja!, a este tío le cuento lo que quiero: la historia es mía en mí, mi historia es más libre que yo... La verdad verdadera es que nos detuvieron en la casa de mis ex suegros, a la hora de la comida, sí, una tarde tempranera de calores acuciantes. El marido de la prima de mi ex mujer tenía esa dirección también; nunca llegó a enterarse de que en mi departamento su güera esposa se veía con el músico-poeta... De casa de ellos, mis ex suegros, nos sacaron a empujones bien medidos y nos incrustaron en una camioneta marca no sé qué, Made in Brazil, sí señor, que habían estacionado nada discretamente en una calle lateral, cerrada y de tránsito ninguno... Fueron cuatro personas las que oyeron los vecinos, salvo que nosotros ya marchábamos con aquellos tiras, pero casi cargados en el aire, con los pies apenas rozando las baldosas del pasillo. O sea, los juntovecinos pensaron que estábamos en el departamento, pero no. ¿Por qué me callo esto, que parece tan banal? Porque la crónica se abriría a otras dimensiones, con otros personajes. Tendría que narrar que mis ex suegros se irían luego a Brasil, que mi ex suegra moriría por infarto la misma noche que nos embarcaron hacia el exilio mexicano, meses después (¡Oh el infatigable dios azar!), un 24 de junio, día de San Juan, fecha de la muerte de Carlitos Gardel por el avionazo doble en Medellín... tendría que decir a lo Neruda “tantas cosas que quiero olvidar...” Porque todo rumbo llevaba a la dictadura y el fascismo nos sembraría por todas partes. Bueno, sigamos con lo vero externo de estas relaciones.)

Sí, tome nota de una situación chistosa: como uno de los libros que los tiras vieron en uno de los no muy grandes libreros adonde se alojaba mi tesoro papelesco, se titulaba *Ikebana o el arte de las flores*, y otro tenía el título de *Comiendo en Hungría*, trabajo a cuatro manos de Asturias y Neruda, les parecieron ambos muy subversivos, tal vez de contenido chino-magyar-terrorista, y así fue que los secuestraron también. Curiosamente, como los volúmenes *Problemas de una revolución continental* de Rodney Arizmendi y *Obras selectas* de Lenin estaban colocados al revés, por mero descuido mío, o sea, con el lomo hacia el interior del librero, se salvaron de la requisita. ¿Que qué hacían con tanto libro capturado?

Se supo que una parte muy considerable de las bibliotecas incautadas, fue depositada primeramente en unos galpones malamente acondicionados. Allí iban los representantes o dueños de las papeleras a adquirir tan valiosa materia prima para la elaboración de papel de baño, sobre todo. Eso dio origen a lo que se llamó “la era de las nalgas ilustradas”. Muchos ejemplares de incontables ediciones nacionales y extranjeras, de muy diversos sellos y en varios idiomas, todavía pueden encontrarse en las ferias barriales como la famosa y popular de la calle Tristán Narvaja, o en librerías de viejo. Vaya uno a enterarse de cómo fueron pasando de la incautación o el secuestro a los circuitos comerciales de menos prestigio. Si hasta me encontré por ahí en los finales de los años 80 y en los 90 con más de un ejemplar de libros de mi autoría que ni yo conservaba.

¿Qué pasó después? De nuestro departamento nos llevaron de ojo vendado y puros insultos provocadores a un local de detención y tortura, que habían improvisado en lo que fuera una casa de burguesía media de los

años 30, y cuya etapa anterior de multiusos había sido la de tintorería o algo así. Es que se producían día con día incontables detenciones, medio al barrer, ya no tan selectivas como al comienzo de la dictadura, y los centros carcelarios se hallaban saturados. Le añado que en Argentina fue distinto, ¿sabía?, agarraban sin motivo alguno a cualquier ciudadana o ciudadano: suplicios, desaparición-muerte; así, hasta unos treinta mil... ¿dónde están? Ah, sí, ocurría que entre los mismos cuerpos de seguridad y de inteligencia se generaban diferencias bastante fuertes, sobre todo cuando moría algún detenido por exceso de maltrato. Por eso, cuando un detenido pasaba de un servicio a otro, había que hacer un trámite burocrático como si se tratara de una vil mercancía: recibo y contra recibo, sellos de la dependencia en hoja membretada, firmas de oficiales, reporte médico, etcétera. Sí, claro, a mi ex y a mí nos separaron apenas arribados al local; yo no la vi hasta muchos días después, aunque la soltaron casi enseguida por dos razones: porque le había bajado de golpe la regla, y porque ya no existía ni un milímetro cuadrado libre en aquel antro. Y una tercera razón, porque no tenía antecedentes y no existía en el universo de los archivos oficiales. O sea, aunque flaco poeta, el pez gordo era yo. “Esto es un quilombo, capitán González: ¡que no traigan más gente! ¡No damos abasto!” “Entonces dé conocimiento a la superioridad, sargento. Estoy de acuerdo, emita un parte que se lo firmo al tiro” una voz tranquila, que yo tendría que escuchar durante un buen rato. “Ah, sugiera que nuestra gente está cansada, que no hay días libres y que así es difícil atender a los subversivos” agregó en un tono similar. “Tonce... se trata de mejorar el servicio...” voz de sargento anónimo. “Sí, claro... Vaya nomás, proceda.”

Esto yo lo escuchaba mientras me aguantaba en el primer plantón, que duró unas 48 horas. ¿Cómo era eso? Pues... a usted lo paraban en medio de un patio al aire abierto, lo hacían girar como a un derviche y luego, desorientado y desnortado y sin referentes, lo dejaban de patas separadas lo más posible y con los brazos en cruz: una especie de Cristo sin madero y sin clavos, apoyado en el suelo de baldosas irregulares. Y allí permanecía

penosamente, hasta que a ellos se les ocurriera hacer algo, por ejemplo, desde atrás o adelante clavarle un patadón en los meros huevos, o meterle un manazo en plena oreja, o colocarle en cada mano un libro pesado -¿la Biblia, el Quijote?- o un trozo grande leña de monte. ¿Para qué los libros y los leños? Para que uno se cansara hasta un dolor como cuchilladas en la espalda, en el cuello, en la cintura, en las piernas, en la planta de los pies. Y nada de bajar o aflojar los brazos. Parece que siempre había alguien cerca para corregir con certera violencia la postura... Una noche los tiras hicieron un asado en el patio, utilizando esos leños. De paso, colgaron de un arbolito y de una cerca de alambre unos palos pequeños y unos papeles encendidos... muy cerca de mi cabeza. Huele feo el pelo quemado, pero la cachucha algo me protegió... ¿Le dije que a veces algún detenido se desmayaba, o tenía alucinaciones, o se meaba o cagaba encima? De pronto una tira o una milica -las mujeres eran terribles, se ensañaban mucho y sin motivo político: era como una revancha contra quién sabe quien-; de pronto, le decía, una mujer de la poli o el ejército te ofrecía de beber. Y a uno, claro, al oír voz femenina, se le ponía blandito el corazón. “Tomá unos tragos, flaquito...” o “A ver, para la sed, m’hijito...” Muy tiernas, sí, pero te daban en un cuenco de plástico una mezcla asquenta de agua y orines colectivos. Hubo quien vomitó, hubo quien rechazó, hubo quien bebió...

Porque uno descubre en hueso propio que si se trata de sobrevivir, pues hay que apelar al cerebro reptílico, a los meros instintos, a la oscura bestia que nos habita. Aguanto, luego existo. Sólo eso. Además, en aquel ámbito perturbado por el ruido indetenible de los gritos, los gemidos, los llantos, las carcajadas, los insultos, los chillidos, la música de salsa en dos o tres radios, las órdenes y contra órdenes, las caídas y los golpazos, acechaban y florecían el delirio y la locura, tanto como la exasperada excitación de cualquier milico o tira que de pronto podía castigar por mero reflejo o desahogo. Si subían los decibeles, aumentaban los suplicios.

Y si puedo volver a pensar, pienso; si puedo. Ahora, un descanso... No,

mejor le acomodo aquí la experiencia de un conocido de Colombia, aquí en México, quien tuvo que pasar por algo bastante similar, por eso me acordé. Su apelativo era Giovanni, y vivía siempre al borde del hambre. Chambas extrañas le caían o las encontraba, desde pasear por Chapultepec perros de lujo todos perfumados hasta vender boletos para espectáculos porno. Como andaba en general por los antros del centro o del sur de la ciudad de México, o papaloteaba próximo a sitios vinculados con consumo y distribución de cocaína y anfetaminas en baja escala, parece que lo tenían fichado los agentes antidrogas. Una noche, me lo refirió el mismo día que se rajaba para Bogotá, cagado de terror y con verba temblorosa, lo subieron a un coche oscuro de buena marca, vidrios tiznados, sin placas. Eran tres sus raptores: uno conducía y los otros se encargaban de madrearlo en el amplio asiento trasero. Lo vendaron casi de inmediato, con los primeros golpes. Al rato, cuando lo bajaron en la entraña enrarecida de un estacionamiento que se hundía hacia algún posible infierno, ni sabía dónde estaba ni menos quién era: la sangre le resbalaba por el cuello de una camisa en jirones colgantes; los pies, sin zapatos, eran dos masas de dedos inflamados a pisotones; la cabeza era un bongó con todos los ritmos y niveles de ruido imaginables; los oídos no registraban con claridad el engarce de las palabras ajenas como una mera conversación; las manos, atadas a la espalda, confirmaban el dolor de los forzados brazos; los riñones crujían de espasmódico sufrimiento. En alguna instancia, luego de caminar tropezándose de continuo por virtud de empujones y zancadillas, lo pararon medio vertical en el centro de una amplísima habitación, un sótano vería más tarde, y lo hicieron girar brutalmente, a él también, en una especie de grotesca danza de derviche derrotado. Él me dijo, señor, que lo tuvieron en pleno acoso de golpes y abusos de fuerza durante varios días; además, comiendo a veces unos frijoles refritos con tortilla seca, tomando de un agua de sospechosa calidad, visitando el repulsivo excusado cada muchas horas, orinándose en la ropa algunas ocasiones. “Oye... uno pierde el pudor, pierde el nombre, pierde lo que apenas pudo reunir como un ser humano...” la voz de Giovanni cuando

su confesión. Como era un joven de unos veinte añitos, y se le veía de piel blanca, cabello claro y ojos casi verdes, y para mejor algo macizo, uno de los gorilas empezó a manotearle las nalgas. “Pidió para el servicio nocturno el cabrón... quería usarme como mujer el hijo de puta, porque a esa hora había menos movimiento...” la voz apenada de Giovanni. Hasta que una medianoche el tira se le acercó y quiso bajarle los pantalones, de apuro no más. Hubo resistencia lógica, entonces se allegó otro cabrón en ayuda del primero y con ánimo de compartir placeres. Sujetaron a Giovanni de rodillas para obligarlo a una felatio; él nada veía por la venda. Sólo sintió en la boca la presión de la dureza de una verga olorosa a meada, y entreabrió los labios en entrega inevitable. Cuando el gordo pene inició su entrada triunfal, Giovanni mordió sólo una vez. El desesperado aullido del agresor desordenó las faenas nocturnas, destripó el sueño de la guardia, caotizó el sitio de detenciones clandestinas, atrajo a los oficiales al mando (Giovanni lo supo luego).

“¡Putra madre! ¡Otra vez con esta joda de las mamadas!” una voz de vera indignación. “¡Estos son los machos más putos que conozco!” la otra voz de mando. “¡Llévense a curar a este pendejo, no se le vaya a caer el chile!” las voces mandonas juntas. “Y a éste, ¡suéltelo, ya! ¡Y que no se aparezca más, porque lo chingamos!” completaron sus órdenes. En fin señor, ¿cómo lo ve? Valía la pena el comentario, ¿no? En toda democracia se cuecen habas...

(No sé bien si entrarle al tema de los interrogatorios, es demasiado personal, y no quiero parecer delante de este señor que estoy llorando o jugando a la pobre víctima indefensa. Uno es lo que apenas puede ser: cordero degollado o lobo degollador, ciudadano castigado y supliciado o milico y juez torturador... No, que no vaya a pensar nadie que soy un relativista radical, oh contradicción. Lo que quiero asentar es que la coyuntura era muy jodida, y uno se adecua como lo dejan. En puridad de verdad, todos los “subversivos” eran héroes o resistentes potenciales, y todos eran cobardes o delatores en potencia. ¿Le comenté a este curioso preguntón aquella añeja frase de que la virtud es solamente falta de oportunidades? No es una postura hipercrítica mamona ni comodina, es que humanos somos, y sólo cayendo en medio de las flamas sabemos cuánto quema el fuego...En fin, creo que mejor le edulcoro las respuestas sobre los interrogatorios que me hicieron, así este tío se calma y me deja pensar en otros temas. Porque esto ya resulta, en definitiva, el cacareado viaje al fondo de uno mismo, a la entretela de la agrietada ánima, al vacío que crece en el mero corazón de los condenados. El asunto es nada menos la pregunta de cómo regresaremos de ese viajecito... Así que “adelante los tambores”, según dijera mi socio Alejandro, el mulato.)

“Che, decime, hijo de tu puta madre, ¿cuántas brigadas eran, o cuántas columnas, o batallones, eh?” la voz ladradora del oficial Azevedo. “¿Brigadas, columnas, batallones... de qué?” mi voz sorprendida y con un poquitín de ronquera. “¡No te hagás el menso, che! Sabemos muy bien que el partido tiene su aparato armado, y que vos... ustedes los letrados formaron una columna entrenada en Moscú: armas cortas y largas, explosivos, además de manejo de propaganda antidemocrática...” insistió el perruno tono con frases más largas. “Disculpe, oficial, pero eso no es cierto. Creo que le informaron equivocadamente...” mi voz en ligero riesgo afirmó. El tal Azevedo, lo supe o adiviné aunque yo no veía ni un pito, se colocó los guanteletes de cuero de res. Sí, se oyó el susurro de los dedos penetrando y ajustándose a los espacios correspondientes. Alguien, otro detenido, me había detallado esta operación que allí casi todos ya conocían. Entonces, encogí el cuello, bajé la cabeza sin humillarme, alcé un poco los hombros, sí, como algunas tortugas. Y llegó el primer manazo, sobre la oreja derecha que, sin embargo, protegida por la misma gruesa venda o cachucha, no resintió demasiado la anunciada agresión. El segundo golpe fue en la oreja izquierda. Los dos zumbidos se hicieron uno solo, y tuve como un bamboleo que me impulsó hacia delante, hasta chocar mi frente contra la tabla de la mesa. ¿No le dije, señor, que estaba sentado? Me habían acomodado ahí, con los dos oficiales delante, ellos también sentados para trabajar con más certeza. Además, yo venía de uno de los plantones en el patio, ¿cuál plantón sería?, y querían parecerse a dos buenas y educadas personas que simplemente cumplían con sus responsabilidades. Si hasta me ofrecieron un vaso con agua y un posible café. Pero como les dije que no, que muchas gracias por la gentileza, eso los dejó algo emputados, se embroncaron, sobre todo el tal Azevedo, siempre en su

papel de malo explícito. El otro, el capitán González, era el “bueno”, el de voz convincente y confianzuda. ¿Qué sucedió después? Hubo unas manos sin guantes que me alzaron la cabeza, mientras un sistema de galaxias luminosas saturaba mis neuronas. Sentado otra vez en la silla crujidora, la voz del capitán González preguntó: “¿Estás bien? Disculpalo a mi colega, pero es que hay mucho laburo y a veces hay que apurarse un poco. La verdad, no entiendo cómo una persona como vos, a tus años, se mete en estos asuntos de la política, con estos subversivos comunistas, ya no sos un pibe... Sí, porque sos un tipo educado, un intelectual, no como la mayoría de estos presos que tenemos aquí, sin un gramo de cerebro... Podrías zafarte de esta situación de inmediato, sólo con decirnos algo de la organización de la intelectualidad, las columnas de escritores, de médicos, de artistas, de cómo obtuvieron las armas... Nadie se va enterar de nada, esto es entre vos yo... También tenés que acordarte de que tuviste un abuelo coronel de caballería, ¿no?, y que en tu familia hay otros que visten uniforme... ¡Qué necesidad, decime, de estar así, tan incómodo y en este lugar de mierda!” Mi voz, semi repuesta: “Le digo, capitán, que no hay ni hubo tales columnas. Todo el mundo sabe que las bases del Partido son las agrupaciones o círculos, y que la línea general la resuelve la dirección...” Empecé a toser de verdad, con lágrimas y mocos. Mi vocecita logró añadir: “Eso viene del partido de nuevo tipo, creado por Lenin... cuando la dirección no existe, cuando el Partido no puede funcionar hacia afuera, las agrupaciones -que son el vínculo con las masas- se retraen, dejan también de existir...” “¡No me digás, poeta, que ahora no hay más Partido Comunista!” la voz descreída y burlona. “¡Claro!... Dígame, capitán: usted que anda en esto, que es especialista, que sabe como ninguno, ¿por dónde ve al Partido? ¿Dónde diablos está?” atreví con voz menos débil. “¡Aquí mismo, putazo!” la voz bestial de Azevedo. Y el tercer manazo me lanzó de punta cabeza al piso. Enseguida y sin pensar me arrollé como gusano, para aguantar mejor la primera patada. Mire, señor, uno puede cuidar los testículos, la cabeza, pero no puede cuidar todo. Dos patadones en la cintura, uno para cada riñón, no sé si zapato de Azevedo o zapato del

capitán, me dejaron sin respirar como un minuto o un milenio. Oí que los cabrones se retiraban, luego de ordenar a alguien que recién aparecía para mis oídos que me llevara a mi sitio, lo que había sido el amplio comedor de aquella residencia burguesa de los años 30. Más de dos manos me arrastraron y me depositaron sin ningún formalismo carcelario en el piso de un parque mugroso y deteriorado. Contra el escritorio metálico, único mueble de aquel ámbito -a más de una silla a unos cuantos metros, en el otro extremo-, ahí mero quedé.

Bueno, señor mío, ¿cómo puedo saber por qué me habían adjudicado ese espacio para mí solo, cuando otras habitaciones y el mismo patio estaban saturadas de gente de plantón o tirada de cualquier modo por los rincones y pasillos? Al cabo de unos días, ¿cuántos?, ya tenía mi cobija y recibía con aceptable regularidad la comida -dos entregas diarias- que mi familia enviaba, pues al ser liberada mi segunda ex esposa, se establecieron determinadas y muy regimentadas modalidades de comunicación. Claro, los alimentos llegaban a mí previo diezmo que cobraban los guardias, quienes los entregaban en horarios irregulares, aunque siempre los recibían a las mismas horas. Todo servido en platos de plástico, en vasos de plástico y en botellas de plástico, con sólo una cuchara de plástico como instrumento operacional. ¿Cómo dice? Sí, por supuesto, en la comida llegaban raviolos, guisados de carne molida, arroz, fideos, papas, nada crudo, todo bien cocido y con mínima grasa. Sí sí, crudo, nada. Le digo que adelgacé bastante, además de la imposibilidad de bañarse, o lavarse los dientes, o cortarse las uñas, o rasurarse. Apenitas si dejaron pasar una toalla, la única que usé en todo ese tiempo, hasta que nos remitieron a la jefatura de policía. La toalla, aunque a veces pude lavarla un poco, quedó con un infame hedor a hiena en brama, o a culo de mono, o a alma de verdugo. ¿El tratamiento, insiste usted? Creo que ya le dije bastante. Y todo aquello en medio de un ruidaje de espanto: gritería, llantos, música de salsa a un volumen impensable: un método que mataba las neuronas, amainando resistencias y coraje... Pero pongo otro ejemplo: a los dos o tres días de aquel interrogatorio, y hubo varios más o

menos por el estilo, entraron de golpe en el comedor unos tiras con el puto de Azevedo adelante. Semi arrastraban a un hombre de unos sesenta años, según vi bastante bien aunque todavía sin lentes; por puro cansancio me había quitado la venda.

¡Y los canallas no se dieron cuenta! De ahí en más, siempre que estuviera en el comedor, nada de venda ni capucha: la guardia pensaría que había autorización especial del capitán González, y así fue. Estando ahí, miraba y veía. Al salir, era otro asunto. Ah, sí, sigo: el tipo estaba sólo de pantalón y camisa de tela clara, descalzo de un pie y con sólo un calcetín en el otro. Lo sentaron a güevo en una silla de frágiles maderas. Uno de los cabrones se le puso detrás y empezó a jalarle los pelos, que no eran muchos. Con la cabeza así forzada, con los brazos atados a la espalda y de piernas abiertas, era un blanco que ningún verdugo querría desperdiciar. Entonces, Azevedo pegó primero: llevaba sus guanteletes de piel de res, que producían con cada golpe un ruido para mí conocido pero siempre inédito, como de un elefante con pedorrea. Se turnaban para castigar. Había sangre en la camisa, en la cara, en el cráneo indefenso. “¡Sueltenlo al hijueputa!” el vozarrón del oficial. Lo soltaron sí, empujándolo con todo y silla. Ese golpazo acabó con sus gritos y gimoteos. Desmayado lo abandonaron por unas horas. Luego entró un milico, venía con una especie de médico. “¿Qué le hicieron? Tiene un brazo roto, fractura descubierta, conmoción cerebral... Hay que internarlo de apuro en el Hospital Militar...” la voz profesional del doctor. “Pero... la orden tienen que darla los encargados, los que están al mando. Y ahora no se hallan de servicio...” la voz sumisa del milico. “Entonces, ellos serán los responsables frente a los de arriba. ¡Que no vayan a cargarme a mí este mochuelo! Yo hago mi laburo, que ellos se ocupen del suyo...” Luego de unos momentos: “Déles este parte médico que ahora le extiendo, y aquí me firma que recibió el documento.” “Sí señor doctor...” La respuesta, breve y sin más: “Teniente coronel, soldado; teniente coronel...”

En fin de fines, déme una descansada. Cuando uno recuerda cosas así,

no es que el dolor vuelva: estaba esperando con el hocico en la superficie del
ánima, para dar un brinco de bestia colmilluda siempre con hambre y con
sed.

(¡Putá madre! ¿Por qué no puede haber recuerdos solitarios, desligados de otros, solitos, autárquicos? ¿Por qué ahorita recuerdo lo visto en el Paraguay, en Asunción, hace un chingadal de años? La respuesta sería obvia por la cercanía temática, pero insisto en que cada rememorización conlleva lo suyo muy propio, lo intransferible, lo que la define como instancia única e irrepetible, como una gota de agua que tiene su propia propuesta de lluvia... Sí, pero no sé si esto se lo diré al preguntador; fue en Asunción, bien caliente aquel mes de mayo. Yo venía de unas fracasadas y modestas vacaciones en Brasil, por las cataratas de Foz do Iguazú. Una infección en las tripas, por alimentos en mal estado, que afectó a varios huéspedes de un hotel brasileño de quinto mundo, no sólo impidió un posible romance con una bella moza de Belo Horizonte, sino que me obligó a regresar a Asunción, pues allí no había ni médicos ni medicamentos. Además, a las ocho de la noche se cortaba la energía eléctrica, y llegar a un baño en aquellas condiciones era tarea sólo para los personajes del ensayo sobre la ceguera del amigo Saramago... Hice una rápida amistad, entre diarrea y diarrea, con una joven pareja que estaba de luna de miel en aquel poco estimulante alojamiento. Ella, paraguaya; él, brasileño. Cuando, ya exhausto y deshidratado decidí regresar a Asunción, porque no hay musa o moza de Belo Horizonte que atienda a un poeta en esas coyunturas, la joven guaraní me entregó un sobre con una misiva para su hermano, de bastantes más años que ella, me dijo como único dato. "Se la entrego apenas llegue... El avión sale mañana temprano" esto lo agregué para ver cómo reaccionaba la presunta y presente musa. Ésta se acercó, me dio un beso en cada mejilla, añadió "Boa noite..." y se alejó para el resto de mi vida, aunque luego mantuvimos correspondencia durante varios años. En fin, quedé tan perturbado y con nuevos arrebatos intestinales, que

sólo me fijé en la dirección del sobre al otro día, al instalarme en una especie de pensión familiar, cuarto con vista a un patio tropical, con sus loros sueltos y abundantes hamacas. Los datos del sobre indicaban: para el Comandante Fulano Equis, Cuartel (¿o Cárcel?) Central de la Policía, calle Tal y tal, Asunción. La exclamación “¡Coño!” no fue expelida, maguer yo usaba otras similares. Preguntando, pues, me allegué con dificultad hasta aquel recinto. El tremendo edificio con sus murallas y torretas, con su tremendo portón bien cerrado, con una puerta al lado del portón, con un timbre muy sonoro, con guardias ausentes. Minutos pasaron. Alguien abrió y preguntó: “¿Qué quiere?” voz nasal. “Buenas tardes, traigo un sobre para el comandante Fulano Equis, de parte de su hermana Anahí.” “Ah, bueno, pase usted... señor...” una voz lastimada por la duda. Entré en la semi penumbra hirviente, luego me condujeron sin prisa a través de otras habitaciones como oficinas o depósitos, a saber. Finalmente, me indicaron un sillón poco amable frente a un escritorio de madera colorada; había otro sillón de alto respaldar; no había bibliotecas, ni cuadros colgando de las roídas paredes; había dos grandes ventiladores que ahuyentaban sin mucho resultado a diversas especies de insectos volátiles y ligeramente agresivos. El calor no cedía, como una sopa gruesa que se niega a que la penetren las cucharas. Al rato surgió el comandante, un hombre en uniforme con la camisa verde arremangada, muy sudado de todas sus partes visibles, lentes oscuros delante de ojos de negror indescifrable, panza en cuarto creciente, cinturón flojo, botas cortas, brazos de fuerza incuestionable. “Así que carta de mi hermanita Anahí...” una voz nasalizada, casi cantarina. “Sí señor, pues aquí la traje, con todo gusto...” y quedé a la espera mientras el comandante disecionaba el sobre y le echaba un ojo veloz a las letras de su hermana. Yo me había puesto de pie, él era algo más bajo, pero no me pareció prudente mirarlo desde arriba, por lo que doblé un poco las rodillas y quedamos a la par. “Así que ella está pasando bien... feliz, quiero decir...” entrehabló el comandante. “Pues sí, señor... feliz” medio respondí con tonos de ingenuidad. “Usted... ¿de dónde es? ¿Argentino?” inquirió tal vez por mera deformación profesional. “No, señor, de Uruguay,

montevideano... estoy de vacaciones...” con más ingenuidad. Y en ese puto momento empezó la gritería, el aulladero, el chillidero, “no por favor” “basta karai” “no che kyvy” “ya está ha’evéma”, o algo parecido, como dos minutos o más. O fue sólo un minuto, o fueron sólo treinta segundos. Mucho tiempo para estar ahí los dos parados, sin ofrecimiento siquiera de un vaso con agua, o un miserable refresco de cola, o un tereré. El comandante transpiró una porción más, goterones de turbias espumas. “Señor... le agradezco su atención, pero tengo que atender mis deberes, como puede comprender, ni servicio ni trabajo ni responsabilidades faltan...” y me alcanzó su manaza diestra: en el dorso, como pequeños insectos circunstanciales, vi algunos coágulos de sangre que el sudor no había disuelto totalmente, o que agua y jabón no habían espantado; también en las uñas firmes, no muy largas. Apreté aquella mano con prudente energía, como quien enfrenta al Maligno, saludándolo con un asco bien consciente. “Buenas tardes, comandante, que tenga una labor fructífera...” y apunté con mis nerviosos pies hacia la puerta. “En eso estamos: trabajando para la patria. ¡Asistente! ¡Acompañe al señor!” y se retiró de mis ojos para toda la eternidad, que así sea. Pero hay que entrarle de nuevo a la entrevista... ¿Para qué y por qué uno tiene que recordar todas estas cosas? ¿Memoria de quién o quiénes somos?)

Sí mi señor, no todo era rutina no más. Sucedían asuntos que aún me sorprenden. Una noche alguien se escapó, de Ripley fue el asunto. Se trataba de un detenido que llevaba como dos días y medio de plantón, nada de agua, nada de ir al baño, nada de nada. Parece que no era de la capital, nadie sabía nada de él, ni “subversivos” ni represores, pero igualmente lo habían cachado en razón de una denuncia, parece que de una ex novia. Bueno, sucede que el hombre -medio macizo y perniabierto, de cabeza gacha y portador de una enorme venda bien mugrosa hecha con un calzoncillo y un calcetín- resultó aguantador para las golpizas. Le dieron duro y disparejo; señales rojas habían quedado en su camiseta y en los pantalones de mezclilla. Pero siempre con su voz en silencio, aunque llorara, seguro, para los adentros del ánimo. En fin, este tipo era rozado por mí cuando me correspondía ir a orinar o defecar, pues estaba parado en el pasillo que conducía al cuarto de aseo. Hasta le susurré algún mensaje entresalivado pero ni parecía escuchar. Súbitamente, una noche, le decía, gigantescos gritos despertaron a los dormidos, espantaron a los despiertos y estremecieron a los semi dormidos y a los semi despiertos. “¡Falta uno, che! ¡Falta uno!” la voz angustiada de un milico. Era una corretiza terrible, los tiras y los soldados o los polis semejaban autitos chocones. Sucedió que el guardia que cambiaba de turno había bajado del ático, sitio de aplicación de la picana eléctrica, y casi saliendo al patio exterior a echar una meada, se cruzó brevemente con su sustituto. Hubo las frases de “Sin novedá, che... pues aquí no pasa nada” y “Ta bien, mejor. Este lugar es tranquilo... en la Marina es otro negocio, dicen...” Sólo eso platicaron, hubo oídos que oyeron. En ese tris fue que el detenido que antes describí, amputándose la antiestética venda de dos tirones, se largó por la escalera del ático en busca del cielo. Supimos luego que apenas logró pasar su

cuerpo por el único ventanuco que daba a un terreno baldío, lleno de escombros y basuras orgánicas. Eran varios metros hasta abajo, pero se lanzó igual como Altazor o Ícaro redivivos, o el ángel que luego se hizo diablo... Con él nos encontramos tiempales después, en la embajada de México y aquí mismo, en Chilangotitlán.

Nos dijo que fue un golpetazo de película, que cayó de cualquier manera y que no se rompió nada. Lastimaduras, claro, raspaduras, tajos, sangre sobre sangre, moretones, vidrios clavados en la espalda, un zapato perdido en la sombra, pero salió de volada ayudado por una buena producción de adrenalina. Además, llovía bastante, lluvia veraniega apenas fría. Se perdió por calles de arrabal que ni conocía, pues dijimos que no era montevideano ni en la ciudad vivía. Nunca supe, nunca me contó, y le digo en serio, señor, cómo hizo para meterse semanas después en la embajada. Yo siempre supongo, ¿ya se lo comenté?, que en tales casos al héroe siempre alguien lo ayuda, y siempre pienso en una mujer...

Ah, otro ejemplo. ¡Mire que usted es acucioso! Una mañana bien tempranera se escucharon palabras de alarma en el patio interior, un patio cubierto con alta claraboya corrediza de gruesos vidrios y un toldo en pedacitos. En aquel patio dormía un chingo de gente, en el piso, sobre mantas y colchonetas. “¡Despertate, loco! ¿Qué te pasa, che?” una voz desconocida. Otra voz no reconocible para mí: “¿No se habrá tomado las pastillas?” Voz tercera: “Capaz que sí, yo vi el frasquito, creo que era valium...” Voz más tranquila: “Ah, de eso no muere nadie...” Voz alerta todavía: “¿Y si se las echó todas? ¿Cuántas trae un frasco de esos?” Voz dubitativa: “No sé, como unas veinte o treinta...” Dos voces: “¡Entonces, se jodió la cosa!” Voz de Azevedo: “¿Qué carajo pasa ahí, hijos de la puta madre que los parió a todos juntos?” Voces silenciosas. Una de ellas resurgió: “Oficial, parece que el Manuel se echó unas pastillas para dormir... y no se despierta con nada...” Voz ofendida: “¡Qué maricón! ¡Despiértenlo que se va de cabeza al submarino! ¡Bien despierto va a quedar!” Y luego luego:

“¿Quién recibió la comida de este hijueputa? ¡Cómo es posible que se le pasara un frasco de pastillas sin autorización! ¡A ver, sargento Pérez, me investiga eso ahora, ya, al tiro!” La voz tonante respiró y expiró: “¿Qué se creen, botijas, que esto es un hotel?” ¿Que cuánto tiempo estuvo así, dormidito? Si incluimos las horas de la noche anterior, desde las veinte, hasta que acordó, estuvo como dieciséis o más. El médico lo examinó como al mediodía, dijo su voz: “Para qué hacerle lavado de estómago, está hecho una piedra. Capitán González, mejor lo deja dormir, pero que no se vaya a ahogar por mala posición, o un vómito...” Y en un aparte que yo escuché, pues la plática fue en el pasillo, adonde daba la puerta del comedor, sugirió: “Este tipo tiene ciertos problemas cardiacos, arritmias, hágale sólo plantones cortos, ni se le ocurra el submarino o la picana. Además, según creo no estará aquí muchos días más.” La voz serena de González: “Sí, mi teniente coronel. Es lo aconsejable, aunque a mí me gustaría arrancarle las pelotas a este viejo comunista...” Voz aprobatoria, casi paternal: “Sí, lo entiendo, yo haría lo mismo. Pero suele ser mejor no mezclar el deber con las cuestiones emocionales. ¡Buenas tardes, capitán!” Voz livianamente desencantada: “¡Buenas tardes, mi teniente coronel...!”

Sí, le digo que sucedían cosas insólitas. A unos días de salir de ese local maldito, un tira joven, con pinta de estudiante clasemediero pobretón, entró de golpe en el comedor. Yo estaba sentado sobre el escritorio de metal, que era mi reino. El muchacho me lanzó un libro que logré pescar por mero reflejo de basquetbolista de otras épocas. “¿Sabés leer, comunista maricón? Tomá, para que te entretengas” una voz con ronquera tabacal. Salió de inmediato, buscando un efecto teatral. Abrí el libro por la página legal: el título era *Juan raro* (“Odd John”, si rememoro correctamente), versión al español de un traductor de nombre borrado, ediciones Minotauro, Buenos Aires, el año se lo debo. En la primera página en blanco estaba mi firma... Era uno de los tantos libros robados cuando nuestra detención. Lo leí entre el resto del dudoso claror de ese día y la mañana siguiente. El silencio de las palabras pudo más que el horroroso ruido cotidiano. En realidad, el raro ahí

era yo, el raro era cada uno de nosotros: el preso, el torturado, el poli, el tira, el médico, el milico, la mujer violada, el verdugo... Raro era el país total en un cosmos latinoamericano enrarecido por la brutalidad y la corrupción globalizadas. Sí señor, ya sé: que no le eche mensajes ideológicos...
¿Descansito? Luego hablamos un poco de mi familia, como me pidió antes, un poco...

(De mi gente de sangre y más cercana, ¿por qué debo hablarle a este tío? Como a mi ex se le permitía llevarme la comida elaborada a varias manos familiares y con el aporte de varios bolsillos, porque hubo en general mucha solidaridad con los detenidos, yo podía detectar más o menos quiénes participaban con su ayuda. En lo culinario, mi madre, mi suegra en esos días, mi tía más vieja y aun mi ex primera esposa, se turnaban para cocinar, así que yo las podía reconocer por su estilo. Las milanesas que hacía mi madre y el salpicón de gallina de mi tía no tenían equivalente en el estuario llamado río de la Plata; los rollos de carne (o niños envueltos) de mi ex suegra y la feijoada con carne de puerco, arroz blanco y naranja de mi ex primera lograban efectos de irrepetido e insondable sabor en todo el Cono Sur. Uno se explica entonces el por qué del diezmo que la guardia se adjudicaba, además de sus menguadas raciones diarias. El hecho es que, por encima de cuestiones irrelevantes para esta crónica y ciertas diferencias que la coyuntura había desatado, hubo un acuerdo tácito y explícito de reunir fuerzas para echarse una mano entre todo mundo. Así sea siempre. Hay que unir lo que el fascismo separa. Pero vuelvo a las respuestas...)

Eso fue lo que sucedió con la atención que las familias entregaban a los detenidos, siempre y cuando pudieran localizarlos previamente. ¡Cuántas madres, novias, hermanas, tías y abuelitas anduvieron a toda hora durante siglos por cuarteles, juzgados militares y delegaciones de policía en búsquedas angustiosas y bajo trato de insolencias, brutalidades y desprecio! Las mismas mujeres de toda edad que luego harían las colas infinitas como la Cabellera de Berenice para las brevísimas visitas o la entrega de ropas, jabón, remedios, alimentos... Durante años, señor, durante años y años por todas las prisiones del país. Sucedió que una mujer que hacía cola para ver a su marido o a su padre, por ejemplo, en su momento también había estado detenida, y los que habían hecho la cola para verla eran los que ahora estaban en cana... Sólo le diré que mi familia estuvo a la altura de la situación, más allá de diferencias ideológicas o afectivas. Mi madre era de ideas conservadoras, del Partido Colorado, idealizaba a nuestro país, y discrepaba obviamente con las posturas mías, pero las respetaba... hasta cierto punto, porque a veces discutíamos duramente. (Mi padre, ¿ya se lo dije?, era asimismo un demócrata conservador del Partido Nacional, que falleció unos quince años antes del golpe de Estado.) Ella era cristiana, en la niñez me había enseñado a rezar el Padrenuestro, pero rechazaba a la Iglesia y apostaba por el laicismo en la enseñanza. “¡Sólo Cristo, él solito!” repetía sin fanatismo cuando del tema religioso se trataba, un Cristo que casi se disolvería en las oscuridades de la dictadura. ¿Por qué? Porque una parienta suya, viuda de general retirado y ex comandante en jefe del Ejército, le fue introduciendo en las neuronas, de modo sutil y afinado, ciertas concepciones socio-políticas de las que ella no tenía nítida conciencia. En verdad le comunico... que había un grupo en nuestra familia de clara orientación fascistoide. Eran pocos, pero eran.

Un ejemplo sería éste, señor, el de mi madre, de cómo la ideología neofascista fue impregnando a la sociedad, sobre todo por el trabajo diario de los medios de comunicación de masas, como percibimos ahorita en México con mayor limpidez que en otros momentos. Y el miedo, el miedo siempre. ¿Cómo? Claro, pese a nuestras discrepancias, mi madre fue muy solidaria, lo era con todo mundo. Viviendo yo en el exilio, vino a México en varias ocasiones; la verdad, quedó como enamorada de todo lo que era o parecía mexicano. ¿Cuándo? Ella falleció en el 90, dejó de respirar estando dormida, bajo el signo de Piscis, igual que Carlitos Marx. Pese a su inteligencia y a las dificultades de vida que aguantó y superó durante décadas; pese a su insólita entereza para pelear contra las limitaciones económicas y las desgarraduras de familia, nunca pudo entender los veloces cambios que se daban en el país y en el mundo. La nación se desangraba a causa del fascismo y del exilio, y ella operaba su mente con base en una herencia de idealizaciones cristalizadas: “Como el Uruguay no hay”, “¡Uruguayos campeones de América y del mundo!” y cosas por el estilo. La añeja estabilidad de la mesocracia había desaparecido décadas atrás, pero ella nunca lo percibió o, por temor, no quiso comprenderlo. Lo esencial que en mí quedó de ella no puede ni debe ser tratado aquí, en esta simple entrevista... Ah, sí, tuve una hermana, unos años mayor: es una historia cuyas tristezas finales agrisan el sol de unos cuantos momentos de la infancia y la adolescencia. Le digo sólo que, ya viuda y madre sin hijos, murió en estado de confusa soledad y enajenado abandono. Su muerte semejó también, simbólicamente, la decadencia y la caída de los sectores medios no apercibidos para las grandes transformaciones que se daban en una nación cada vez menos europea y cada vez más enraizada en los destinos del continente. O sea, el ombliguismo de herencia cultural francesa, la autosatisfacción de haber sido un país distinto de los de América Latina, ¿ya hablamos de eso?, sin indios, con poquitos negros y muchos descendientes de europeos, a más de los experimentos socialdemócratas de José Batlle y Ordóñez de hace cien años, se caían en fragmentos imposibles de reordenar

nuevamente. En la biblioteca de la familia una vez encontré un libro titulado *Uruguay, tibia Arcadia*. ¡Un título bucólico para un país en el que nunca se resolvió con justicia el problema de la distribución de la tierra! ¡Como si en el campo no hubiera aquellos amontonamientos de pobreza llamados “pueblos de ratas”! Así nos educaron, como si la propuesta de José Artigas en 1815, con su reglamento de tierras, hubiera existido sólo para ratificar la idealización de nuestra historia... ¡presente!

Ah, disculpe por lo de estos mensajes, pero son como una autorreflexión, ¿sabe? Hablar es también pensarse muy para los adentros del ánimo, ¿no cree eso? Sí, debo volver a mi hermana por un instante. Ella se aterrorizó a causa de mi detención, y el principio de alteraciones psíquicas que ya padecía se precipitó de forma súbita. Si bien se marchó con su esposo a Italia por un tiempo, en las telas de su ánimo ya había penetrado un miedo oscuro, espeso; que luego sería el horror a la muerte de todos los seres y las cosas... Ya ve, señor, cómo el fascismo invade con su negror indescifrable desde los espíritus limpios y alegres hasta las ánimas ya predisuestas para el viaje a las tinieblas de la insanía... ¿Cómo, quiere otro ejemplo de singularidad? Bueno, está el del mozo detenido, militante de las juventudes comunistas, que fue soslayado totalmente por su familia, hasta por la novia, cuando cayó en cana. El padre era militar en retiro, creo que coronel, y sólo lo visitó una vez. Supe que le dijo, pues el mismo muchacho me lo contó entre cortantes lágrimas: “¡Sos la vergüenza de nuestra familia! ¡Traicionaste a nuestras instituciones, a la democracia, a la patria de tus mayores! ¡Merecés muy bien estar metido en este mierdero con tus cómplices subversivos! ¡Olvidate de nosotros, de tu madre, de tu novia, de tu apellido!” No digo aquí su nombre. Nos encontramos dos lustros después, a mi vuelta del exilio. Era ya un hombre entero, repuesto de cuatro o seis años de cárcel en el penal de Libertad, sin mayores problemas de salud, firme en sus ideas juveniles, alejado para siempre de sus padres, de su ex novia, de todo un mundo que rechazaba más que nunca. Pudo terminar su carrera de letras y daba clases en modestos colegios particulares. “Soy como Fidel: ¡marxista leninista hasta

el último día de mi vida.” su voz sin lágrimas me lanzó aquella cifra o consigna personal...

Sí, claro que sí, señor: hubo mucha gente que no aflojó jamás. Si todos aflojaran, ¿quién hará la historia grande, la verdadera historia de los pueblos? ¿Y quién la va a escribir, dígame? Ahora le solicito vacaciones por un par de días. ¿Sabe?, necesito ordenar las declaraciones que usted está registrando, porque siento que me pierdo en medio de mi verborrea. Y le confieso asimismo que sus preguntas de usted tienen mucha punta, aunque parezcan deshilvanadas y hasta torpes o fuera de sitio. Disculpe la sinceridad, pero uno es como es. Como el alacrán del cuento, que la ranita transportaba en el lomo para cruzar el charco... ¿Que qué hizo el pinche alacrán? Pues le clavó el aguijón y se murieron los dos. “Es que no puedo con mi naturaleza” se disculpó el bicho, ya ahogándose. ¡Señor mío! ¡No me diga que no conocía este estúpido cuento! ¿Está de acuerdo entonces? Gracias, gracias... ¿Cómo? Ni usted tampoco puede con su naturaleza...

(Estos dos días se fueron bien de volada. Pero me da mucho trabajo ordenar tanto palabrerío. Es que el tiempo de uno no es en lo exacto el tiempo de la propia memoria, y menos el de la Historia. ¿Cuántos tiempos vivimos al mismo tiempo? Y las fechas, ¿no serán las señales para seguir un rumbo equivocado, un camino inseguro, un sendero de multiplicadas opciones? ¿Quién inventó las jodidas fechas? En fin, ¡qué de vulgaridades estoy metiendo aquí! Pero, ¿quién está escribiendo esta crónica? ¿El preguntador o el declarante? ¿Es un trabajo a cuatro manos, a dos voces, a cuántas manos, a cuántas voces? Si el pinche libro se publica, los lectores dirán... si es que hay lectores. Pero... quien lee, ¿escucha y se escucha también? Dejo aquí el asunto, no sea que me acusen de pensador posmoderno que sigue todas esas mamadas de que el cuerpo escribe y de que la escritura me escribe y de que el autor no existe, etcétera. Pero, que estas crónicas son colectivas, son. Como buenas hijas bastardas de la realidad histórica, por un lado, y como memorizadas invenciones, por otro. Ya estuvo bueno, volvamos hoy mismo con el señor entrevistador, una especie de señorito que no quiere mancharse con lo que está ayudando precisamente a salir del fondo mugroso de nuestras transitorias existencias. Veamos con qué preguntitas se suelta ahora. Pero quiero primeramente sacarlo de onda...)

Ah, señor, antes de su pregunta inicial de hoy quiero traer a estas declaraciones una experiencia que tuve, décadas ha, en Asunción del Paraguay, ¿me permite? Sí, creo que se puede conectar de alguna manera con nuestro trabajo. Sí, seré breve: con ocasión de un complejo viaje a esa ciudad, medio mal de salud andaba yo, me alojé en una especie de pensión familiar, muy modesta y algo separada del centro. Descansé un día o dos, y una tarde llena de moscas de fuego, ¡bella metáfora de haikú!, salí a que me diera un poco de otros aires. Caminé mucho, las calles estaban inquietecidas, sin coches ni camiones ni bicicletas ni carros tirados por caballos o mulas; nadie, sólo sombras de perros apenas se movían en los portales, sólo sombras de pájaros agobiados pendían de algunos árboles. Llegué de pronto a la plaza principal, adonde se levantaba una catedral nada exuberante, con sus campanas muertas y sus puertas selladas. Escuché voces sueltas en veloz, enérgico y cantado guaraní. Tres o cuatro soldados en ropas de fajina lanzaban cubetazos de agua contra la banqueta, a un costado del templo. Otros tres o cuatro barrían hacia la calle, con enormes escobas de esparto o paja brava, aquellas aguas saturadas de sangre...

¿Sangre de quién o quiénes, me pregunta? Según averigüé luego, por boca de una bella vendedora de ñandutí, ese primero de mayo hubo una pequeña manifestación de obreros de la construcción y de otros oficios, hasta había algunos maestros. Lanzaron sus consignas contra la dictadura, repartieron volantes por más libertades y mejor salario, pero antes de disolverse los alcanzó la represión. La voz inaudible de la vendedora: “Siempre hay algún *mombe’uha*...” “¿Cómo?” “Un soplón...” “Ah, un delator...” “Sí, y por eso hay *tuguyky*...” “¿Qué eso?” “Sangre, mucha

sangre...” La *kuñataí* se arriesgó al decirme esto en los días siguientes a la matazón, pues en esa zona céntrica husmeaban cada rincón los elementos de la seguridad. Al terminar su relación, lloró con las lágrimas más secas y quemantes que percibí nunca, hasta ahorita que las percibo en mi recordar. Como cada ser humano estaba sujeto a vigilancia, y yo tenía notoria pinta de modesto turista o de paraguayo atípico, me incliné para admirar las piezas de finísima labor textil que vendía la muchacha. Le compré dos bellísimos pañuelos para obsequio especial y como justificación de nuestro acelerado diálogo. Su rostro está en mis neuronas, no sólo por su especial belleza, sino por el sufrimiento secreto que me comunicaba. La dueña de la pensión donde me alojaba resultó tía de María de Lourdes, la inolvidable vendedora de ñandutí. Ella me contó, cuando le comenté lo que había visto en la plaza central, que un hermano de la muchacha estuvo entre los asesinados de ese primero de mayo...

Gracias por dejarme el espacio de esta declaración; era algo atorado que tenía que salir... Son como ínfimos homenajes que uno debe hacer a aquellos que, a costo de sangre, son fieles a su propia utopía libertaria, que es también una utopía compartida, y en esa utopía aún me reconozco...

(¿Con qué seguiremos ahora? Es que me hago muchas bolas con tantas interrupciones: las de él, las mías, las de las voces que uno va escuchando: una torre de Babel del tamaño de la memoria oscura, la que no perdona cada recordación. Sospecho que el preguntador preguntará por la salida hacia la jefatura de policía, una de las marchas que hicimos en aquellos tiempos... como preparando la gran marcha del exilio... Lo que sí no le voy a decir, no, es que en la improvisada celda nuestra de la jefatura nos acompañó unos cuantos días un preso común, un pseudo delincuente de cuello blanco -pseudo por delincuente menor o aspirante a mayor-, un transa de medio pelo, activista del Partido Colorado, que había realizado hediondas y mezquinas maniobras con divisas en una casa cambiaria. El tipo, un gordito babosiento y quejoso, no cesaba de repetir a cada segundo una frase como “¡Qué horrible es estar preso!, ¿verdad, muchachos?”, “¡Esto no hay quien lo aguante!”, “¡Cómo me jodieron, si ustedes supieran!”, “¡La denuncia de un amigo!” Y a quién les decía estas babosadas... Lo poco creíble es que el ojete se llamaba ¡México Mendizábal! ¿Cuánta gente se llama así, México, en este mundo? El hijueputa fue como un adelanto histórico, anunciaba algo que no imaginábamos, obviamente, en tales momentos. Por eso no se lo digo al entrevistador: ¡cómo chingaos va a entender este efecto de prolepsis donde el azar nos estaba colocando! ¡Y el azar escribe al azar, pero qué escritor bien creativo es el cabrón!)

¿Que cuándo marchamos a la jefatura? Al cabo de unas semanas, o de varios siglos, creo que ya le dije. En lo exacto, no era posible saberlo. Además, ¿qué carajo importaba? Estar adentro es eso, estar adentro. Nos llevaron como de apuro una madrugada, eran las cuatro. Lo supimos por los campanazos de alguna iglesia solitaria en medio de la llugarada veraniega. Porque en el Sur llueve, seguro, en cualquier momento del año. Los detenidos que fueron avisados tarde, seguramente a propósito, no pudieron recoger tan a las apuradas todos sus mínimos bienes materiales; por allá quedaron camisetas a medio usar, un calcetín solo, dos zapatillas desorientadas, unos pantalones de mezclilla indignamente cagados, trapos semi húmedos, una toalla sin iniciales de propiedad, algún plato de plástico y su cuchara ociosa, un vaso mordido menos por sed que por angustia, un calzón de femenina estructura, papeles de periódicos antiguos, unos dientes postizos... Eso vi y/o adiviné, da igual. Éramos más de doce y menos de quince, y nos acomodaron a fuerza en el vehículo de placas brasileñas que nos esperaba frente a la salida, sólo debíamos cruzar al tiro la acera o vereda o banqueta. ¿Las placas de la camioneta? Las vichó un compañero que tenía la venda corrida. Sí, así es: la vieja y azarosa fatalidad te pone ojos a favor o te los pone en contra, pero de ciega no tiene nada. Se hace la ciega para chingarse a los incautos humanoides, como el muso del amor que, culoncito y todo, todas se las sabe el cabrón.

La jefatura de policía, un edificio inaugurado en 1940, de muros dobles de hormigón armado y buen ladrillo y con un sistema de triple cerramiento, timbres en las celdas, etcétera. En toda aquella “suntuosidad y belleza arquitectónica que se yergue arrogante”, funcionaban diversas oficinas,

enfermerías, administración, archivos, salas especiales de todo tipo, centros de torturería, puntos de fichaje, calabozos de aislamiento, baños con ducha, hileras de excusados, patios y patiecitos, corredores estrechos, pasillos asfixiantes, elevadores, escaleras... En fin, nos instalaron en lo que había sido una sala de “manyamiento”, en realidad, dos pequeñas habitaciones en medio de las que hubo, cierto tiempo atrás, una divisoria de cristal: de un lado desfilaban los presuntos delincuentes y del otro contemplaban el sórdido carnaval los funcionarios, los informantes, los testigos, los ofendidos y los soplones. ¿Cómo era aquello? Del lado de los detenidos, era un espejo; del otro, era un cristal de común transparencia pero más grueso y tal vez antibala. Dos láminas en una, pues, con distintas funciones. Como en la serie televisiva inglesa *El despertar de un asesino*, ¿no me diga que no la ha visto?

¿Que por qué nos encajonaron en ese sitio? Porque la jefatura, a pesar de su tamaño exagerado, estaba saturada de gente detenida. Hubo presos como el general Seregni que ahí pasaron mucho tiempo; o el Rodney Arizmendi, el mero mero del Partido Comunista, que también fue visitante distinguido; y a otros, quién sabe en qué antros subterráneos los tenían. Las celdas individuales ya no lo eran, salvo excepción, pues metían en ellas dos o tres presos. “Hacíamos turno para respirar” bromeó uno cuando lo soltaron, allá por el 84. Pero los cabrones polis calculaban bien quiénes con quiénes, para no mezclar demasiado la mercancía. Había tupamaros y de otras tendencias de la ultraizquierda de paso a otras cárceles, o que estaban por salir luego de condenas cumplidas, o en algún caso por la presión internacional; había presos por actividad sindical, pues la central única de trabajadores, ya le dije, estaba prohibida; había recién llegados cuyo destino dependía de algún juez militar... A propósito, ¿sabía, señor, que un juez podía condenar sólo por pura convicción aun sin prueba alguna? Casi se le podía llamar “la ley del capricho”, ¿no? Hubo muchos casos así. ¿O ahora los yanquis no hacen lo mismo pero peor? Parece que los milicos uruguayos fascistas en eso al menos se adelantaron al Imperio... ¿Lindo mérito vanguardista, no?

También por esos tiempos, parece que el Ejército envió expertos en tortura como asesores a El Salvador, igual que hicieron las fuerzas armadas de Israel y posiblemente de Argentina. Sólo faltó que organizaran concursos internacionales de torturería. También la tortura es una sola... Ah, ¿le comenté que en Brasil los milicos fachos aplicaban un suplicio llamado “pau de arara”, que consiste en colgar de un palo horizontal al detenido, con pies y manos amarradas y cabeza desgajándose cerca del suelo? ¿Que qué es eso de “arara”? Es un ave colorida y coluda, de pico fuerte y curvo que vive en bandadas y en diversos lugares del continente, familia de los psitacídeos... Puede usted imaginar a ese pájaro acomodado en su rama: así, la tortura recurre a la metáfora...

¿Qué onda con la higiene personal, dice usted? Sí, aquello estaba muy promiscuo, pero el preso de conciencia no es el preso común, no es el delincuente social organizado o el espontáneo o el que trabaja por su cuenta. Aquí como allá, depende a qué organización pertenezca y en que rubro labura o chamea; si actúa de solaina... digo, solo, es otro pedo. Cuanto más roban y cómo, más chance tienen de que no se los chinguen. Hay que ser chorro de cuello blanco almidonado, estafador cibernético, negociante de nalgas infantiles, empleador de sicarios, empresario de lavado de dinero (*pecunia non olet...*), negociador de fondos públicos, banquero transnacional, y si le da la cuerda, buen catolicón y hasta filántropo, la narcolimosna, ¡qué joder! Sí, la higiene... Lo que importaba más en esa situación, pues éramos trece en aquel cuarto, durmiendo por tandas con régimen de catre caliente, era la salud del conjunto. Salíamos al baño para aliviarnos cada ocho o doce horas, de mientras teníamos una cubeta, sobre todo para la noche, que se llenaba enseguida. Alguien de nosotros salía un momento a vaciarla por las mañanas, aunque a veces lo hacía algún poli... no por amabilidad sino porque aprovechaban ese rico contenido cuando había escasez en las tinas del submarino, en los subsuelos secretos de la jefatura... Sí, era y es como un castillo aquel edificio, pero nada de kafkiano, por favor... Bueno, había que hacer cola para defecar y orinar, y darse una lavada rápida que podía

completarse en nuestra celda improvisada. Era un asco, sí, pero uno se acostumbra a casi todo. De ahí la sequedad de vientre o la diarrea, de esas nadie se escapaba... Una tarde nos dieron orden de rasurarnos a toda velocidad, y nos amontonamos contra el lavabo de nuestra celda, que allí había con su grifo, porque, ¿se acuerda?, estábamos en un calabozo circunstancial y aquellos lujos eran de otra época y para otros usos. Nos íbamos aligerando los pelos faciales de cualquier manera. Cuando fue mi turno, las hojas de afeitar que nos habían autorizado, estaban rajadas, parecían pequeños serruchos oxidados. Con un poco de agua y sin jabón, y pasando la hoja al tanteo, porque no existían los espejos, me las arreglé para cortarme lo menos posible. Los detenidos de mayor experiencia salieron con más dignidad. “¡Al patio, hijueputas! ¡Rapidito!” el vozarrón de un sargento que era el peor de aquel montón de desgraciados, hasta trabajaba horas extras para reprimir un poco más. “¡Hagan fila, un paso de distancia, no se toquen los culos, maricones!” insultaba de gratis.

¿Para qué las fotos, pregunta? Para la Interpol, la ci-ai-ei, los servicios de inteligencia propios y de los países vecinos, algunas tal vez para los informativos de la televisión o los periódicos... ¡a saber! Doce fotografías: tres de frente, tres de perfil y tres de semi frente y tres de semi perfil. Mi cara era una careta, un antifaz enrojecido; del bigote sólo habían sobrevivido algunos pelitos disparejos; la piocha era una especie de sombreado sin energía; las patillas terminaron por ser recortadas con la hostil tijera del mismo fotógrafo. Me acuerdo que esa misma tarde, al rato no más de la operación fotográfica, entró en el patio mi invencible madre con sus 81 años y el paquete de comida. No se permitían los saludos ni de abrazo ni de beso, pero la sorpresa funcionó. “¿Cómo te dejaron pasar, mamá? No es día ni hora de visita...” mi voz salpicó algunas palabras. La voz de ella, extrañamente fuerte pero a mi oído: “¡Hablé con el coronel Arrieta, el que fue asistente de mi padre... si hará años! Pronto te van a devolver los lentes... Me dijo que contra vos no tienen nada, que te van a soltar...” Mi voz escéptica: “¿Y él, cómo sabe?” La voz materna, segura: “Entre los militares de

arriba se sabe todo...”

Sí, claro, fue una situación de película. Pero la liberación es como chicle, suele estirarse, y algo bastantito se estiró. ¿Y el sargento? Se emputó en serio, pero el fotógrafo-peluquero le comentó en la mera oreja que la señora, que tal coronel..., etcétera. Aunque el trato conmigo no cambió, vino una especie de alivio interior, y hasta empecé a realizar ejercicios físicos en espacio reducido, según me enseñaron algunos compañeros, y por mi cuenta a probar una serie de posturas yogas de mi invención. Un día abro los ojos para salirme del estado de ensoñación, más propio de la poesía que de la cárcel, y veo que varios de los inquilinos de la celda estaban en lo mismo. “Me calma en pila y además me quita el hambre” una de sus voces de ellos. “Te baja la angustia oral, pelotudo” otra de sus voces. Verdad o no, aquello sin querer disminuyó la tensión colectiva producida por un continuo rozar cuerpos ajenos, respirar olores ajenos, soportar mierdas ajenas, aguantar historias ajenas, escuchar masturbaciones ajenas, despertar por ronquidos ajenos, tolerar culpas ajenas, absorber mezquindades ajenas, digerir delirios ajenos... Sin embargo, uno recuerda a toda esa gente que se jodió con uno y más que uno, con un afecto real, con un acercamiento solidario que excede las ideologías y los partidismos y las jodidas limitaciones humanas. En definitiva, y más allá del origen genético y social, éramos fragmentos de algo más grande que la multiplicación de todos nosotros por todos nosotros. “La patria es para adentro, no tiene medida, no se alcanza nunca el fondo” dijo alguien una vez, allá en la alejada frontera. Siempre he creído eso mismo; por eso, señor, ahorita mismo se lo repito.

(No sé si consumir el resto de esta rara crónica. Para ponerme en lo cierto, debo recordar a fuerza muchos textos de ensayo o con base en entrevistas que salieron aquí por los años 80 y 90, y también en el Cono Sur, en Gringolandia y en Europa. Hubo simposios, reuniones, conferencias, cursos, declaraciones ante organismos internacionales sobre el tema de la represión y el fascismo criollo, por un lado; por otro, hubo, y hay basuras de eso todavía, el intento de ciertos gobiernos y sus mandaderos de cerrar “la operación olvido”. En el Cono Sur esa maniobra les está fracasando a los continuadores ideológicos de las dictaduras, los neoliberales a rajatabla. En Uruguay hasta montaron un perverso plebiscito en los 80 para favorecer a los militares y policías torturadores, que ganaron por 60 a 40, y que al principio les funcionó. Hoy, me da gusto pensarlo, la canción es otra: hay verdugos militares detenidos, ya casi -pienso bien: “casi”- no existe impunidad para los autores de aquella “guerra sucia”... Si hasta le están dando su buena encarcelada al presidente autogolpista Bordaberry... Pero falta mucho todavía para que culmine la consigna “Verdad y Justicia”...¿Le hablaré algo más a este tío del Uruguay de Sangronetti o Sanguinetti el pico-de-oro; de Lacalle el briago del Opus Dei; de Jorgito Batlle el llorón y neoliberal fracasado, todos ellos a los besos con los milicos fascistas y la gusanera cubana de Miami, hasta hoy? Este tipo, ¿entenderá de metáforas políticas? O sea, ¿le diré que la idea era “aquí no ha pasado nada”, por lo tanto, no hubo miles de torturados y desaparecidos en el Cono Sur, mis amigos los escritores argentinos Haroldo Conti y Rodolfo Walsh no fueron asesinados, mi camarada el cantante chileno Víctor Jara no fue fusilado en Santiago, no hubo versión local de la “guerra sucia”, ni hubo niños secuestrados ni sus padres sacrificados, no hubo familias despedazadas hasta la cuarta generación, no hubo infantes, jóvenes y

adultos fuera de toda esperanza, no hubo la consiguiente entrega de las riquezas nacionales o regionales al empresariado globalizador y salvaje? Sí, el fascismo criollo como avanzada del neoliberalismo: Chile fue el primer experimento...¿Le diré o no a este tipo preguntador que el aumento de la desigualdad social es otra forma de la represión?... porque ya se ha dicho. ¿Qué es lo que no se ha dicho?, ¿quiénes quieren oír de verdad, quiénes no escuchan? Porque la violencia explícita y grotesca de Rambo es una cosa, como las invasiones gringas en Oriente Medio, y la brutalidad silenciosa del hambre y de la miseria es otra. Esto no se lo digo al señor de las preguntas, pues saldrá enseguida con que soy una especie de agitador político... Y él no quiere meter en su entrevista ninguna coordinada ideológica, ningún asomo de marxismo, ni siquiera de ideas reformistas o avanzadas. ¡Como si una tarea fundamental de los intelectuales no fuera producir y reproducir ideología! ¿Para qué están entonces los intelectuales de la derecha y del propio fascismo...? ¡Si, para no ir muy lejos, hasta vemos cada día con mayor claridad cómo operan los nuevos ideólogos del sistema mexicano, por ejemplo! No, el tipo no quiere eso, creo yo, porque no tiene capacidad de percibir o generar matices. ¡Si hasta me sugirió que las ideologías han muerto! Entonces, será que él participa de un plano inferior del pensamiento: la opiniología, materia que manejan por pobre intuición o magro aprendizaje tanto no pocos comunicadores y politólogos naice en televisión y/o radio y/o prensa escrita, como cualquier ignaro comentarista deportivo apenas le dan chance de abrir su boca: recuerdo al que dijo que en cierta cancha de fútbol “los arcos eran de tamaño natural...” Pero hay que continuar con nuestras tareas verbales...)

¿Y después?, me pregunta, ¿qué pasó? Pues... al cumplirse varias semanas o milenios de encierro jefaturesco, ya la población de nuestra celda no era la del comienzo. Ninguno de los que llegó de paso, ¿a dónde?, reapareció en calabozo alguno. Preguntábamos con timidez a los guardianes, según la confianza alcanzada con cigarrillos y comida mediante (hasta el pinche sargento resultó vulnerable a las empanadas maternas de carne molida con huevo y aceituna), cuál era el destino de Fulano o Zutano o Perenganito, una vez que los sacaban de la celda con todo y enseres cualquier madrugada de rutinas carcelarias. “Los subversivos no tienen destino, botija” la atenta voz de un cabo primero. La misma voz: “Mirá lo que te digo: aquí todos estamos jodidos, ¿o alguien tiene destino?” Mi voz, algo sorprendida, arriesgándose: “¿Por qué decís todos...?” Voz respondiendo: “Porque nadie es libre. Si yo que soy guardián especializado, quiero salir a echarle un par de polvos a una mina, no puedo, no me dejan. Y cuando puedo salir, la mina no está o se fue a coger con otro. ¿Quién es libre, decime? ¿Quién tiene destino?”

Había olor a liberación... pero ¿en qué condiciones...? Por supuesto, de la jefatura siempre se salía para otros lugares, nunca o rara vez directo a la libertad. Además, nunca uno sabía las condiciones reales en que iba a permanecer de ahí en más; es decir, bajo vigilancia continua o alternada, bajo obligación de ir a firmar a comisarías o cuarteles o juzgados militares una constancia semanal, bajo amenaza de nuevas detenciones y maltratos, bajo secreta intención de una eliminación definitiva... Había bastantes desacuerdos sobre ese tema en las alturas de mando. ¿Por qué? Porque recuerde usted que se trataba de todas las instituciones represivas trabajando juntas y que funcionaban juzgados militares con jueces y fiscales de las tres

armas y que también estaban los paramilitares y la policía y una variada caterva de soplones y lameculos, a más de ciudadanos denunciantes y colaboradores espontáneos. Los líos en la altura rebotaban abajo, y aquello era un desmadre del caray... Asimismo, ningún cuerpo de represión quería tener problemas cuando alguien moría por mal cálculo de los verdugos o por error de los médicos asesores. De pronto, un cadáver se convertía en la falsa moneda de la canción, “que de mano en mano va/ y ninguno se la queda”... ¿Qué pasaba afuera del país? Ya le dije que había cantidad de denuncias, incluso en las Naciones Unidas, en un comité del senado de Estados Unidos y a nivel de algunos gobiernos. Los exiliados en general trabajaban mucho en eso, como pasó en México y en Europa. ¿El efecto? En algunos casos, a saber por qué, esa presión exterior lograba liberaciones de presos que ya llevaban años en cana, ¿se lo dije?... La dictadura pensaba que así mejoraría un poco la imagen, sobre todo al final de su tenebroso reinado. Pero piense lo que pasaría en el interior de las fuerzas armadas, con hijos y sobrinos de altos oficiales que le habían entrado a la militancia de izquierda o hasta a la guerrilla... Creo que le entregué un ejemplo, ¿o no?

El asunto fue que un día nos sacaron a güevo de la celda, éramos unos seis o siete, nos zambulleron en un vehículo sin placas y nos pasaron al Cilindro, estadio de basketball construido para el mundial de 1966, creo. Ahí todo cambió para mejor, estábamos fuera de las celdas porque no había celdas. Nos instalamos en los vestuarios y sitios de masaje para los jugadores, había muchas regaderas, muebles metálicos de todo tipo. Hacíamos un poco de deporte: fútbol de salón, basket a veces, vóliball. Recuerdo bien que los milicos de guardia miraban los partidos sin poder jugar, por lo que hacían apuestas con cigarrillos, no dinero, para romper el aburrimiento. Pero no sabían contar lo puntos del vóliball, por lo que según ellos hubo resultados de ¡112 a 97!, por ejemplo. Después, con la programación de las visitas, aparecieron mejores alimentos, vajilla ligera, ropas más limpias, trebejos de ajedrez y damas, medicamentos necesarios, barajas de póquer y española, hasta unos pocos libros. Estaba a cargo un capitán de medida gestualidad,

insólitamente respetuoso con todo mundo, presos y milicos. Sólo le cuento una: como el capitán probaba la comida llegada del cuartel, y lo hacía diariamente, los compañeros que se ocupaban de la cocina le preparaban una charola con todo y servilleta. Sobre ella, un plato hondo con una muestra de comida, un panecillo y una cuchara. El capitán tocaba una porción entre dientes y lengua, decía: “Está buena”. Quien le sostenía la charola repetía: “Está buena”. Claro, aquello era un vero asco, pero el oficial era un militar de otra época o se había equivocado de carrera. Cumplido el cotidiano ritual, entre dos o tres detenidos sacaban el enorme tacho de polenta, frijoles y huesos de animales desconocidos, y lo arrojaban a un costado del estadio, mientras eran vigilados por dos o tres milicos con rostro de hambre; de aquel tiradero comerían los niños hambrientos y los perros del barrio... De aquellos materiales alimenticios, que bautizamos con el término popular de “ocni” (“objeto comestible no identificado”), se extraían trozos de carne oscura muy hervida, pedazos de cartílago para el perro que habíamos heredado con la nueva prisión, llamado “Cilindro”, y papas o camotes de discreto tamaño y no mal sabor. ¿De qué era la masa? Le dije que era de harina de maíz y poroto, hay una canción sobre la comida del preso en la que esa dieta es llamada “poroto y tumba”... Sí, como ve, hay canciones para todo.

Allí estuvimos un tiempo, comparado con otras situaciones, era un hotel cinco estrellas. Recuerdo que uno de los presos, ya con un par de años de detención y todavía sin juicio abierto, se había encontrado en el Cilindro con un amigo de la adolescencia. El amigo o conocido era sargento o cabo, y en razón de la fraternidad juvenil y las correrías de otros años, le arreglaba las visitas de la novia fuera de horario. “Juntábamos un par de bancos largos, le poníamos dos mantas como colchón y a coger que se acaba el mundo...” me contó el mismo novio. “¿Y tu amigo?” pregunté prudentemente. “Bueno..., me pedía que lo dejara mirar, medio escondido entre los muebles del gimnasio... Creo que se hacía la chaqueta... Sí, ¿qué tiene de raro? En el amor y en la guerra todo está permitido. ¿O no estamos en guerra contra la

dictadura?” Pero cuando ingresaron más detenidos, y por tanto más guardias, esa pasión se interrumpió bajo riesgo de violación de la novia, o algo así; porque un milico solo y sin uniforme, puede ser hasta un muchacho tranquilo y simpático, no hay pedo con él, pero cuando una orden lo junta con otros colegas, el asunto es de temblar. Y se forma una bola, una patota irracional, ciega y brutalizada. Ah, ¡le parece indecente lo que pasó con ese detenido! Mire, a mí me convenció aquel amante tan desesperado como esperanzado... Él también se perdería en medio de las revolturas producidas por ocho años más de régimen fascista. Lo vi por vez última durante la cena (carne asada con papa hervida y sopa de fideos) anterior a mi liberación. Supe a mi regreso del exilio mexicano que estaba viviendo en Brasil, con la misma novia de su amor carcelario...

Pero quiero comentarle que todas las tardes debíamos saludar a la bandera nacional en una especie de ritual, que consistía en que todos los detenidos se formaban en la cancha de básquet, en posición de firmes... como milicos, y los milicos firmes también... como soldados. El capitán coordinaba el patriótico procedimiento, haciendo la venia, en postura muy vertical desde la gorra con visera hasta los pies embotados, el rostro con atisbos de emoción verdadera, los ojos perdidos quién sabe en qué distancias. Pero hubo una ocasión en que el preso político número 414, José Neves alias “El Negro”, en plena formación y mientras el toque de corneta indicaba la lentitud del descenso del lábaro patrio... José Neves, decía, desprendió súbitamente una descarga de gases intestinales que hizo eco en todo el estadio. El capitán continuó en postura de inflexible saludo hasta que la bandera fue recogida y acondicionada por un par de milicos. Luego, en medio de un ominoso y asombroso silencio, ordenó: “¡Descansen! ¡Rompan filas! ¡Derecha, march...!” Y todos fuimos saliendo con las tripas encogidas y los corazones temerosos, sobre manera “El Negro” Neves, un tipo curiosamente pelirrojo y de ojos verdiazules. Pero el capitán no exclamó nada más, y se marchó a su habitación a esperar que le llevaran la muestra de la cena para su aprobación. Fue la única vez que la probó fuera del proceder

cotidiano. Sí, un hombre raro. Poco de fascista percibíamos en él. Le comento asimismo que en una oportunidad, como yo era el encargado de limpiar a diario los treinta y seis excusados existentes (dieciocho de cada lado de la cancha), me hizo llamar para indicarme que había pedido varios botellones de creolina, un asqueroso desinfectante, para asegurar la higiene colectiva. “Usted sabe, mi amigo, que milico es como puerco... Es que nuestros muchachos no tienen la educación de ustedes, son gente de abajo, obreros sin fábricas, estudiantes sin liceos, peones agrícolas sin tierra... Tenemos que enseñarles tantas cosas...” La voz cansada terminó así: “Cuando se acabe la creolina, por favor me avisa... ¿Sabe?, lo que falta en este lugar es... libertad... Buenas tardes...” y el capitán se metió en su cuarto, cerrando con lentitud, y tal vez respeto, la despintada puerta.

Meses más tarde, cuando nosotros ya estábamos por salir hacia aquí, luego de tremendos y agónicos trámites diplomáticos entre el embajador don Vicente y el ministro de relaciones exteriores de Uruguay (un canalla con pinta de aristócrata, ¡ahora preso, por fin!, quien tuvo que ver con el asesinato de dos legisladores en Buenos Aires: Michelini, del Frente Amplio, y Gutiérrez Ruiz, del Partido Nacional, y también de un par de tupamaros: la larga mano del fascismo...); meses más tarde, le decía, nos enteramos de que se habían fugado del Cilindro cuatro detenidos. Pero ésa es otra historia en paralelo; uno de los fugados vive ahorita aquí, creo, en ciudad de México... No sé como le hizo, pues ya adentro del consulado mexicano, cuando dos o tres milicos lo habían casi agarrado, un funcionario mexicano se los quitó de las uñas en una acción de película. Búsquelo si le parece, que él mismo se lo cuente.

¡Ve cómo es usted! Me desconcierta de pronto al sacarme de tema. Ahora quiere que le ponga ejemplos de la represión en la calle. Tengo cantidad... Ta bien. Mire, iba yo en un autobús desde el centro hacia el barrio de la Unión, zona muy popular. A mitad de camino más o menos, el ómnibus se detuvo sin aviso y fuera de parada. Subieron por las dos puertas

varios tiras y algún policía o soldado.

Buscaban a alguien en especial, porque esculcaban a todos los barbones y los hacían descender para revisarlos mejor, las piernas abiertas y las manos apoyadas en un costado del vehículo. Viajaba yo con uno de mis hijos, de trece años; él también debió bajar, a empujones, aunque por supuesto no tenía barba. Igualmente lo trataron como a un subversivo potencial. A mí me pidió documentos de identidad un tipo gordo, de bufanda... ah, ¿se acuerda que se lo mencioné hace un largo rato, no sé en qué página? Me miró fijo el cabrón, presionando contra mi flaco pecho el caño de su pequeña metralleta, al minuto y medio se fue sobre otros viajeros. A alguno se lo llevaron, a otro lo madrearon al pie del autobús. Mi hijo subió finalmente, pálido hasta el hueso... Eso, señor, era asunto de cada día y cada hora. También se encontraba uno con balaceras a pleno sol, persecuciones de película... pero uno se encontraba adentro del filme. Por ejemplo, estaba yo frente a una ventana de la casa contemplando los cambios de luz de un cierto atardecer, cuando vi a un muchachón alto y medio flaco correr con desespero por el medio de la calle. Detrás, un par de veloces tiras con sus metralletas; delante, una camioneta que surge de la nada y le cierra el paso al fugitivo. Ahí no más lo capturaron al chavo, y ahí nomás inició la golpiza. Lo peor para mí fue que una señora del barrio, cincuentona, una fina dama que solía saludar muy educadamente, pasaba por el lugar del feo suceso. Vio aquello y gritó histérica, psicopáticamente: “¡Mátenlo! ¡Mátenlo a ese subversivo! ¡Hay que matarlos a todos de bien chiquitos!” Los vidrios de la ventana se estremecieron con la tal gritería. Yo también, y tanto que fui rápidamente al baño a desahogar unas arcadas... Asco y pena ajena... Como le dije antes, señor: el fascismo envenena todo lo que toca... Y hablando de chavos, un estudiante de unos veinte años, recién ingresado a la universidad, estaba pintando en un muro, a grueso pincel y en letras grandes y negras, esta consigna: ¡ABAJO LA DICT Dos balazos disparados desde un jeep del ejército, que apareció súbitamente a causa de una denuncia telefónica, “¡Sí, le digo, señor oficial, hay un joven subversivo pintando consignas en la pared

de mi casa!"; dos balazos, le decía, interrumpieron la escritura. Las balas expansivas, de alto calibre, entraron por la espalda, una a la altura de los riñones, otra, a nivel del corazón. No hubo comunicado oficial sobre el suceso, pero los ojos y las voces de la calle rara vez duermen.

¿Otro ejemplo de la calle? Le contaré algo brutalmente terrible que ocurrió con ocho obreros militantes del Partido Comunista; ellos estaban en el local partidario, ¿el seccional veinte?, adonde hacían su tarea política luego de sus horarios de trabajo en fábricas de textiles y/o derivados del vidrio, no recuerdo bien. Sí, fue antes del golpe de Estado. El caso es que entraron a fuerza en el local dos pelotones de soldados, con todo y fusiles y granadas de mano y verdes uniformes y sus empistolados oficiales al mando. Sacaron a algunos obreros a la banqueta, otros quedaron retenidos adentro. "¡Disparen, ya! ¡Ahora!" la voz enajenada de los oficiales. Varios de los vecinos del barrio declararon bastante más tarde que a esas horas de la madrugada, gracias al apretado silencio de aquel otoño, pudieron oír con nitidez las órdenes nerviosamente emitidas; y más la balacera que se dio a continuación, aunque hubo, dijeron, como una especie de duda de parte de los soldados. Fue una orden que ninguno de ellos esperaba, pues creían que iban a reprimir de otro modo, a repartir algunos culatazos, a detener a alguna gente, no más...

"¿Una duda, cómo, cuál...?" pregunté yo al día siguiente, cuando fuimos con algunos compañeros del periódico *El Popular* a verificar la matazón y pasar las informaciones y las fotografías. La voz tembloriente de un vecino, un anciano ya retirado: "Porque algunos soldados se conocían con los obreros del Partido, eran casi todos de por aquí, del barrio..." "El cuartel no está lejos, en la misma zona..." otra voz vecinal sin identificación. De nuevo la voz temblequeante: "Por eso no sabían qué hacer, si tirar o no..." La voz de un flaquísimo adolescente, medio amulatado: "Yo vi por la ventana de mi casa que el oficial más alto le puso la pistola en la nuca a un milico... Le gritó como un loco desatado: '¡Tirá, hijo de puta! ¡Te faltan cojones!' Y el milico seguía parado, duro como un palo..." Otra voz, la de una chava medio

gordita, oscura de piel y de ropa: “Entonces el oficial disparó, primero a dos de los muchachos que estaban en el suelo, boca abajo, abiertos de patas y de brazos, y después le metió una bala al soldado, en la pierna...” El puto oficial le gritó: “¡Ahí tenés por flojo! ¡Te curás y pedís la baja, maricón de mierda!” Sí, claro, señor... La prensa y las televisoras de derecha sacaron luego la noticia de que el soldado había sido herido por los obreros comunistas, para así justificar la invasión al local y la carnicería posterior. Método más viejo que mirar el cielo... pero hay gente pendeja que se lo cree todo.

Lo que vimos dentro y fuera del local partidario todavía me produce una repulsión similar a la que sentí cuando los tres mil agentes invadieron San Salvador Atenco hace unos meses. Eso fue, creo, otra Guernica, el ensayo para un operativo mayor: Oaxaca... ya van más de veinte muertos, cientos de desaparecidos y detenidos y torturados: ¡qué final de un gobierno corruptísimo y qué comienzo de un gobierno espurio y fascistoide! ¿Y después de Oaxaca...? ¿Será Oaxaca simplemente una Guernica más grande? ¡Qué bello espectáculo televisivo, verdad! Ah, quiere que no mezcle fechas ni sucesos... pero si el fascismo es uno solo, ésa es mi tesis.

Bueno, ¿que qué vimos aquella vez? Obviamente, los ocho cuerpos ya habían sido retirados para la autopsia de rigor; el velatorio y el entierro congregarían a decenas de miles de ciudadanos de todo pelo, como con ocasión de otros crímenes de Estado, ¿ya le dije? Vimos, sí, el interior del local: mesas y sillas quebradas; un pequeño piano sin teclas y sin patas; los retratos de Marx, Lenin y Fidel desmenuzados con sucio fervor; la bandera uruguaya, ¡hasta ésa!, la del Partido, la del Frente Amplio y una de José Artigas orinadas y quemadas; unos sillones desviscerados; los excrementos de la soldadesca esparcidos por el suelo de la cocina y aun dentro del modesto y añejo refrigerador GE que quedó con su puerta arrancada... Ah, el librero deshecho no sé cómo en unos cuantos pedazos para hacer leña con todo y libros... Bueno, estuvieron un rato, antes de iniciar la masacre. Fueron escuchados muchos gritos en ese lapso de ocupación. Parece que quisieron

incendiar el local, una modesta casa de antigua construcción, pero al final desistieron. El escándalo era evidente por la atención del vecindario, de seguro pensaron los oficiales al mando. Pero había una orden. Y a disparar, pues. ¿Por qué? Era la conocida política del terrorismo de Estado; crímenes explícitos para así apostar al miedo, porque el miedo encoge los ánimos, contrae la voluntad, destruye el deseo, contamina a su vez como una plaga hedionda, profunda, expansiva, ágil y certera. ¿Afuera qué? Allá estaban en la banqueta y en el mero centro del arroyo unos cartones gruesos y unos ejemplares de *El Popular* cubriendo enormes cuajarones de sangre, y tal vez trozos de seso, pieles, pelos, uñas... Toda aquella ruina orgánica quedó allí mucho tiempo, hubo gente que ponía encima montones de flores populares: margaritas sencillas, malvones rojos. Se produjo de a poco como un proceso de fosilización de tanta sustancia, en tanto otros militantes obreros ocupaban el lugar de los camaradas asesinados. El local se reacomodó tras un trabajo colectivo de dos o tres semanas, o más, pero todo sería muy distinto desde aquel día de otoño en adelante.

¿Qué hice yo? Esa noche, asediado por una brutalísima jaqueca que había empezado justamente con la contemplación de aquel desastre (igual me había pasado en los 70, cuando visité el campo de concentración nazi de Sachsenhausen, al norte de Berlín), logré escribir el borrador de un poema que se publicaría aquí en México ocho años después. Asimismo, Alfredo Zitarrosa (un difícil y hondo amigo) compuso una pieza que siempre canta en mi cráneo: “La canción quiere”... Escúchela, se la recomiendo: es arte de combate, pero arte de verdad: “Fruto maduro del árbol del pueblo/ la canción mía/ que así me guía...). Ah, y Alberto Mediza, un inteligentísimo poeta y crítico teatral, que murió joven en su exilio de Buenos Aires, también escribió unos versos que continúan danzando para mí entre los restos de aquellas épocas de sórdida oscurana: “... y siempre habrá frío cuando quiera dormir”.

Pero todo, señor, nos conduce a todo. Porque Roma está en cualquier

parte... ¿Que qué quiero decir? Mire, qué fea salió esa cacofonía con la “q”... Porque lo escrito también se escucha, ¿sabía? ¡Ah, no, no, le advertí que la familia apenas sería mencionada! Porque si no entraríamos en entreveradas temáticas, como distractores o desvíos barrocos (perdón, neobarrocos...), y el tema aquí es, según usted mismo planteara, la represión en el Cono Sur, ¿o no? Sólo anoto que mi hijo mayor, no el ya arriba mencionado, estuvo presente cuando me dieron la orden partidaria, a la semana de ser liberado, de meterme de apuro en la embajada mexicana. Fue en un bar céntrico esa rápida reunión con un dirigente y con mi hijo de testigo; fue a todo riesgo, pues la presión era evidente. Había seguimiento fulltáin, notorio, sin pudores; los tiras repetían sus rostros, la insistencia de sus miradas en crudo, el arreglo de la bufanda del gordo o el rascarse los huevos de un tío flaco que fumaba a lo bestia. Pero esa noche al parecer, no, no se los veía. ¿Por qué estaba ahí mi hijo mayor, un adolescente? Fue un acuerdo secreto entre él y yo. Es probable que en esas pocas horas de aquella noche creciera varios años hacia el hombre entero que hoy es... De mi hija, diré que en la primera visita a la jefatura, me vio y empezó a entrellorar, o sea, a llorar sin llorar del todo. Abrazándola, le dije: “¡No le mostrés tus lágrimas a estos hijos de puta!” Ella cerró a fuerza los grifos naturales y pudimos bien platicar unos minutos. ¡No señor, hasta aquí llego, aquí dejo el tema! ¿Cómo? Sí, esos tres hijos fueron de mi primer matrimonio... Ah, y está mi hija mexicanita, del segundo...

Si me permite, ahorita quiero yo introducir un tema en apoyo de mi tesis, ¿recuerda?: con todo y sus variantes, “el fascismo es uno solo”. En una oportunidad, en un viaje a la frontera norte -de México, no de Uruguay...-, al poco tiempo de estar en el exilio, el gran cuate chicano Ricardo Aguilar (muerto en carne y siempre respirando conmigo en viva imagen y viva memoria) me condujo a las afueras de la ciudad de El Paso, Texas... Déjeme hablar, se lo cuento bien de rápido... Fuimos a una zona de varios presidios, unos edificios de departamentos casi de tercer mundo, en donde moraba mucha raza. Mexicanos de Oaxaca, de Guanajuato, de Zacatecas y otras entidades, junto con chicanos de primera y segunda y tercera generación. Era

un tema nuevo para mí; los oía a todos platicando trilinguamente, como un fruto comunitario forjado en otras culturas, y con sus ropas y gestos y pensamientos tan diferenciados de los míos, que aquí no describo. Tal vez no podría... Repito: para mí, era la sinfonía lingüística de un nuevo mundo. Quedé fascinado... hasta este mero momento en que ahora platicamos. Ricardo me presentó a varios carnales, y luego de los para mí extraños saludos de mano, todos marchamos hacia un costado de aquella plaza rodeada de presidios. Ante una casa nos detuvimos: un mínimo y desprolijo jardín al frente, y ya entrando, un vestíbulo, tres o cuatro recámaras o cuartos de diverso uso, etcétera. “Hi! ¡Qué tal, amigos!” la voz de una especie de gringo achicanado, rubio, gordote, camisa a cuadros, sombrero texano, botas bajas, lentes y ojos que esplendían. Era el encargado del local, adonde funcionaba una especie de institución de ayuda para los que lograban pasar el río Bravo o el Puente Negro y entraban como mojados en Gringolandia. “También les echamos la mano para cruzar...” una voz de un bato de piel menos clara, pelo casi negro y recto, bigote firme, camisa y pantalón de mezclilla, huaraches nuevos, cigarrillo permanente. “Sí, por los polleros y la patrulla, gente muy abusiva, tremendos ojetes...” añadió la voz. De pronto, entendí el sentido de aquella visita referido a mi condición de exiliado, aunque había cruzado la frontera con la visa correspondiente, pero sin pasaporte y con documento de Relaciones Exteriores, etcétera. El gringochicano elaboró una gestualidad algo teatral, señalando los espacios que íbamos recorriendo en grupo. Vi lo que ya había visto en aquel local del Partido Comunista en Montevideo: muebles destrozados, banderas de México y aun de Texas rasgadas y meadas, retratos desmenuzados de líderes chicanos, caca humana semi seca en el piso del baño y la cocina, discos hechos polvo negro, guitarras pisoteadas, archiveros violados, papeles derramados como hojas de un árbol inútil... “Sí, mi carnal Ricardo: la *border patrol*... ¡Cabrones! *Sons of a bitch!* ¿Cómo ves?” la voz del encargado. “¿Cuándo fue esto, Gordo?” la voz afiebrada de Ricardo. “Ayercito no más, y no es la primera vez... ni será la última” culminó la voz del otro, chicano o

mexicano, como quien se vuelve a enojar. Pienso que si Ricardo regresara a este mundo y viera levantarse el nuevo muro que los gringos quieren meter, daría un grito de alta chicanía para que se derrumbara, como en Jericó. Y con él, gritaríamos todos... Bueno, sí señor, esto era lo que quería comentarle. Para qué agregar más arena al desierto, más sombra a la oscuridad...

(¡Pucha digo! No se me cura lo rollero. ¡Qué cara ponía este tipo inquisidor cuando le narré en corto esa anécdota! Por tal asunto creo que no le contaré las aventuras de un amigo colombiano -"locombiano" le llamaba yo, sin mucha originalidad- en El Salvador, la vez que su agencia de noticias lo envió allá a investigar nada menos que el tema de los cementerios clandestinos. Regresó en estado traumático agudo, necesitando unos cuantos días de aislamiento en su casa para reponerse con base en trago y trago más pastillas antidepresivas, ¡qué mezcla enajenada! Cuando pudo reorganizar las neuronas y dormir lo bastante, escribió su reportaje, que la agencia recortó en parte y en parte exornó adecuadamente para no impresionar de más al público europeo. "Horror sí, pero no tanto" le dijo su jefe. Mi amigo se emputó, y de tal modo, que al poco tiempo mandó todo a la mera y justa chingada y se fue a París con alguna de sus novias. Esto fue en los 80, cuando ardían los conflictos desatados por el Imperio yanqui en Centroamérica. Capaz que mi inquisidor ignora que hubo más de doscientos mil muertos y que las consecuencias de esos conflictos siguen envenenando a los pueblos guanacos, nicas, chapines, etcétera... Pero lo que me narró Jairo el colombiano, recién lo entendería yo en lo hondo al viajar algunas veces a El Salvador, más de quince años después. La narración fue indirecta, pues la tomé del reportaje original, sin censura, que de seguro Jairo aún conserva o tal vez haya publicado en algún momento. Resumen para mí mismo: Luego de los trámites de migración y aduanas, pese a su acreditación como reportero de agencia europea, Jairo estuvo bajo presión de las autoridades durante toda su estadía en El Salvador. Nunca anduvo solo, porque además del fotógrafo mexicano que lo acompañaba, siempre un tira de la inteligencia militar le hacía sombra. Eran los tres "como una sola sombra larga" diría José Asunción

Silva... A veces cambiaban de agente pero la sombra seguía como una caprichosa e inexplicable Trinidad. Jairo consiguió los permisos para visitar una zona de cementerios clandestinos, o al menos algún panteón aislado; nunca entendió cómo estaban distribuidos ni con base en qué criterios. Para realizar y aligerar los trámites burocrático-castrenses, la agencia había nutrido los bolsillos de mi amigo con unos cuantos dólares. Por eso es que, a las 72 horas de su arribo al país, fueron conducidos en un jeep él y el fotógrafo mexicano de ojos cubiertos con venda rutinaria, por un camino de montaña estrecho y pedregoso, hasta un sitio de árboles de adensado ramerío. Allí los bajaron, aliviándolos de las vendas. Voz de sargento mandón: “¡Tienen diez minutos! Elijan: derecha o izquierda.” Pues el camino dividía el cementerio al aire libre. Hubo dudas, temor no disimulado, sudores insospechados. Los dos, seguidos ahora por un soldado, salieron del camino, metiéndose entre los árboles de nombre desconocido que crecían a su derecha. El milico los dejó adelantarse, sacó un cigarro de hoja gruesa y lo encendió, con seguridad para combatir la tremenda jedentina que estrangulaba hasta la redondez del aire. El fotógrafo, Pancho, empezó a vomitar de inmediato, apenas cumplidos los primeros pasos. Jairo clausuró narices y boca con un grande paliacate y desmesuró la mirada en medio de una luz brutal que ennegrecía su visión. En las ramas bajas de la pequeña arboleda, vio zopilotes, buitres grises y otras aves carroñeras que efectuaban una serena digestión, mientras que otros plumíferos peleaban en tierra contra perros salvajes, ratas y quién sabe qué alimañas incontables para arrancar su cuota del gran festín de carne humana. El tiempo que allí llevaban los ultrajados cuerpos de mujeres y hombres jóvenes, ancianas, ancianos y cipotes, podía estimarse según el estado de descomposición o por la carne y vísceras y ojos faltantes. Para Jairo, lo peor fue la contemplación intolerable de una muchacha embarazada que exhibía un vientre perforado y asediado por grotescas ratas negras. La voz del sargento: “¡Ya pasaron los diez minutos! ¡Vámonos!” Regresaron al jeep los fugaces visitantes, tremendamente mareados y como borrachos de hedores y náuseas de muerte. Las vendas no

fueron colocadas de nuevo, ¿para qué? El soldado encendió otro cigarro de hoja gruesa, era el conductor. El vehículo arrancó de inmediato. El sargento se limpiaba las uñas con su cuchillo de reglamento. Jairo o su voz: “Sargento, una pregunta nada más: ¿por qué todos los cuerpos están desnudos?” La voz sargentera respondió, casi riéndose: “Los muertos no necesitan ropa, no precisan nada... Los vivos, sí...” Al llegar al cuartel de donde habían salido, a Pancho el fotógrafo le quitaron la cámara. Antes de dejarlos ir, fueron esculcados otra vez, a fondo, pero Jairo pudo rescatar, escondiéndola entre nalga y calzón, la seccionada mano derecha del feto que logró quitarle a las ratas negras. No pude preguntarle nunca qué hizo con aquel trágico souvenir de guerra. Pero volvamos a lo nuestro...)

¿Cómo me soltaron? Junto con otros tres compañeros, uno murió hace poco, lejos de la patria. No, no digo nombres. Porque éramos cosas, unos tipos cosificados con olores a prisión, a humo de grasosos asados, a jabón ordinario, a ropa nunca del todo limpia, a orines promiscuos, a sudores anochecidos, a sémenes encostrados, a desinfectante de cuarto de baño. Éramos cosas que cargábamos cosas: colchones mugrosos y multimanchados, cobijas empuercadas, bolsos como equipaje de pepenador... ¿Por qué hablo de seres humanos como cosas? Primeramente, porque yo era uno de ellos; en segundo lugar, porque ese sentimiento de cosidad ya venía desde el comienzo, desde que fui arrestado; y al final porque nos sacaron de súbito a la voz de ordeno y mando: “¡Vamos, maricones, junten sus cosas!” Éramos cuatro con nuestro cargamento, si bien no exagerado, muy incómodo de transportar. “¡Suban, subversivos de mierda!” la voz prepotente. Y así nos metieron en un vehículo de la policía, pero otra vez vendados y siempre bajo insultos de obvia provocación. ¿El cargamento? Bueno... lo dejamos a la puerta de entrada del Cilindro, casi bajo una fresca lluvia temblequeante que le disolvía el ánimo a cualquiera. ¿Que a dónde nos llevaron? Mire, cada salida así, de apuro, causaba miedo y contribuía a la desestabilización emocional de los detenidos. En verdad le digo, nadie sabía qué grado de culpabilidad le estaban metiendo, ni siquiera a veces por qué. La actividad política normal en tiempos de democracia, aunque fuera democracia burguesa, era delito en el ámbito dictatorial...

Sí, sí, nos llevaron a un juzgado militar... ¡ubicado enfrente del departamento adonde yo vivía y en donde me habían capturado! (No, no, me habían pescado en otra casa... ¡Qué raro, señor, ya ni me acuerdo bien!) Era

de no creer... Nos bajaron ya dentro de un estrecho estacionamiento al aire libre, como el patio de una casa, en parte ocupado por largas bancas de áspera madera. Sobre las seis o siete bancas estaban sentados, con su cachucha, su capucha o su venda bien ajustada, unos veinte prisioneros, jóvenes casi todos, todos vendados, varones en su mayoría. No sé qué pasó, pero uno de los polis que nos había llevado, a pleno silencio, nos quitó las vendas. Hasta esa liberación a medias resultaba irracional, inexplicable, caprichosa, desmadrada... “¿De dónde vienen?” la murmurada y maltrecha voz del detenido que quedó a mi diestra, luego de depositados los cuatro conjuntos de nalgas sobre las bancas. “Del Cilindro...” mi voz cautelosa. “Quiero que me hagás un favor... grande” la voz costosa, arriesgándose..., “¿Cuál, decime?” mi voz a media voz. “Acordate de este número, cuando puedas... llamás a mi casa y les decís... dónde me viste... Hablo así... porque tengo la mandíbula medio rota, perdí... dos o tres dientes, o más, una patada...” la voz desgajándose susurrada. “¡Dale!” mi voz con impaciencia. “Cuarenta doce once... me llamo Pedro Juan. ¿Podrás?” la voz ya desfibrada. “Sí, ya tengo el número guardado en el coco...” mi voz tomó cierta energía. “¡Hijos de puta! ¡Cállense, carajo! ¡Los presos no hablan!” la voz tonante de un pinche guardia, de seguro con sus piernas en estado de inflamación por muchas horas de vigilancia verticalizada.

¿Que qué sucedió luego? Pues, nos tuvieron de espera bien pesada, bajo lluvia y sentados como macetas. Al nombrado Pedro Juan se lo llevaron antes, a empujones a lo bestia y patadas en las piernas. Nosotros cuatro, mirando el mojado piso de concreto. “¡Vamos, che! ¡Arriba, soretes! ¡Derechito por aquella puerta, cagones!” una voz no conocida nos asedió sin aviso. Entramos en busca de la sala del juez, pero a mitad de camino -eso creí- nos pasaron a una especie de recámara muy chica que hasta baño tenía. Era un cuarto de servicio de aquella residencia burguesa de los años 40, adonde se había amparado el juzgado militar. Vimos una mesa pequeña, sobre la mesa unos legajos de buen grosor, tamaño oficio; vimos cuatro sillas y a un costado un librero con un repertorio nutrido de volúmenes referidos a

temas jurídicos, además de tres ediciones de la más reciente Constitución de la República Oriental del Uruguay, comentada. Vimos todo eso porque nos habían dejado solos, de pie, pelos y bigotes y ropas mojadas, calcetines empapados, zapatos inundados, calzones húmedos, almas entreahogándose... ¿Qué juez dice usted? Jajá, nada de juez ni fiscal ni un corno a la vela: un simple y fatigado y hartito funcionario en mangas de camisa y corbata desmadejada que se sentó sin mirar a nadie, y se puso a revolver los legajos y a mezclarlos con unos papeles sueltos y unos documentos que traía. ¿Ordenó o despelotó aquello? Nadie supo, tal vez ni él mismo. “Fulano de Tal, ¿quién es?” una voz flemosa y victimada por el tabaco. “Yo” otra voz de súbito algo frágil. “Mengano de Tal...” una voz ya escuchada, tosiendo. “Yo” otra voz menos firme. “Zutano de Tal...” una voz reiterada, tosiendo más. “Yo...” mi voz, que arriesgó esta frase: “Doctor, tantas vueltas y revueltas y vengo a parar enfrente de mi casa...” “¡Cállese, que doctor ni doctor, oficial primero nada más! Y no se ponga a joder con esos chistecitos... Mire que todavía está del lado de adentro...” una voz que se olvidó de toser. Por último, “Perengano de Tal...” una voz de hálito enredado. “Yo...” voz de desánimo... ¿Que qué clase de justicia, me pregunta? ¿Cuál iba a ser? Pues, la fascista o fascistoide, no la militar en sentido estricto, porque hay algunos politólogos que aún piensan que aquello no era fascismo. Y ahorita nomás en México, ¿usted cree que esto que está sucediendo no tiene un terrible olor a fascismo, por vocación histórica de algunos sectores y por influencia gringa y del viejo Adolfo? ¿O hace falta que le recuente lo que pasó en San Salvador Atenco este año? Un pueblo arrasado por más de tres mil agentes... Un operativo como experiencia para cosas mayores y peores, como fue Guernica, ¿ya se lo dije, no?... En fin, continuó. La voz destosió y dijo:

“Por resolución del juez militar de esta sección y de acuerdo con los artículos correspondientes de la Ley que tipifica los delitos de asociación ilícita y de asociación para delinquir, previstos para situaciones de guerra interna y estado de excepción, a los abajo nombrados se les deja en libertad provisional, con obligación de presentarse en esta misma sede judicial a

firmar cada semana, los días lunes, a partir de la próxima, munidos de su cédula de identidad y credencial cívica (de elector) al día, acto de comparecencia que será revisado y confirmado dentro de los seis meses que sigan a partir de la primera comparecencia.

“Otro sí el juez militar de esta sección sentencia que los liberados provisionalmente no podrán, bajo ningún concepto, traspasar los límites de esta ciudad de Montevideo dentro del plazo de seis meses antes referido. Esa restricción necesaria, dados los antecedentes políticos de los nombrados abajo, será revisada y ratificada también cuando la ocasión así lo señale. En caso de no comparecer a este acto obligatorio de estampado de firma, serán sancionados según el articulado que corresponda de la Ley mencionada y que ahora nos rige...”

Sí, señor, aunque usted no lo acredite, nos largaron. Estábamos seguros de que nos iban a encajar de dos a seis años. Hasta ahora, no se me ocurre pensar por qué nos soltaron, aunque fuera libertad provisional. Uno de nosotros fue recapturado a las dos o tres semanas, sin motivo que lo explicara. Estuvo desaparecido varios meses, me enteré ya estando aquí, en el exilio. Cuando reapareció, fue a parar al penal de Libertad. En la primera visita que le hizo un familiar, éste no lo reconoció: con el pelo al rape o sea, cortado a cero, con una flacura desmesurada, con el uniforme de preso que le colgaba como una bolsa grotesca, con el temblor en la mano izquierda, con la cara alterada por los tics nerviosos y las quemaduras de cigarrillo, con la espalda doblada como quebrándose, ¿quién podía aceptar que aquella ruina biológica había sido un Perengano de Tal? No, nombres no doy, ya le dije, señor... El asunto es que falleció antes del año, aplicándose el viejo recurso de ahorcamiento con sábana retorcida. Siempre quedé con una especie de sentimiento de culpa, falso por supuesto, porque yo pude meterme en el consulado mexicano y él tal vez se demoró demasiado, o por fidelidad extrema a la causa, no quiso. Sí, termino con eso... Cuando salimos del juzgado, nos llevaron en el mismo vehículo hasta el Cilindro, recogimos

las cosas esenciales, ¿cuáles?, y dejamos lo demás para los que continuarían detenidos. Hubo rápidas despedidas con todo y abrazos y lágrimas, porque los cabrones milicos nos apuraban: “¡Vamos, che, vamos, nada de abrazitos!” El capitán no estaba.

Otra vez al pinche carro, nos dieron un paseo por zonas de la ciudad que yo nunca había visto ni imaginado. Las partes feas, con sus casas de cartón y lata y su reino de basura, allá por el cementerio del Norte, adonde en el 90 sepultaríamos a mi madre... Nos tiraron por ahí: “¡Bájense, maricones!” “¡No se metan de nuevo en líos porque los vamos a joder!”, “¡La próxima es la buena!”, entre calles de terracería, plazuelas descuidadas, gatos desanimados, perros lamentables, niños del tercer mundo, desagües de aguas servidas, mujeres y hombres que nos miraban desde una miserable extranjería. Y nos pusimos a caminar hacia lo que adivinamos podía ser un rumbo anunciador del alejado centro de la ciudad. Sí, claro, íbamos cargando los colchones y una serie de objetos que ya habían perdido toda simbolización: pasábamos a ser ex presos políticos y bichicomes simultáneamente. ¿Que no entiende qué? Ah, “bichicome”... allá significa mendigo, pordiosero, linyera... Viene del inglés, parece: el que llega a las playas... De pronto oí que mi voz exclamó: “¡La puta madre que me recontra parió!” Y así mi voz llamó a unos muchachotes que estaban boludeando bien ociosamente en una esquina: “¡Vengan aquí, sí, ustedes! ¡Les regalo el colchón, esta ropa, hasta las ollas de aluminio, los cubiertos...!” ¡Claro que aceptaron, los podridos! Quedé libre, ahora sí de verdad, en un minuto. Les entregué todo, menos dos calzones y los tres libros que había conseguido salvar en todo ese tiempo: el Quijote, los Rubayyat de Omar Khayyam y una selección de César Vallejo. No eran buenas ediciones pero eran libros, ¡coño! ¿Me pregunta por mis lentes? Ah, me olvidé de decirle que me los habían regresado por influencia del coronel amigo de mi madre. ¿Cómo llegamos a nuestras respectivas casas? Usted no lo creerá, pero a los héroes -no crea usted que nosotros lo éramos, no llegábamos a la soberbia que muestran algunos líderes menores, o aun meros activistas: éramos sólo gente luchona

contra la injusticia y el fascismo criollo-; pero a los héroes, le decía, siempre se les aparece alguien que los ayuda, que les ofrece agua, que les indica un rumbo... si no, no son héroes. Repito: no fuimos ni somos ni seremos héroes. Y allí estábamos, caminando por el centro de una calle sin nombre, cuando escuchamos los sonidos de un claxon y luego los del motor. Volteamos: un taxi grande, un Mercedes Benz con su bandera libre, salido de algún agujero de la nada. El coche se detuvo despacito, adelantándose primero que nosotros. El chofer nos esperó un minuto, sin importarle que estuviéramos en el arroyo, en medio de aguas cenagosas y dispersos basurales, y él con su carro estorbando el paso a otros posibles vehículos. “¿Suben, muchachos? Como ven, estoy libre...” dijo una voz salida desde poderosos dientes y filtrándose entre un bigote disparejo y canoso. “Es que no tenemos plata, ni un mango, nada...” respondió una de nuestras voces. “No importa, sé de donde vienen, yo estuve en cana un par de años, hasta los reconozco por el olor... los que pasamos por eso olemos todos igual...” agregó la voz del bigote. Entonces, esa vez no nos subieron, sino que subimos, ordenando nuestros movimientos, dirigidos por la propia voluntad, disponiendo según el ánimo, como que empezábamos a dejar de ser cosas de carne, huesos y mugre...

¿Sabe, señor? Pienso que hasta aquí está bueno, que no debo yo continuar este relato. Además, ya tiene, de primera mano y bien desarrollada, bastante información sobre el tema que más le importaba. ¿Qué sucedió conmigo? Me metí con otros cuantos perseguidos en el consulado de México, único país que recibía asilados políticos... ¿Cuba? No había relaciones diplomáticas, así que los que planeaban irse a la Isla debían pasar primero por Buenos Aires. Unos cuantos lo lograron. No olvide usted, pues, que el México de aquellos años y la Cuba de siempre fueron países receptivos y solidarios. Debo reconocer que queda pendiente lo que hemos llamado “la novela de la Embajada”, o sea, los sucesos acumulados durante los meses que estuvimos alojados promiscua y organizadamente en la residencia del embajador, don Vicente, un tipazo originario de Puebla, que le salvó la vida en realidad a muchos compañeros. Si bien seguía al firme y con

cuidado la postura de su gobierno con respecto a la dictadura uruguaya y el derecho de asilo, no cabe duda alguna que superó de lejos cualquier contención de la misma responsabilidad diplomática que pudiera estorbar su labor humanitaria. Él falleció hace un tiempo, ¿cuánto? ¿Sabe usted que no hace mucho en la rambla de Montevideo, a la altura de su residencia, se le ha erigido memorial con que el pueblo uruguayo lo recordará sin descanso? Don Vicente, el licenciado de educados gestos y habla equilibrada, el hombre del sutil trago de whisky al atardecer, el de gusto elaborado que lo había convertido en un fino coleccionista de objetos artísticos y artesanales, adquiridos casi todos en Uruguay, el ciudadano que entregó por meses y meses su casa a más de cien perseguidos por la dictadura uruguaya... En fin, como le decía, ese testimonio aún no escrito es un pendiente, otro... Pero hay, sí, muchas historias menores o intermedias que se unen con las del comienzo; podríamos comentar algunas de ellas, actualizarlas, porque nuestro pueblo todo fue como un solo ser humano agredido por vejámenes, humillaciones, torturas, privaciones, angustias.

Una sensación física y muy real de sufrimiento había y hay aún en cada uno de nosotros, al punto que los relatos nada más de alguien sometido al submarino o al caballete nos asfixiaba de asco o nos partía las nalgas y la columna de bestial dolor: en verdad, hasta ahora. Si uno no aprende, después de tanto desastre colectivo, a elaborar la esperanza de hoy en sentido inclusivo, limpio y abierto, bueno... mejor sería que entráramos en una escuela para puros pendejos o nos dedicáramos a masturbar estatuas... ¿Que soy duro al decir esto? Sí, claro, ¿y qué?

Ahora, si me permite una digresión, señor... Es curioso, ¿sabe? Pero hay muchos asuntos para los que no tengo imágenes. Tal vez la memoria haga trampas y uno recuerda lo que ella quiere, nada más. O sea, que nos defiende para que no se entreveren las cicatrices. ¿Cómo se lo explico? Pongo un ejemplo solo: La población de presos de la jefatura había ido cambiando, ya los detenidos, no importaba la procedencia -capital o provincia- no se

quedaban en depósito por muchos días. Pasaban como meras sombras, para recordar a Tomás de Kempis... Salvo en ciertas zonas del edificio-sede-cuartel, adonde estaban las jaulas de castigo y las de presos especiales, las celdas más grandes y las improvisadas como la nuestra, registraban un movimiento en verdad perturbador. Las movidas eran sugeridas de varias maneras: rumores, chismes, frases sueltas, una falsa posibilidad de liberación, un olor a libertad virtual... y eso producía expectativas nocivas, inquietudes exasperadas, inestabilidad anímica, estados de agresividad o decaimiento. Cada instante de permanencia allí podía ser indicio de traslado imprevisto o de insinuado arraigo. Finalmente, para cualquier detenido estar o no estar era lo mismo, pues los valores de identidad personal se debilitaban de tal modo, que algunos presos de tiempo atrás de pronto aflojaban la resistencia e ingresaban a hondas caídas regresivas. O de pronto a actitudes hostiles y hasta delirantes, expresadas en gritos antes no escuchados por mí, como de otra especie animal, y asimismo en ataques a otros detenidos, o a una especie de autocastigo con base en golpearse la cabeza contra el piso, las paredes y la puerta de la celda.

“Éste se partió el coco” comentó una voz de enfermero al que habían llamado de urgencia para atender una explosiva expresión de locura.

“Sí, está loco” la voz añadió para el oído de su colega de enfermería. “Ya lo atendí una vez, no hace muchos meses” siguió el relato, “No sé por qué no lo soltaron. Es un pobre tipo, no aguantó los cuatro años de cana.” “Y si lo largaban, ¿qué?” la voz del otro. “¿Cuánto creés que iba a durar?” “Putá, no sea que se nos muera a nosotros...” Supimos que se murió no más, apenas lo internaron en no sé que hospital o clínica. Tal vez lo encuentren algún día cuando excaven en los patios de los cuarteles o en los cementerios clandestinos... Una tumba sin nombre, otra más, como la novela de Onetti. ¡Ah, no, eso sí que no ni no! ¿No le parece a usted que se trata de algo lleno de morbosidades? ¿O usted qué es, un psicólogo de la ci-ai-ei en español? Pues, claro que así es: había (o hay todavía: qué rima me salió) una escuela de

inteligencia en cada rama represiva, con expertos en psicología de masas, manejo de armas de todo tipo y maestros en torturería y ciencias afines; eran (o son) asesores gringos, brasileños, argentinos, chilenos, paraguayos, israelíes *e ainda mais...* No soy optimista, quede bien claro. Y quede claro también que hablo en general, de varios países. Con respecto a Uruguay, existen cuadros relevantes en las fuerzas armadas que gruñen cuando tienen chance, y amenazan y se ponen ariscos apenas se inician investigaciones y juicios que implican a sus colegas que estuvieron comprometidos con las salvajadas de la dictadura... y ya se han ido veinte años de nueva y áspera y discutible democracia... La puja entre esos mandos castrenses y el gobierno de izquierda con algo de centro, no terminará hoy ni mañana. Tiene relación con la totalidad de los esfuerzos que se efectúan en el Continente y el Caribe en pro de una democracia real y justa: ya hay suficiente fatiga producida por las farsas democráticas post dictaduras en el Cono Sur. Aunque a usted no le guste, señor, le reitero que democracia capitalista es un oxímoron, o sea, un vocablo o una expresión que incluye dos términos irreconciliables.

“Agridulce”, le añado como ejemplo más conocido. Y continúo con esto, y disculpe si me vale poco su propuesta de entrevista más estructurada. Creo que la verdad verdadera -categoría ética por excelencia-, deseada y buscada y peleada por la gran mayoría de nuestra gente, si no es capaz de hallar su propia evidencia de justicia incoercible, o sea, como verdad en sí y para sí, no podrá tener valor de luz redentora en esta historia.

¿Qué argumentos le doy? Mire, uno solo: en la zona del Cerro de Montevideo, barrio extendido y cosmopolita de origen, pues en la zona se asentó, hace décadas, gente de todos los países del mundo en busca de trabajo en los varios frigoríficos allí instalados; en la zona, le decía, y como cayendo hacia la playa del Cerro, hay un parque de altos verdes que el viento no deja descansar, el Carlos Vaz Ferreira. Apunto que la nomenclatura de las calles cerrenses todavía da fe de una añeja y diluida intención de hacer del cerro una especie de Villa Cosmópolis: China, Grecia, Italia, Portugal, Rusia, Polonia... Un arroyo separa en parte ese barrio de la ciudad, dándole

casi una calidad de república independiente: luchas obreras, personalidad colectiva, afirmación cultural, estadio de fútbol... Ah, bueno, en el parque Vaz Ferreira (nombre del hermano de la poeta María Eugenia y un brillante pensador que llegó a dialogar con Einstein), se ha instalado en años recientes el Memorial de Recordación de los Detenidos Desaparecidos o, más brevemente, Memorial de los Desaparecidos. Es un recordatorio contra los malos memoriosos que soslayan los crímenes de la dictadura entre 1973 y 1985, y funciona como un monumento emblemático de la indispensable memoria histórica: para ayer, para hoy, para mañana. Su sencillez, en verdad, estremece. A través de un amplio círculo que encierra una disposición de rocas oxidadas e irregulares, en una subida dentro del bosque de pinos y eucaliptos, está montada una especie de pasarela de concreto. El visitante camina por ella, y a cada lado, muy cerca, están las erectas paredes de grueso cristal transparente, con una altura humanizada que sobrepasa limpiamente su cabeza. En la cara interior de las paredes paralelas pueden leerse, nítidamente grabados en el cristal, los nombres y apellidos de los desaparecidos. De todas esas personas, sólo una reapareció, la que fuera un niño cuyos padres resultaron asesinados y que pasara a poder de unos milicos, si mal no rememoro. ¿Las desapariciones políticas? Son una práctica que viene del siglo XIX en Uruguay, cuando las dictaduras militares de esa época. ¿Nombres de dictadores? General Santos, coronel Latorre... Dicha práctica no formaría parte de las tradiciones nacionales, tan idealizadas por los sectores dominantes, que de ese modo se autoidealizaban, pero que más tarde recurrirían a ella. Le sugiero que cuando pueda, si baja hasta el río de la Plata, dése una vuelta por el Memorial: allí aprenderá mucho más de lo que yo puedo comentarle. Imagínese a usted mismo reconociendo nombres de amigos muy cercanos, de compañeros de actividades políticas y culturales; imagínese a usted deletreando con viva palabra esos nombres sin que estén las orejas receptivas que antes los escuchaban...

Ah, ¡al fin me pregunta usted explícitamente por la situación de la cultura en aquellos años dictatoriales! ¿Sabe? En eso se parece a casi todos

los políticos: en sus discursos rara vez hablan del tema cultural, pues no les importa y ni idea tienen de esos asuntos. Salvo que pueda haber chance de desarrollar una industria cultural privatizada, que dé buenas utilidades y ayude a distraer frívolamente a la gente en lugar de educarla y darle otras opciones de desarrollo espiritual... La cultura manejada como vil instrumento ideológico... Pues, que aquello estuvo de la reputísima chingada, para decirlo con todo respeto. Algo le adelanté. Si bien no existía una censura explícita, había censura; y la autocensura, hija del miedo, funcionaba. Con otros escritores estábamos en una lista de unos cuarenta considerados como subversivos, por lo que nuestras obras no estaban a la vista en las vitrinas ni en alguna feria de libros que lograba funcionar, que pese a todo la hubo. Pero no se trataba claramente de una prohibición de ciertas obras literarias, tanto de editarlas como de difundirlas; tampoco resultaba evidente si la prohibición afectaba a la persona y no a la obra, aunque parecía que más a la primera que a la segunda. Una censura perversa, como se dice ahorita. Ya se lo dije, creo: era como una muerte cívica. Simplemente, uno dejaba de existir como ciudadano-escritor en aquel mundo enajenado por el miedo, las carencias materiales, la sospecha, la delación, las detenciones súbitas, la tortura, la cárcel, las frustraciones personales y comunitarias, la desesperanza. ¡Por supuesto! Hubo varios periódicos, revistas y editoriales clausuradas desde el inicio, así como boletines y publicaciones sindicales. La prensa clandestina funcionó siempre, aun en pequeños volantes y pegotines, aunque con altas y bajas, según los niveles de represión. Se compensaba de alguna manera la carencia informativa e ideológica con los cursos que el Partido organizaba, bajo todo riesgo, en locales de trabajo, centros de estudio o casas situadas en barrios de diversos niveles sociales. Cada reunión para una clase de marxismo o de historia nacional de una hora, exigía un operativo de organización muy desgastante. Como aquella en mi casa que ya le conté, ¿o no fue en mi casa?, no recuerdo en qué momento de esta entrevista. ¿Qué castigo por hacer eso? De dos a seis años de cárcel, que podían ser doce, luego de las etapas habituales de

ablandamiento: plantones de variada duración, golpizas en cualquier momento, submarino o *waterboarding* (¿se escribe así?), vejaciones sexuales a cargo de tiras y milicos y hasta con enormes perros bien adiestrados, picana eléctrica según los casos, colgaduras de los pulgares, caballete medieval... sí, se lo repito, ¿y qué? ... A un compañero universitario, mocetón fuerte e indestructible, lo violaron con un palo de escoba y un montón de folletos de *El Estado y la revolución*... Demoraron años sus heridas en cerrarse. A Merceditas, estudiante de humanidades, la colgaron del pelo hasta el límite, para que no se le desprendiera el cuero de la cabeza. Un escritor cuyo nombre debo retener, recibió tantos golpes en tantas partes que su cuerpo era un solo moretón; sólo no le tocaron la cara para que la fotografía en los diarios saliera bonita; el pie de foto era más o menos así:

“Peligroso subversivo en prisión. Fulano de Tal, alias el Rubio Hiber o Teddy, detenido por intento de asociación para delinquir”. Él contó, años después, que en medio del delirio producido por las golpizas, escuchaba voces que recitaban los versos de la *Ilíada* o la *Divina Comedia*, y que ese recuerdo de lector y de sus clases de literatura lo ayudó a no enloquecer, a sobrevivir.

¿Otras expresiones artísticas censuradas? Por supuesto, salas de teatro clausuradas por decreto, la música popular y carnalera hostigada en todas sus variantes. ¡Ni Carlos Gardel se salvó! Creo que fueron siete las letras cantadas por el Mago que resultaron prohibidas: las de los tangos “Pan”, “Acquaforte”, “Al pie de la Santa Cruz” y otros porque incluían temas de protesta social... de los años 30... Si hasta cuando había ocasiones de que la gente cantara el Himno Nacional en las fiestas patrias, más en colegios que en actos públicos, se imponía la obligación de no subir el tono de la voz colectiva cuando se llegaba al famoso verso: “¡Tiranos temblad!” Claro que sí, señor: esas interdicciones afectan las raíces de la identidad comunitaria... Ah, la historia nacional... quisieron deformarla o esconderla a su gusto, ocultar los desarrollos libertarios e independentistas, tal como la tecnocracia de

derecha amenaza aquí con sus nuevos programas. Un ejemplo: los restos de José Artigas, el héroe uruguayo por antonomasia -que nunca fue uruguayo sino oriental, o sea, de la Banda Oriental (escúchese o léase Uruguay de hoy), pero eso se lo cuento otro día-, están ubicados en un mausoleo debajo de la muy conocida y gran “estatua de Artigas”, en pleno zócalo de Montevideo. La urna, montada en un sostén de cuatro patas, es imponente y sencilla, rara mezcla; y sobre las paredes del enorme y silente espacio -al que se tiene acceso por dos escaleras laterales-, sólo aparecen inscriptas las fechas de las batallas más importantes libradas por aquel “general de las derrotas”; es decir, ninguna de sus frases que tan sabiamente contenían ideas sustanciales no sólo para su momento histórico en el XIX, y que nosotros repetíamos desde la primaria. ¿Cuáles? Sólo algunas le añado: “La causa de los pueblos no admite la menor demora”, “Sean los orientales tan ilustrados como valientes”, “No venderé el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad”, “Hablé una vez, y hablé para siempre”... Sí, murió en su exilio de Ibiray, no lejos de Asunción, la capital de Paraguay, a los 86. Leí en algún lado que sus vecinos pobres como él, indios guaraníes, le llamaban Karaí Marangatú, o sea, “bondadoso señor”. Entre sus frases elijo una, de la que me enteré tardíamente: “nadie es más que nadie”. Sí, señor. Artigas fue emblema de lucha libertaria y federalista, de pelea por irrenunciables principios de libertad contra las oligarquías y los imperios de la época, de protorreforma agraria y aduanera en ¡1815!, de afirmación de mayores privilegios para los más necesitados. Por eso en su memorial o mausoleo, inaugurado en 1975, nada de esto se insinuaba. Fue una maniobra del fascismo para despojar a José Artigas de su esencia revolucionaria, que es patrimonio del Uruguay actual y también de América Latina. ¡Pero... clarito como pedo de ángel, señor! Se trataba de ir borrando de la conciencia colectiva los pocos y enérgicos valores que son fundamento de la costosa elaboración de una identidad nacional. Así, se reprimía brutal y groseramente el desarrollo espiritual de todo un pueblo: desde José Artigas hasta Carlos Gardel, desde los avances de la democracia hasta la apertura hacia

Latinoamérica, desde el laicismo liberador en la enseñanza hasta el acceso a los nuevos conocimientos... Sólo faltaba negar el fútbol, el mate amargo y el asado con cuero... De ese modo, como se puede entender sin mucha sutileza, la sociedad se volvería más vulnerable a los embates de la llamada globalización -o sea, del neoliberalismo depredador-, como ha sucedido parcialmente. En cuanto al papel del Estado y su nueva estructura... ¿Qué? ¿Fue mucho rollo? Entonces, métale otro disquete o escriba más rápido. Mi chamba es hablar, la suya tomar nota como le venga en gusto.

Ah, sí sí, como usted mejor entienda... si piensa que ya estamos en los finales de este pedazo de historia continental, acá la dejamos. A mí, lo que menos me gusta es el blablá, el güirigüiri en la política y en la literatura, y en el amor, todavía menos. La verborrea allá y el cantinflismo acá son, en definitiva, más que una característica de idiosincrasia nacional, dos de las máscaras lingüísticas que el sistema se apropió para deformar esa gran verdad que nuestros pueblos tratan de tejer oralmente y vivamente todos los días... En fin, habrá que ver como engarza usted estas declaraciones con las que está recogiendo, según me informó, desde hace algún tiempo, para que culmine el anunciado libro. Lo importante, me atrevo a sugerir, es que cada declarante conserve su estilo, su modalidad idiomática, porque cuando platicamos en español o castellano, ¿cuántos españoles o castellanos de América estamos hablando? Es más, ¿cuántos idiomas se nos mezclan en la parla cotidiana y normal? Mi duda principal, ya en confianza se lo confieso, es cómo darle a usted la chance de que termine esta especie de crónica, con una vuelta de tuerca sorpresiva a lo Henry James, o sea, un final imprevisto, inesperado, que levante el tono genérico de todo lo dicho, pensado y escrito, pero no sólo como función lúdica, como un juego, sino como apoyo para que la memoria de cada uno ayude a la memoria de todos.

Mire, señor, se me ocurre ahora, por inspiración gratuita o diablesca, hacer surgir o colocar al término de la entrevista (o relato, o diálogo, o monólogo dramático, o monodialogo unamuniano), obviamente que con su

autorización, un espejo para cuerpo entero delante de mi persona y otro delante de la suya. Ambos de pie, cada uno frente a su espejo, mirándose fijamente a los cansados y miopes ojos propios, intentará repetir lo preguntado y lo contestado, haciendo un eco fiel de cada pregunta y de cada respuesta. Imagine usted lo que saldría de esa experiencia. Eh, ¿qué le pasa? ¿Por qué junta sus cosas y se alza para irse? ¿Qué dije yo de inconveniente? No le propongo ningún disparate, ¿no? ¿Por qué no se ubica frente a su espejo... o se imagina frente a él? Porque un espejo no es espejo porque lo ves, es espejo porque te ve. Ahorita caigo: a usted no hay cristal que lo mire, lo vea o lo refleje. A mí, sí, ¡por favor! Es que usted... ¡nada más no existe! ¡Putra madre! ¿Y yo por qué me veo en cualquier espejo, a partir de mi primera cara que recuerdo y que vi con los primeros ojos que ahora puedo recordar? ¡Y los demás rostros que aparecen y se borran a la velocidad misma con que fueron creados! ¡Y las tantas sombras carnales, figuras humanas destruidas, contornos de muchachas violadas, perfiles de mozos marchitos, rasgos de ancianos pisoteados, montoneras de libros y diarios calcinados, señales de zapatos perdidos, manchas de sémenes estériles, calzones enmierdados, coágulos de menstruaciones inútiles, hueserales brotando de tumbas saturadas, instrumentales de sórdidas cirugías, verbalizaciones mancilladas por un pútrido silencio, leyes de infamia y corrupción, códigos de interminables exilios y de oscuras ausencias: todo, todo saliendo de ese solo espejo! Saliendo, sí, hacia los aires de otra historia; hacia las voces que preparan su nuevo idioma, su nueva canción. ¡Vean ustedes, presuntos lectores o escuchantes, hacia dónde se me salen las meras palabras! Porque esto no es un final, ¿es que hay algo que se acabe del todo? La sangre que se rompió allá en el Sur, ya ha llegado con sus espumas hasta aquí. Se mezcla con las de San Salvador Atenco, Acteal, Aguas Blancas, Oaxaca...Y del Norte descende una espuma negra. Y aquí toda la sangre cruje, no deja de formar su propia espuma.

México DF, 7 septiembre - 11 diciembre 2006

Sangre en el Sur
(el fascismo es uno solo)

Saúl Ibargoyen

Propiedad literaria © 2013 por AUTOR

Todos los derechos reservados, incluyendo el derecho a reproducir los materiales en su totalidad o en parte, o a su difusión por cualquier medio de comunicación.

diseño de cubierta del ebook por The WriteDeal

TheWriteDeal © 2013

www.thewritedeal.org